cool & lam

DONAL LAM DETECTIVE

A. A. FAIR

Bertha Cool es la dueña de una agencia de investigaciones privadas. Donald Lam es un ex abogado que trabaja para ella como investigador. Su cliente quiere que encuentren a una mujer que desapareció hace unos 20 años, en la misma época que desapareció su marido. El cliente tiene algo que ocultar. Es candidato para la alcaldía de la ciudad, y posiblemente sea vea implicado por la mujer desaparecida. Luego, otro investigador es asesinado. Lam no sólo debe encontrar a la mujer desaparecida, sino también mantener la investigación policial lejos de su cliente.

A. A. Fair

Donald Lam detective

Cool & Lam-2

ePub r1.4
Titivillus 06.01.17

Título original: *Turn on the Heat*
A. A. Fair, 1940
Traducción: Manuel Vallve
Ilustraciones: Mike Ludlow
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Guía del lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BRAND (Elsie): Bella muchacha, secretaria de la señora Cool.

CARTER (Vivian): Enfermera del consultorio del doctor Lintig.

COOL (Bertha): Propietaria de la Agencia de detectives, de su nombre.

DELL O HARRIS (Evaline); Cupletista del *cabaret*.

DUNTON (Marian): Empleada en la administración del periódico «La Hoja».

DUNTON (Steve): Tío de la anterior y propietario del citado periódico.

ELLIS (Larchmont): Fiscal suplente del distrito.

GILLFOIL (J. E.); Juez.

HERBERT (John): Agente de policía de Santa Carlota.

LAM (Donald): Astuto detective, de la Agencia Cool.

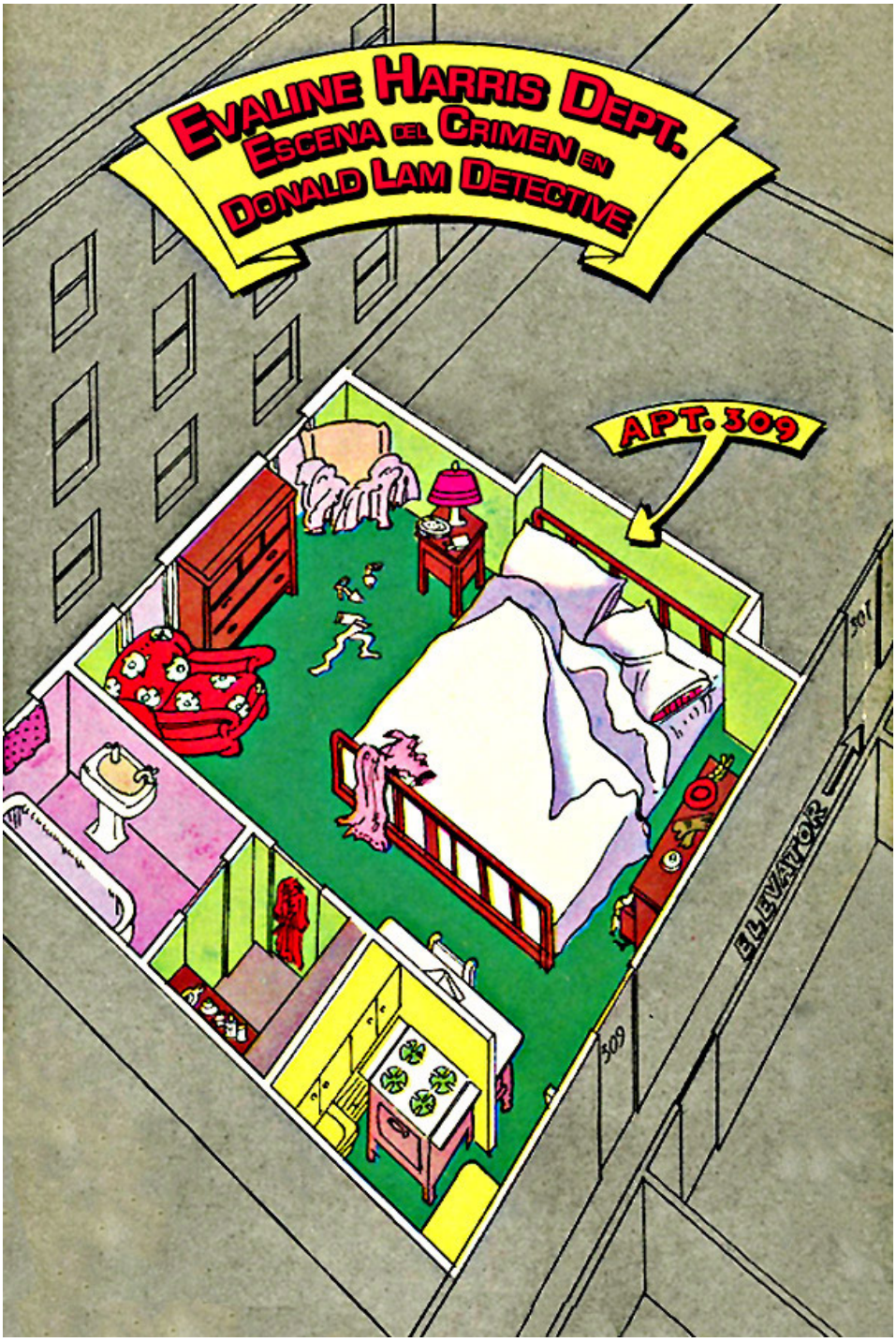
LINTIG (James): Médico otorrinolaringólogo.

LINTIG (A. Rosa): Esposa del anterior.

RANIGAN: Antiguo regente del *cabaret* «El columpio de la sirena» en San Francisco.

WARFIELD (Frank): Abogado.

WINTHROP (Bart): Propietario de un *cabaret* nocturno titulado «La cueva azul».


EVALINE HARRIS DEPT.
ESCENA DEL CRIMEN EN
DONALD LAM DETECTIVE
APT. 309
ELEVATOR
309

capítulo primero

ABRÍ la puerta en la que había un rótulo que decía:

«
BERTHA
COOL
-
INVESTIGACIONES
CONFIDENCIALES
-
ENTRADA».

Elsie Brand separó la mirada de sus notas taquigráficas y, sin perder uno solo de sus tecleos en la máquina, dijo:

—Entre. Está esperando.

El espaciado ritmo de su escritura me siguió mientras atravesaba la oficina y abría la puerta en la que se leía:

«
BERTHA
COOL
-
PARTICULAR».

Bertha Cool, maciza, corpulenta, agresiva, tenaz como un bulldog y de un lenguaje no muy limpio, estaba sentada ante su mesa escritorio, en tanto que sus diamantes brillaban a la luz del sol de la mañana mientras movía la mano sobre un montón de papeles, que escogía y ordenaba. El individuo flaco, de cuarenta y tantos

años, sentado en el sillón destinado a los clientes, me miró con unos ojos llenos de ansiedad y aprensión.

—Has tardado mucho en venir, Donald —dijo Bertha Cool.

No le contesté, pero examiné al cliente, hombre esbelto, de cabello gris, bigote corto de igual color, y una boca que indicaba mayor decisión de la que podía deducirse, dada su ansiedad. Llevaba gafas de cristales azules y no se podía ver por tanto el color de sus ojos.

—Éste es Donald Lam, señor Smith —dijo Bertha Cool—, de quien ya le hablé. Donald, el señor Smith.

Incliné la cabeza y Smith, como hombre que se ha acostumbrado a subordinar las impresiones generales a la mayor precisión contestó:

—Buenos días, señor Lam.

No me ofreció la mano y parecía haber sufrido un desencanto.

—No se engañe usted con respecto a Donald —dijo Bertha Cool —. Este muchacho va a donde quiere. Bien sabe Dios que no tiene fuerza para resistir la coz de un mosquito, pero en cambio tiene algo en la cabeza. Es un muñeco de alfeñique, y cuando le pegan se pone furioso, pero sabe por dónde ha de ir. Y no haga usted caso si suelta alguna palabrota, señor Smith.

El cliente inclinó la cabeza para asentir. Quizá lo hizo con poca sinceridad, pero no pude ver sus ojos.

—Siéntate Donald —dijo Bertha Cool.

Fui a ocupar una silla de madera, de respaldo recto.

—Si alguien es capaz de ello, Donald podrá encontrarla —dijo Bertha a Smith—. No es tan joven como parece. Era abogado, pero lo expulsaron del Colegio por haber indicado a un cliente la manera de cometer un asesinato absolutamente legal. Donald creyó oportuno explicar a su cliente un punto técnico de la Ley, pero al Colegio de Abogados no le gustó y dijeron que eso constituía una falta de ética. Y también quedaron persuadidos de que el truco no tendría éxito. —Bertha Cool hizo una pausa bastante larga para sonreír, y continuó—: Donald vino a trabajar conmigo, y en el primer caso que tuvo, les demostró claramente que había una falla en el Código penal y que un hombre podía deslizarse por ella con toda tranquilidad. Parece que ahora están reformando la ley. Y eso es Donald.

Bertha me dirigió una sonrisa, con sintética expresión de afecto que no significaba nada, y Smith afirmó inclinando la cabeza.

—En mil novecientos dieciocho, Donald —añadió Bertha Cool—, el doctor James Lintig y su señora vivían en Chesnut Street cuatrocientos diecinueve, Oakview. Hubo un escándalo y Lintig puso pies en polvorosa, pero nada nos importa él. Tú has de ocuparte en encontrar a la señora Lintig.

—¿Continúa en Oakview? —pregunté.

—Nadie lo sabe.

—¿Tiene parientes?

—Al parecer, no.

—¿Cuánto tiempo llevaba casada en el momento de desaparecer?

Bertha miró a Smith y éste meneó la cabeza. Ella siguió mirándole, y el cliente, con aquellas frases precisas y académicas que, sin duda, eran características de él, dijo:

—No lo sé.

—Fíjate en eso, Donald —añadió Bertha—. Nadie debe enterarse de esta investigación. En especial no ha de saber nadie quién es nuestro cliente. Toma el coche de la agencia y sal en seguida. Deberías llegar allí a primeras horas de la noche.

Miré a Smith y dije:

—Tendré que hacer algunas investigaciones.

Y él me contestó:

—Sin duda.

—Hazte pasar por pariente lejano —aconsejó Bertha.

—¿Cuántos años tiene esa señora? —pregunté, rápidamente.

Smith, pensativo, frunció las cejas y dijo:

—No lo sé con exactitud. Al llegar allí ya lo averiguará.

—¿Tiene hijos?

—No —contestó Smith.

Miré de través a Bertha Cool. Abrió el cajón de su mesa, sacó una llave, hizo girar la cerradura de una caja y me entregó cincuenta dólares.

—Ahorra gastos, Donald —dijo—. Tal vez tengamos que emplear algún tiempo en este caso y conviene que el dinero dure.

Smith unió las yemas de los dedos, apoyó las manos sobre la parte anterior de su americana gris cruzada y dijo:

—Exactamente.

—¿Pueden darme algún dato que me sirva de base? —pregunté.

—¿Qué más necesitas? —inquirió Bertha.

—Todo lo que pueda averiguar —contesté, mirando a Smith.

Él meneó la cabeza.

—¿Sabe usted algo de esa señora, como por ejemplo, si tenía educación comercial, si sabía hacer algún trabajo, quiénes eran sus amigos, si tenía dinero y, por fin, si era gorda, flaca, alta, baja, rubia o trigueña?

—No —contestó Smith—. No puedo darle ningún detalle de ésos.

—Y cuando la encuentre, ¿qué hago? —pregunté.

—Avisarme —contestó Bertha.

Me guardé los cincuenta dólares, hice retroceder mi silla y dije:

—Me alegro mucho de conocerle, señor Smith.

Y salí.

Elsie Brand no se molestó en levantar los ojos cuando atravesé su oficina.

El coche de la agencia era un anticuado montón de piezas y sus cubiertas estaban ya tan desgastadas que se veía el tejido. El agua del radiador se salía, las ruedas delanteras empezaban a bailar un *shimmy* en cuanto corría el coche a más de ochenta y causaba tales ruidos en todas sus partes que casi no se oía el motor. Hacía mucho calor y me costó bastante atravesar las montañas. En el valle la temperatura era más alta aún, de modo que mis ojos parecían ya haberse convertido en huevos duros. El resplandor reflejado en la carretera me los cocía en las órbitas. No tuve bastante hambre para interrumpir el viaje, pero compré un emparedado en el camino y me lo comí sujetándolo con una mano mientras guiaba con la otra. Y llegué a Oakview a las diez y media de la noche.

Aquella población se hallaba al pie de una montaña, de modo que el ambiente era más fresco y húmedo, pero también abundaban los mosquitos. De la montaña surgía un estruendoso río que serpenteaba luego, rodeando a Oakview y se derramaba al fin en las llanuras inferiores.

El pueblo era la capital del condado, pero había perdido toda su prosperidad. A las nueve de la noche las aceras de las calles se veían completamente solitarias. Las casas eran viejas, así como también

los árboles que había a lo largo de las calles. La población no había crecido con bastante rapidez para proporcionar a los padres de la capital del condado una excusa suficiente para ensanchar las calles y podar los árboles.

Estaba abierto el Palace Hotel. Tomé una habitación y me metí en ella.

El sol de la mañana, que atravesaba la ventana, me despertó. Me afeité, me vestí y, desde la ventana, examiné la población a vista de pájaro. Vi un patio de antiguo estilo, divisé el río, por entre las copas de los árboles y luego contemplé un callejón lleno de cubos de basura y de cajas de embalaje.

Di unas vueltas en busca de un lugar apropiado para desayunar y encontré un restaurante que, exteriormente, tenía buen aspecto, pero que por dentro olía a grasa rancia.

Después de desayunar, me senté en los escalones del edificio del Juzgado y esperé a que dieran las nueve.

Llegaron los empleados sin darse prisa. Casi todos eran viejos, de apacibles rostros y andaban despacio por las calles, deteniéndose de vez en cuando para masticar algún bocado escogido de murmuración. Me dirigieron miradas llenas de curiosidad mientras subían la escalera principal. Yo era un forastero. Lo habían notado y lo demostraron claramente.

Me dirigí a una oficina y una mujer angulosa, de incierta edad, clavó en mí sus ojos negros y desprovistos de animación y de brillo; escuchó mi petición y me dio el registro de mil novecientos dieciocho, volumen encuadernado en papel, que ya empezaba a amarillear.

La impresión de aquel registro indicaba que había sido llevado a cabo en el periódico de la localidad.

En la letra L encontré lo siguiente:

« *James; médico: 419 Chesnut Street; edad 33 años*
LINTIG,
» y « *Amelia Rosa; esposa; 419 Chesnut Street*
LINTIG,
».

La señora Lintig no había indicado su edad.

Pedí el registro de mil novecientos diecinueve y no encontré ninguno de esos dos nombres. Y salí, sintiendo clavada en el corazón la mirada de la hábil secretaria.

Había un periódico en la población, titulado *La Hoja*. La muestra de la ventana me dio a entender que era un semanario. Entré y golpeé el mostrador.

El ruido interrumpió el funcionamiento de una máquina de escribir y una muchacha de cabello castaño y ojos de igual color y de dientes muy blancos salió de detrás de una vidriera para preguntarme qué deseaba.

—Dos cosas —contesté—. Su archivo de mil novecientos dieciocho y un buen sitio para ir a comer.

—¿Ha probado usted la *Elite*? —me preguntó.

—He desayunado allí.

—¡Oh! —exclamó. Y un momento después, añadió—: Podría probar el *Grotto* o el Palace Hotel. ¿Desea usted el archivo de mil novecientos dieciocho?

Afirmé inclinando la cabeza.

Ya no volví a ver sus blancos dientes, sino unos labios muy bien cerrados y unos ojos castaños opacos. Empezó a decir algo, cambió de idea y se metió en una oficina. Poco después salió con un tablero, en el que estaban ensartados numerosos periódicos.

—¿Desea usted algo en particular? —preguntó.

Contesté que no y empecé a examinar el número del primero de enero de mil novecientos dieciocho. Examiné rápidamente dos ediciones y dije:

—Me figuraba que eran ustedes un semanario.

—Ahora sí —contestó—. Pero en mil novecientos dieciocho, éramos diario.

—¿Y a qué obedece el cambio?

—Eso ocurrió antes de que yo trabajara aquí.

Me senté, dedicándome a examinar el periódico. La página anterior la ocupaban las noticias de la guerra y, especialmente, los buques hundidos por los alemanes, las actividades de los submarinos, etc. Se publicaban historias falsas y con fines de propaganda, tales como la de que los alemanes cortaban las manos a los niños y otras atrocidades por el estilo. Los comités del Empréstito de la Libertad hacían propaganda en pro de la

suscripción. Oakview había alcanzado uno de los primeros puestos. Habíanse celebrado mítines y los patriotas pronunciaron arengas. Un veterano canadiense, que volvió mutilado, hacía una gira para referir, en varias poblaciones, la historia de la guerra. El dinero empezaba a afluir a Europa para no volver.

Tuve la esperanza de que el asunto que andaba buscando habría alcanzado bastante notoriedad para figurar en la primera página. Pero en vano recorrí todo el año mil novecientos dieciocho, porque no puede encontrar cosa alguna.

—¿Podría conservar interinamente esta colección y examinar la de mil novecientos diecinueve? —pregunté.

La muchacha me trajo el archivo sin pronunciar una sola palabra. Continué examinando las primeras páginas. Se había firmado ya el armisticio; los Estados Unidos eran los salvadores del mundo. El dinero americano, la juventud americana y los ideales americanos habían salvado a Europa del egoísmo y de los celos de vecindad. Se formaría una Gran Liga de las Naciones que se encargaría de regir el mundo y de proteger al débil contra el fuerte. Habíase ganado la guerra que había de acabar con la guerra. El mundo estaba ya seguro de la Democracia. Otras noticias empezaron a filtrarse en la primera página.

En uno de los números del mes de julio encontré lo que andaba buscando:

Un especialista de
Oak-view
solicita el divorcio. El doctor Lintig alega crueldad mental.

El periódico trataba de aquel asunto con toda delicadeza, y casi no hacía otra cosa que glosar las alegaciones del doctor. Poste y Warfield eran los procuradores del demandante. Leí que el doctor Lintig tenía muy buena clientela y que se dedicaba a las especialidades de oftalmología y otorrinolaringología, y que la señora Lintig era uno de los miembros más destacados de la buena sociedad. Marido y mujer eran muy populares. Ninguno de los dos hizo el menor comentario al representante de *La Hoja*. El doctor Lintig indicó al reportero que fuese a interrogar a sus procuradores y la señora Lintig dio a entender que también presentaría sus quejas

al tribunal.

Diez días después, el caso Lintig ocupó los mayores titulares del periódico y en la primera página se leía:

LA
SEÑORA
LINTIG
SEÑALA A LA AMANTE DE SU MARIDO.
UNA
DAMA
DE LA ALTA SOCIEDAD ACUSA A LA ENFERMERA DE SU MARIDO.

Gracias a un artículo me enteré de que la señora Lintig se presentó al juez E. Gillfoil y presentó, a su vez, una demanda de divorcio contra su marido. En ella acusaba a Vivian Carter, la enfermera del consultorio del doctor Lintig, como amante de éste.

El doctor Lintig se negó a hacer ningún comentario. Vivian Carter estaba ausente y no se pudo comunicar con ella por teléfono. En el artículo había algunos datos históricos. Fue enfermera del hospital donde el doctor Lintig trabajó como interno. Poco después este último abrió un consultorio en Oakview, llamó a su lado a Vivian Carter y la retuvo en calidad de enfermera. Según el relato del periódico, la joven había conquistado gran número de amistades éstas se apresuraron a acudir en su defensa, calificando de absurdas todas las acusaciones contenidas en la demanda de la esposa.

La edición de *La Hoja* del día siguiente decía que el juez Gillfoil había dirigido una citación a Vivian Carter y al doctor Lintig para que declarasen; que éste se había ausentado de la población para cuidar a un enfermo y que no fue posible comunicar con él, y que Vivian Carter no había regresado aún.

En números sucesivos había algunos comentarios diseminados. El juez Gillfoil acusó al doctor Lintig y a Vivian Carter de permanecer ocultos para no darse por enterados de la citación. Poste y Warfield, indignados, lo negaban, y protestaron de que la acusación era una tentativa ilegal para influir en la opinión pública. Y aseguraron, por fin, que su cliente estaría a disposición de la autoridad judicial «a su debido tiempo».

A partir de entonces, el caso fue a parar a las páginas interiores

del periódico. Al cabo de un mes se publicó la noticia de que todas las propiedades del doctor Lintig habían sido cedidas a su esposa. Ésta negó que se hubiese llegado a un acuerdo acerca del particular. Los procuradores también formularon negativas. Un mes después, un tal doctor Learkspur compró a la señora Lintig el consultorio y la instalación del doctor Lintig y empezó a trabajar. Poste y Warfield no hicieron más comentarios, sino que «a su debido tiempo, regresaría el doctor Lintig para esclarecer satisfactoriamente el asunto».

Seguí hojeando los periódicos sin encontrar nada más. La joven que me recibió estaba sentada en un taburete, más allá del mostrador, y observando cómo yo volvía las páginas. Al fin dijo:

—Ya no encontrará usted nada más hasta el segundo número de diciembre. En la columna destinada a «Comadreos locales» encontrará usted un párrafo.

Puse los periódicos a un lado y pregunté:

—¿Qué necesito yo?

—¿No lo sabe acaso? —preguntó mirándome atentamente.

—Sí.

—Pues entonces siga el camino trazado.

Una voz masculina y áspera se hizo oír al otro lado de la vidriera llamando a la joven.

Ella se deslizó del taburete y acudió a la llamada. Oí el rumor de aquel individuo, que hablaba en voz baja y ella contestó unas palabras. Tomé de nuevo el archivo y consulté el segundo número de diciembre. En la columna destinada a los chismes locales encontré un párrafo indicando que la señora james Lintig se proponía pasar las fiestas de Navidad con unos parientes, en el Este, y que tomaría el tren hacia San Francisco para embarcarse luego y atravesar el Canal. Como respuesta a las preguntas que se le dirigieron acerca del estado de su demanda de divorcio, la señora contestó que el asunto estaba en manos de sus procuradores, que ignoraba en absoluto el paradero de su marido, y además, calificó de absurdo y falso el rumor de que, enterada al fin del lugar en que se hallaba su esposo, se propusiera reunirse con él.

Esperé a que volviera a salir la joven, pero no se dejó ver. Me dirigí a una droguería que se hallaba en la esquina inmediata y consulté el listín telefónico bajo el epígrafe de abogados y

procuradores. Pero allí no estaba el nombre de Gillfoil y tampoco el de Poste y Warfield. En cambio encontré un tal Frank Warfield, que tenía su oficina en el edificio del First National Bank.

Eché a andar por el lado de la sombra de una calle calurosa y, dos manzanas más allá, subí una escalera insegura, avancé por un pasillo algo desnivelado y encontré a Frank Warfield, con los pies sobre la mesa llena de libros legales y fumando en pipa.

—Soy Donald Lam. Desearía hacerle algunas preguntas. ¿Se acuerda usted de un caso de Lintig contra Lintig, que fue llevado por…?

—Sí —contestó.

—¿Podría usted decirme algo acerca del paradero actual de la señora Lintig?

—No.

Repasé las instrucciones de Bertha Cool y decidí aventurarme.

—¿Conoce usted el paradero del doctor Lintig?

—No —contestó. Y un momento después, añadió—: Aún nos debe los gastos que pagamos por su cuenta en su demanda de divorcio.

—¿Sabe usted si dejó otras deudas? —añadí.

—No.

—¿Tiene usted idea de si vive o ha muerto?

—No.

—¿Y con respecto a la señora Lintig?

Movió la cabeza.

—¿Dónde podría encontrar al referido juez Gillfoil, que la representaba?

Sus ojos azules pálidos sonrieron.

—En la cumbre de la colina —dijo, señalando al Noroeste.

—¿En la colina?

—Sí, en el cementerio. Murió en mil novecientos treinta. Así es.

—Muchas gracias —contesté.

Él no dijo nada y yo salí.

Volví al Juzgado y dije a aquella mujer de aspecto receloso que deseaba examinar los documentos archivados en el caso de Lintig contra Lintig.

Diez segundos más tarde estaba ya examinándolos.

Allí había la demanda, las manifestaciones del demandado, la

contrademanda de éste, un escrito que concedía diez días más al demandante para contestar a la contrademanda, la concesión de veinte días más, luego de treinta y, por fin, la declaración de que no se había presentado. Al parecer no se logró hacer llegar la citación a manos de Vivian Carter y, por esta razón, el asunto no llegó a juicio, aunque tampoco se llegó a sobreseer.

Salí perseguido por la hostilidad de los ojos de aquella mujer que se clavaron en mi cogote.

Regresé a mi hotel y, en el salón de escritura, envié una nota a Bertha Cool escrita en el papel del establecimiento:

> *B. Haga investigaciones en las listas de pasajeros de las Compañías de navegación, de los que salieron de San Francisco durante el mes de diciembre de 1919 con rumbo al Este, vía Canal. Busque usted el barco que llevó a la señora Lintig, procúrese la lista de los demás pasajeros y vea si puede enterarse de que la acompañaba alguno. La señora Lintig tenía muchos problemas matrimoniales y tal vez dio cuenta de ellos a algún compañero de viaje. Ha pasado mucho tiempo, pero, sin embargo, estas noticias podrían sernos de grande utilidad. La pista aparece muy borrosa por aquí.*

Firmé con mis iniciales, lo metí todo en un sobre que llevaba sus señas y el empleado del hotel me aseguró que saldría en el tren de las dos y media.

Fui a hacer una prueba del *Grotto* para almorzar y luego regresé a la oficina de *La Hoja* tan pronto hube concluido.

—Deseo publicar un anuncio —dije.

La joven de los ojos castaños extendió la mano a través del mostrador para tomar el texto del anuncio. Lo leyó varias veces, contó las palabras y luego desapareció en la oficina inmediata.

Poco después un individuo grueso, de hombros caídos y que llevaba una visera sobre la frente y los labios manchados de tabaco, salió preguntando:

—¿Se llama usted Lam?

—Sí.

—¿Quiere usted publicar este anuncio en el periódico?

—Sí. ¿Cuánto cuesta?

—Tal vez pudiera usted referirme una historia —replicó.

—Tal vez sí, y quizá no —contesté.

—Un poco de publicidad le ayudaría a obtener lo que anda buscando.

—Y podría darse el caso contrario.

—Según este anuncio hay algún dinero destinado a la señora Lintig —observo a su vez.

—No he dicho tal cosa.

—Pero podría decirla. Aquí promete una recompensa generosa a quien le dé informes acerca del paradero de la señora de James Lintig, que salió en mil novecientos diecinueve de Oakview, o en el caso de que haya muerto, los nombres y residencias de sus herederos legales. Eso da la impresión de que usted es uno de esos cazadores de herederos y, además, eso concuerda con otras cosas.

Se volvió, fijó la mirada en la escupidera y, de un modo explosivo, le disparó un salivazo. Luego dijo:

—Yo le he preguntado en primer lugar.

—La cuestión inicial —repliqué—, que sin duda ha perdido ya de vista, era el costo del anuncio.

—Cinco dólares las tres inserciones.

Le di cinco dólares del dinero de Bertha y pedí recibo.

—Espere un momento —dijo ocultándose detrás de la mampara de cristales.

Un momento después salió la joven de ojos castaños y me dijo:

—¿Quiere usted recibo, señor Lam?

—Sí, señorita.

Pluma en mano, titubeó al extender el documento y preguntó:

—¿Cómo estaba la comida en el *Grotto*?

—Una porquería —contesté—. ¿Cuál es el mejor sitio donde se puede cenar?

—El restaurante del hotel, si sabe usted lo que debe pedir.

—¿Y cómo lo sabré?

—Será preciso que se conduzca como detective —contestó.

Yo dejé pasar por alto sus palabras y ella, al notarlo, añadió:

—Conviene entregarse al trabajo de deducción. En otras palabras, necesita un guía autorizado.

—¿Está usted autorizada? —pregunté.

—No puede decirse tanto en mi perjuicio —replicó ella.

—¿No es usted miembro de la Cámara de Comercio?

—Yo, no. El periódico, sí.

—Soy forastero y, por lo tanto, ignoro estas cosas. Tal vez estoy buscando un buen emplazamiento para una fábrica y sería vergonzoso que me llevase una mala impresión de la ciudad.

El hombre que estaba detrás de la vidriera tosió.

—¿Qué hace la gente de la población para ayudar a la Cámara de Comercio?

—Se casa.

—¿Y luego viven felices?

—Sí.

—¿Está usted casada?

—No. Como en el restaurante del hotel.

—Y, ¿sabe lo que ha de pedir?

—Sí.

—¿Qué le parece si comiese con un forastero —pregunté— y le enseñara los secretos? Podríamos comer y, al mismo tiempo, hablar.

—¿Y de qué hablaríamos?

—De cómo una joven que trabaja en la oficina de un periódico local podría ganar algún dinero extra.

—¿Mucho? —preguntó.

—Lo ignoro. Tendría que averiguarlo.

—Yo también —contestó ella.

—¿Qué hay de la cena? —pregunté.

Dirigió una rápida mirada hacia su espalda y luego asintió.

—De acuerdo.

Esperé mientras su pluma volaba al extender el recibo.

—Empezará a salir mañana. Y ahora somos un semanario —dijo.

—Ya lo sé. ¿Vendré a recogerla aquí?

—No, no. Estaré a la seis en el vestíbulo del hotel. ¿Conoce usted a alguien en la población?

—No.

Mi respuesta pareció dejarla complacida.

—¿Hay otros periódicos en la población? —pregunté.

—Ahora no. Hubo otro el año dieciocho, pero cerró el veintitrés.

—¿Y qué me dice usted con respecto a esa pista que quiero seguir?

—Pues que ya está en ella —contestó, sonriendo.

Se oyó otra tos de aquel hombre y me pareció que era un aviso.

—Me gustaría tener el archivo del diecisiete, dieciocho y diecinueve.

Me los entregó y pasé gran parte de la tarde leyendo las noticias de la buena sociedad, tomando nota de las personas que habían asistido a las reuniones en que estuvieron presentes el doctor Lintig y su señora. Dispuse aquellos nombres en columnas y los vi repetidos con la frecuencia suficiente para darme idea del círculo social en que vivieron los Lintig.

La muchacha, que estaba al otro lado del mostrador, pasó largo rato sentada en el taburete observándome, y luego dentro de la vidriera, escribiendo a máquina. No volví a oír la voz de aquel hombre, pero recordé aquella tos avisadora y ya no hice ninguna otra tentativa para hablar con la joven. Ella firmó el recibo con su nombre: Marian Dunton.

Hacia las cinco de la tarde regresé al hotel, me lavé y me vestí. Luego fui al vestíbulo a esperarla y llegó hacia las seis.

—¿Cómo está el bar para tomar unos combinados?

—Bien.

—¿Cree usted que los combinados nos permitirán apreciar mejor la cena?

—Me parece que sí.

Tomamos un «martini» cada uno y propuse otro.

—¿Quiere usted que me maree? —preguntó ella.

—¿Con dos combinados?

—La experiencia me ha demostrado que dos son un buen comienzo.

—¿Y para qué habré de desear que se maree usted?

—Lo ignoro —contestó, riéndose—. Y ahora dígame cómo podría ganar algún dinero una muchacha que trabaja en Oakview en la oficina de un periódico.

—Aún no lo sé —dije—. Depende de la pista.

—¿Qué hay con respecto a ella?

—Quiero averiguar si ha sido borrada y quién la borró.

—¡Oh! —exclamó ella.

Sorprendí la mirada del encargado del bar y le señalé los dos vasos vacíos. Mientras nos servía el segundo combinado, dije:

—Estoy escuchando.

—Es buena costumbre —dijo—. Trataré de cultivarla.

—¿Le han dado dinero alguna vez? —pregunté.

—No. ¿Y a usted?

—Un poco.

—¿Cree que yo podría hacer lo mismo?

—No. Me parece que, en cambio, podría ganar dinero hablando. ¿Cómo se explica que sea usted la única muchacha guapa de la población?

—Gracias. ¿Ha echo usted el censo?

—Fíjese usted que tengo dos ojos.

—Ya lo he notado.

El encargado del bar llenó los vasos y mi compañera dijo:

—La cajera del cine dice que todos los viajantes le preguntan por qué es la única muchacha guapa de la población.

—Tal vez sea un cumplido muy agradable, aunque no conduce a nada.

—¿Y por qué no busca usted otro?

—Lo haré. En mil novecientos diecinueve esta población sostenía a un especialista de ojos, oídos nariz y garganta. Y ahora, al parecer, no podría darle bastante trabajo.

—Es verdad.

—¿Qué ocurrió?

—Muchas cosas. No están consignadas en lista, porque resultarían deprimentes para los forasteros.

—Cite algunas.

—Bueno, en primer lugar, el ferrocarril tenía talleres aquí. Hicieron una nueva división técnica de las secciones, trasladó los talleres y así se produjo la depresión del veintiuno.

—¿De veras?

—Así me lo han asegurado. Los negocios empezaron a decrecer y, por fin, la política acabó de estropearlo, completamente.

—¿Y cuáles son las opiniones de *La Hoja*?

—Defender los intereses locales en favor de los empleados. Pero ahora, si le parece bien, acabemos de tomar el combinado y vayamos al comedor, antes de que los expertos se traguen lo mejor que haya.

Apuramos los vasos de combinado y la acompañé al comedor. En cuanto nos hubimos sentado tomé el menú y pregunté:

—¿Qué comeremos?

—En primer lugar, no tomaremos picadillo y tampoco croquetas, porque sirvieron los pollos el miércoles. Si hay pastel de ternera es el sobrante del martes. En cambio, el rosbif sería bueno y tendrán las patatas bien cocidas.

—Las patatas cocidas con mucha mantequilla compensarán otras cosas —dije—. ¿Y cómo se explica que cene usted a mi lado?

Ella abrió mucho los ojos y replicó:

—Usted me ha invitado.

—¿Y cómo la invité?

—¡Caramba! Me gusta tanto descaro —replicó ella.

—La invité porque usted me habló del asunto.

—¿Yo?

—Indirectamente, y lo hizo usted porque así se lo aconsejó aquel hombre que trataba de sonsacarme. En vista de que no lo conseguía, se metió en su despacho, persuadido de que ésta era una buena idea.

—Me parece que se engaña.

—Y se lo aconsejó porque deseaba algunos informes que le conviene adquirir a cambio de los que él pueda darme.

—¿Sí?

—Eso le consta.

—Lo siento, pero no sé leer el pensamiento ajeno.

Llegó la camarera, tomó nuestro encargo y observé que mi compañera miraba a su alrededor.

—¿Está preocupada? —pregunté.

—¿Por qué?

—Tal vez Carlos la verá mientras cena conmigo antes de que usted tenga la oportunidad de decirle que se trata de un asunto comercial que le ha encargado su jefe.

—¿Quién es Carlos?

—El amigo de usted.

—No conozco a ninguno de este nombre.

—Es posible; pero, sin embargo, háble me de él y lo llamaremos Carlos. Eso ahorra tiempo y simplifica el asunto.

—Ya —exclamó—. Pues, no. No me preocupa Carlos. Es un muchacho comprensivo y tolerante.

—¿Lleva armas de fuego?

—No. Han transcurrido tal vez seis meses desde que disparó contra otro y aún le dio en el hombro, de modo que, en menos de seis semanas de hospital, aquel individuo quedó curado.

—Me gusta mucho esa prudencia. Yo temía que Carlos pudiera ser hombre violento.

—¡Oh, no! Es muy paciente y bondadoso para los animales.

—¿Y cómo se gana la vida? —pregunté.

—Trabaja aquí.

—¿En el hotel?

—No. En la población.

—¿Y le gusta vivir aquí?

La joven hundió el tenedor en el rosbif y dijo:

—Magnífico.

—Sí.

Reinó un largo silencio entre nosotros. El comedor estaba casi lleno y me imaginé que no todos los comensales tenían habitación en el establecimiento. Al parecer, la mayoría de los reunidos eran gente de negocios. Algunos miraron con interés a Marian Dunton y a su compañero. Me figuré que la muchacha sería bien conocida. Le hice algunas preguntas más acerca de la población y ella me dio los informes requeridos. Al parecer, ya no intentaba bromear conmigo, como si hubiese perdido la animación. Quise adivinar si ello se debía a que hubiese visto a alguien. De ser así, podría dar la culpa a dos individuos de edad mediana que parecían estar absortos en la comida y en su propia conversación o también al grupo familiar que parecía estar constituido por unos turistas automovilísticos. Eran un hombre de mediana edad, calvo, de ojos grises, una mujer gruesa, una niña de nueve años y un niño de siete.

Después del postre ofrecí un cigarrillo a mi compañera y ella aceptó. Los encendimos y sacando la lista de los nombres que había copiado se la entregué.

—¿Cuántas personas de esta lista viven aún en la población? —pregunté.

Ella examinó unos momentos la lista y replicó:

—Es usted listo. Y lo digo sinceramente. —Luego añadió—: Aquí hay quince nombres, pero solamente cuatro o cinco continúan en la población.

—¿Qué fue de los demás?

—Se alejaron en cuanto hubieron trasladado los talleres del ferrocarril. Cuando vivía aquí el doctor Lintig, constituían el grupo de personas jóvenes de la buena sociedad. Yo he conocido a algunos. Cuando los negocios empezaron a estropearse, media docena de ellos se alejaron. En mil novecientos veintinueve, porque cerró sus puertas una fábrica de conservas de la localidad, muchos se fueron.

—¿Y qué me dice usted con respecto a los restantes? ¿Los conoce?

—Sí.

—¿Cómo podría comunicar con ellos?

—Buscando sus nombre en la Guía telefónica.

—¿Y no podría usted decírmelo?

—Sí. Pero preferiría que consultase la Guía telefónica.

—Comprendo.

Doblé la lista y la guardé en el bolsillo. En el cine daban una película que ya había visto. Propuse llevar a Marian y aceptó. Por su actitud creí adivinar que también había visto aquel film. Luego tomamos unos helados y volví a sacar la lista.

—¿Quiere usted señalar las personas que aún siguen aquí? Eso me evitaría la consulta de la Guía, ahorrándome tiempo.

Pensó un momento, tomó la lista y señaló cuatro nombres.

—Me parece que no obtendrá usted ningún resultado —dijo— porque, según creo, nadie en la población conoce el paradero de esa señora.

—¿Cómo está usted tan segura?

—Ya sabe usted que ese asunto llamó mucho la atención.

—¿Eso fue antes de la depresión? —repliqué—. Desde entonces, otras cosas se habrán adueñado de la atención general.

Me pareció que se disponía a decirme algo y que se contuvo.

—Adelante —invité—. Hágame este favor.

—Usted no me ha hecho ninguno —replicó.

—Si pudiese encontrar a la señora Lintig, ello redundaría en beneficio de esa señora. Podría heredar una propiedad considerable.

—O también podría cobrar un premio en la lotería de las carreras de caballos —contestó ella—. ¿Quiere usted decirme, de una vez, el por qué de tanta actividad con respecto a la señora Lintig? —preguntó.

—Lo ignoro —contesté, indiferente.

—¿Trabaja usted por su cuenta propia o a las órdenes de otra persona?

—Si la encontrase —repliqué—, yo ganaría algo.

—Y si yo la encuentro, ¿qué? —preguntó ella.

—Si sabe usted dónde está y quisiera darme algunos informes, desde luego, habría algo para usted.

—¿Cuánto?

—Lo ignoro hasta que haya podido hacer algunas preguntas. ¿Sabe usted dónde está esa señora?

—No, y me gustaría saberlo, porque averiguaría una historia muy interesante. Tenga en cuenta que soy la encargada de recoger noticias para *La Hoja*.

—¿Y le aumentarían el sueldo? —pregunté.

—No.

—Quizá yo pudiese poner a usted en comunicación con alguien que le pagaría por esos informes mucho más de lo que pudiese pagar *La Hoja*.

—Ésta no pagaría nada.

—Entonces puedo ofrecer mejor recompensa.

—¿Cuánto?

—No sé. Lo averiguaré. ¿Y qué me dice usted de los demás?

—¿Cuáles?

—¡Caramba! —exclamé, fingiendo sorpresa—. Los que también andan buscando a esa señora.

—Ya veo que hice mal y que, sin duda, hablé demasiado.

—Desde luego, al individuo del periódico no le gustó.

Fijó su mirada en el jarro de cerveza que, en otro tiempo, fue sin duda un jarro de cerveza en la historia de la población. Y mientras lo hacía girar, empujándolo con los dedos, preguntó:

—¿Cuánto tiempo ha vivido usted en la capital?

—Siempre.

—¿Le gusta? —preguntó.

—No demasiado.

—Pues yo me figuré que estaría usted loco de alegría.

—¿Por qué?

—Por hallarse en el centro de las cosas —contestó— en vez de verse en una pequeña ciudad rural, donde se conoce a todo el

mundo y todos le conocen a una. En una ciudad se puede vivir, hay millares de personas oportunidades ilimitadas para formar amistades y contactos, espectáculos, buenos salones de belleza y restaurantes.

—También hay estafas, automóviles, señales de tránsito, límites para dejar los coches, calles de circulación en un solo sentido, ruido, confusión y en cuanto a amistades… Cuando quiera usted verse sola por completo, viva en una gran ciudad. Todo el mundo es forastero y desconocido y cuando no se tienen las relaciones necesarias, no se consigue avanzar por ningún camino.

—Siempre sería mejor que ver continuamente rostros conocidos, un día tras otro, vivir en una población ya podrida y en donde la gente conoce mejor los negocios ajenos que los propios.

—¿De modo que la gente conoce mejor que usted sus propios asuntos?

—Se lo figuran.

—Anímese —le dije—; le queda Carlos.

—¿Carlos? ¡Ah, sí!

—Si fuese usted a una gran capital —añadí—, se vería obligada a dejar a Carlos, porque recuerde que a él le gusta vivir aquí.

—Vamos a ver. ¿Quiere usted hacerme pasar una noche agradable o sólo burlarse de mí?

—Me limito a preguntar. ¿Por qué no me da algunos informes que pudiese utilizar?

Con la punta de la cuchara tomó un poco de helado y lo cortó en pequeñas partículas, hasta que se hubo convertido en líquido.

—Vamos a ver —dijo— si le comprendo, Donald. Trabaja usted para alguien y anda buscando informes. Si yo le diese algunos interesantes, usted no podría pagarlos hasta que hubiese hablado con otro.

—Así es.

—¿Para qué, pues, habré de decirle algo?

—Para ser una buena muchacha, que quiere cooperar.

—Oiga, no necesito dinero —respondió—. Es decir, no sé nada que valga dinero, pero podría ayudarle. En este caso, ¿me ayudaría usted a encontrar trabajo en la capital?

—Hablando con franqueza, no conozco ningún empleo disponible. Podría presentarla a alguien que tuviese estos datos,

pero, en la actualidad, los empleos andan escasos.

—¿Si yo le ayudase a usted y luego me dirigiera a la capital, estaría dispuesto a darme buenos consejos para conseguir mi objeto?

—Si pudiera, desde luego.

—Y veo que está usted aprovechándose de mí. Éste es su cometido. Ha venido usted en busca de algo. Usted quiere averiguar determinadas cosas. Y si se figura que yo tengo algunos informes, tratará de obtenerlos sin decirme para qué los necesita. ¿Es así?

—Así es.

—Bueno. Pues yo jugaré el mismo juego. Si puedo obtener algún informe de usted, haré uso de él.

—Me parece muy bien.

—No venga diciéndome después que no le he avisado.

—No lo haré.

—¿Y qué quiere saber? —preguntó.

—¿Conoce usted el paradero de la señora Lintig?

—No.

—¿Existen relatos de ella en el depósito de cadáveres del periódico?

—No.

—¿Lo ha comprobado alguna vez?

Afirmó, preocupada.

—¿Cuándo?

—Hace dos meses.

—¿Quién buscaba entonces a esa señora?

—Un individuo llamado Cross.

—¿Conoce usted las iniciales de su nombre?

—Se alojó en el hotel. Consulte el registro.

—¿Qué quería?

—Lo mismo que usted.

—¿Qué aspecto tenía?

—Unos cuarenta años, grueso, casi calvo y fumaba sin cesar un puro. Apestó la oficina del periódico mientras leía.

—¿Quién vino luego?

—Una mujer joven.

—¿Cómo se llamaba?

—Evaline Dell. ¿Le extraña este nombre?

—Los hay muy raros.

—Eso me llamó la atención.

—Entonces no hay duda de ello —contesté.

—Quizá tenga usted razón —replicó ella, pensativa—. En esa mujer observé algo muy raro. No puedo explicarlo.

—¿Qué aspecto tenía?

—Me parece que ha puesto usted el dedo en la llaga. Su aspecto era raro. Parecía una mujer bragada ya en muchas cosas. Pero no era así. Se conducía con mucha discreción y casi timidez, como si siempre anduviera de puntillas. Tenía magnífica figura, vestía a la última moda y puedo asegurarle que su ropa ponía de manifiesto su figura. Pero era demasiado bonita, demasiado suave, con aire excesivamente virginal.

—¿Y no daba la impresión de ser eso último?

—No. Se convencerá en cuanto vea a esa mujer. Creo que es pariente.

—¿Lo dijo así?

—Tuve la impresión de que era una hija de un matrimonio anterior.

—¿Y qué edad daría eso a la señorita Lintig?

—Unos cincuenta años. Yo me figuré que Evaline Dell debía de ser muy niña cuando su madre se casó con el doctor Lintig. Tal vez era una hija que ella tuvo en secreto.

—Eso indica que ahora debe de tener veintiséis o veintiocho años.

—Más o menos. Pero nadie sabía por aquí que la señora Lintig tuviese una hija.

—¿Se alojó en el hotel?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo estuvo aquí?

—Una semana.

—¿Qué hizo mientras tanto?

—Buscó una buena fotografía de la señora Lintig. Creo que compró cuatro. Viejas instantáneas de álbumes familiares. Las mandó no sé adónde. En el hotel me dijeron que había enviado por correo varias fotografías y que pidió cartón ondulado para envolverlas.

—¿Le comunicaron en el hotel las señas de esos envíos?

—No. Los echó al buzón de la oficina de Correos, pero aquí le dieron todo lo necesario, y los empleados del hotel se enteraron de que eran fotografías.

—¿Algo más? —pregunté.

—Nada más.

—Gracias, Marian. No sé qué utilidad tendrá todo eso. Supongo que servirá. En tal caso le entregaré algún dinero. No mucho, pero sí algo. Mis jefes no son demasiado generosos.

—No importa. Preferiría lo otro.

—¿Qué es lo otro?

—Usted averiguará por mí lo que pueda y yo haré lo mismo con usted. Le ayudaré. Si yo fuese a la capital en busca de trabajo, usted ayúdeme en lo que pueda.

—Podré hacer poco.

—Ya lo comprendo, pero hará lo que pueda, ¿verdad?

—Sí.

—¿Va usted a permanecer aquí mucho tiempo?

—No lo sé; depende.

—Quizá descubra algo. En tal caso, ¿dónde podré encontrarle?

Saqué una tarjeta, que sólo contenía mi nombre y puse las señas de la oficina de Bertha Cool, añadiendo:

—Recibiré las cartas que me mande a esta dirección.

Leyó la tarjeta, la guardó en el bolso y me sonrió. Le ayudé a ponerse el abrigo y la llevé a su casa en el coche de la agencia. Vivía en un edificio de dos pisos que necesitaba una buena capa de pintura. No había ninguna indicación exterior de que se alquilaran habitaciones, de modo que me figuré que tal vez vivía con una familia. Pero eso no me preocupó, pues sabía que, en cuanto necesitara datos acerca de ella, los encontraría, porque, como me había manifestado, en aquella población todo el mundo estaba enterado de los asuntos ajenos.

A juzgar por su conducta, ella esperaba que yo no le diera un beso como despedida, y me abstuve.

Llegué al hotel antes de medianoche. Un cigarro bastó para que el empleado nocturno se mostrara comunicativo. Luego examiné el registro del hotel y encontré las firmas de Miller Cross y de Evaline Dell. Supuse que las señas serían falsas, pero, sin embargo, las anoté con disimulo por precaución en tanto que el empleado trabajaba en

la centralilla telefónica.

Al volver a su puesto, charlamos un rato y me dijo que la señorita Dell había llegado en el tren, que su baúl resultó averiado por un golpe y que solicitó el testimonio del mozo del hotel y del encargado del transporte. Y el empleado no sabía si llegó a reclamar a la Compañía de Ferrocarriles.

Me enteré que podía expedir un telegrama por teléfono y mandé el siguiente a Bertha Cool:

> *Lentos progresos. Obtenga información completa en reclamación contra Compañía Ferrocarril Sur-Pacífico por baúl averiado expedido a Oakview, cosa de tres semanas atrás. La reclamación quizá se hizo a nombre de Evaline Dell. ¿Puedo pagar veinticinco dólares a persona que proporcione informes útiles?*

Colgué el receptor telefónico y subí a mi habitación. Metí la llave en la cerradura no se abrió. Cuando reflexionaba acerca de ello, la puerta se abrió por dentro y un hombre alto y grueso, cuya silueta se recortaba sobre la ventanilla iluminada, invitó:

—Adelante, Lam.

Encendió las luces y me quedé en el umbral mirándolo. Medía un metro ochenta y quizá pesaba ochenta kilos. No estaba flaco y tampoco delgado. Tenía los hombros muy anchos y la mano con la que me agarró por la corbata parecía una garra. Y, al mismo tiempo que me invitaba a entrar, me dio un tirón de la corbata.

Penetré en la estancia, como arrojado por una catapulta. Meneé los hombros y pasé planeando por encima de la alfombra para estrellarme en un rincón.

De una patada cerró la puerta y exclamó, satisfecho:

—Así me gusta.

Se situó entre mí y la puerta y también me impedía llegar al teléfono. Por lo que vi en la centralilla de abajo, pude calcular que el empleado tardaría por lo menos treinta segundos en acudir a la llamada telefónica. Y no pude imaginar al intruso quieto y paciente mientras yo trataba de llamar a la policía. Enderecé la corbata, me arreglé el cuello, y pregunté:

—¿Qué quiere usted?

—Así me gusta —repitió, tomando una silla y sentándose cerca de la puerta.

Sonrió y su sonrisa no fue de mi agrado. Bien es verdad que aquel tipo me resultaba antipático. Parecía un buey y obraba como si fuese el dueño del hotel y de la ciudad entera.

—¿Qué quiere usted? —pregunté.

—Que se largue cuanto antes de aquí.

—¿Por qué? —pregunté.

—El clima —respondió—. Es muy malo para los bebés como usted.

—Hasta ahora no me ha sentado mal —dije.

—No; pero en breve notará lo contrario. La malaria. Por la noche, los mosquitos revolotean cantando. Le morderán y mañana se encontrará usted mal.

—¿Y a dónde había de ir para evitar los insectos?

—Bueno, pequeño —dijo con rostro sombrío—. Basta de bromas.

Saqué un cigarrillo y lo encendí. Él me observó y se echó a reír al notar que me temblaba la mano. Agité el fósforo para apagarlo, aspiré hondo el humo y exclamé:

—Adelante. Usted manda.

—Ya se lo he dicho. Ahí está su maleta. Ciérrela y le acompañaré a usted hasta el automóvil.

—¿Y si no necesito escolta?

—Si se marcha ahora —contestó cordial, pero con acento significativo—, podrá hacerlo con sus propias piernas.

—¿Y si espero?

—Es posible que tenga un accidente.

—No he tenido ninguno, como saben mis amigos.

—A lo mejor tiene usted un ataque de sonambulismo y se tira por la ventana. Y aunque sus amigos vengan a averiguar, no conseguirán saber nada.

—Podría empezar a gritar —contesté—, y es posible que me oyera alguien.

—¡Oh, desde luego!

—Y avisar a la policía.

—Claro está.

—¿Y qué ocurriría entonces?

—Que ya no me encontrarían aquí. Y a usted tampoco.

—Bueno —dije—. Voy a probarlo.

Y empecé a gritar:

—¡Socorro! ¡Pol…!

Salió de su silla disparado con la rapidez de un gato. Se arrojó sobre mí y yo, con toda mi fuerza, le asesté un puñetazo en el estómago.

Pero mi mano no llegó al blanco. Algo golpeó un lado de mi cabeza que, al parecer, me desarticuló el cuello, y tuve la impresión de que se había apagado la luz. Al recobrar el sentido estaba en el coche de la agencia y éste rodaba de prisa. Me dolía la cabeza y tenía la mandíbula tan lastimada que no podía moverla. Aquel hombre corpulento se había sentado al volante y cuando me volví, se volvió a mirarme, y exclamó:

—¡Pero hombre! ¿Adónde va usted con este cacharro indecente? ¿Por qué no le proporciona la agencia otro coche mejor?

Saqué la cabeza por la ventanilla para que el aire de la noche me aclarase las ideas. Él apoyaba su pesado pie sobre el acelerador y el coche de Bertha Cool, exteriorizando sus protestas, hacía un ruido espantoso y describía eses a lo largo de la carretera. Ésta era muy empinada y recorría el lado de una masa rocosa: en el fondo había un precipicio.

Poco después salía a un terreno llano, poblado de pinos, cuyas masas se recortaban sobre el cielo de la noche. El hombre corpulento disminuyó la marcha, como si buscase un camino lateral. Aproveché aquella oportunidad para acercarme al volante, que agarré con ambas manos y le di la vuelta.

Mas no pude hacer girar la rueda, aunque el coche se inclinó a un lado del camino y luego al otro, como si se opusiera a mi maniobra. Él levantó el codo, sin quitar la mano del volante y me golpeó el punto dolorido de la mandíbula, cosa que me obligó a soltar el volante. Luego un martillo pilón me golpeó en la nuca y lo que puedo recordar es que, más tarde, me vi tendido de espaldas y a oscuras, esforzándome en averiguar dónde estaba.

Unos momentos después pude coordinar los sucesos y metí la mano en el bolsillo, en busca de fósforos. Encontré uno y lo encendí. Estaba en el interior de una cabaña de troncos y tendido sobre unas ramas de pino. Me incorporé y encendí otro fósforo. Como encontré una bujía, la encendí y consulté mi reloj. Eran las

tres y cuarto.

La cabaña llevaba, sin duda, mucho tiempo sin haber sido habitada. Estaba sucia y olía a moho. Las ventanas aparecían cerradas. Las ratas habían saqueado aquel lugar y diseminaron por el suelo algunas cortezas de pan duro, que encontraron en el armario. Una araña, en su enorme tela, parecía mirarme amenazadora. Algunas agujas de pino del camastro se me enredaron en el pelo y al incorporarme se metieron por el cuello de la camisa y fueron a parar a mi espalda.

Tenía la impresión de que me había pasado por encima una apisonadora de vapor.

Estaba solo en la cabaña. Observé las ventanas tapiadas e intenté abrir la puerta figurándome que estaba cerrada, pero no era así. El aire fresco de la montaña, impregnado del olor de los pinos, llegó hasta mi olfato. Vi algo negro ante la puerta. Saqué la bujía y reconocí el coche de la agencia.

Una corriente de la montaña hacía gran ruido, al parecer, a corta distancia de la cabaña. Gracias a la bujía, llevé a cabo una corta exploración y encontré una senda que conducía hasta la corriente. Humedecí el pañuelo en el agua helada, lo apliqué a mi frente, a mis ojos y luego a la nuca. Una racha de aire apagó la bujía y me senté a oscuras, en espera de que el agua fría hiciera su efecto.

Poco después, con mis dedos fríos húmedos, saqué los fósforos y encendí otra vez la bujía. Regresé a la cabaña sin tener la más remota idea del lugar en que me hallaba.

Apagué la bujía, cerré la puerta de la cabaña y subí al automóvil de la agencia. Encontré las llaves de la ignición. Puse en marcha el motor y vi que el tanque estaba lleno de combustible hasta la mitad. Los faros iluminaron un áspero camino montañoso que salía de la cabaña. Embragué el coche y, a cosa de un cuarto de milla de distancia, encontré una carretera bien cuidada. Como no tenía ninguna orientación, emprendí el camino cuesta abajo, deseoso de llegar al valle.

capítulo dos

BERTHA Cool dejó a un lado la acumulación de correo propio del lunes, encendió un cigarrillo y, mirándome a través de la mesa, exclamó:

—¡Por Dios, Donald! Ya has vuelto a pelearte.

—No ha sido ninguna pelea.

—¿Pues qué ha sido?

—Que me acompañaron a la salida de la población.

—¿Y quién te acompañó?

—A juzgar por su conducta, me atrevo a creer que pertenecía al cuerpo de agentes de la autoridad de aquel pueblo, pero sus tácticas eran demasiado refinadas para Oakview. No creo que aquel hombre fuese de allí. Sin duda, lo siguió un amigo en otro coche o tenía allí uno preparado para el regreso. Dejó a mi disposición el cacharro de la agencia y aún compró gasolina.

—¿Y por qué te figuras que era un policía?

—Pues porque obraba, hablaba y parecía uno de ellos.

—Veo, Donald —replicó Bertha, sonriendo—, que a veces pasas muy malos ratos. ¿Volviste?

—No.

—¿Por qué no?

—El clima —contesté— es muy cálido. Hay malaria y mosquitos.

—¡Naderías! —replicó ella.

—Además —añadí— podremos trabajar mejor aquí que allí.

—¿Cómo?

—Me habían precedido ya dos personas que andaban buscando lo mismo que yo, y supongo que se llevaron más de lo que dejaron.

—¿Por qué, pues, quisieron alejarte de allí?

—No lo sé.

—Eso es muy raro, Donald —dijo ella, mirándome a través del

humo de un cigarrillo.

—Me alegro de que opine así.

—No te enojes. En fin, ya sabes que éstos son tropiezos del oficio. Y algunos se imaginan que es fácil quitarte de en medio. ¿Quién era ese individuo?

—No lo sé. Al llegar a mi habitación, él se había instalado ya. Eso fue después de haberle mandado a usted el telegrama. Y me disponía a regresar a Oakview cuando se me ocurrió una pista que podría seguir mucho mejor desde aquí.

—Bueno, háblame de eso —replicó ella.

Saqué mi libro de notas y le di un sumario de los informes adquiridos.

—La señora Lintig —replicó Bertha— no realizó aquel viaje a lo largo del Canal, ni en mil novecientos diecinueve ni tampoco en mil novecientos veinte. Y menos aún con su nombre. De modo que, si utilizó alguno supuesto, podemos darnos por derrotados. Ya ha pasado demasiado tiempo para que se pueda seguir la pista de una persona sin más base que una descripción, y no podemos pagar veinticinco dólares a cambio de esos informes. Nos pagan por obtener esos datos y hemos de aplicar el dinero a salarios, gastos de oficina y beneficios. De modo que no vuelvas a malgastar palabras en un telegrama haciendo preguntas por el estilo.

—Fue un telegrama de madrugada, que me concedía cincuenta palabras, de modo que ello no le ha costado a usted ni un centavo de más.

—Ya lo sé. Conté las palabras para asegurarme, pero no vuelvas a hacerlo. ¿Quién te dio esos informes?

—Una muchacha. Ahora no me siento animado de tanta generosidad con respecto a ella, porque el individuo que me sacó de allí pudo ser muy bien el amigo Carlos.

—¿Quién es ése?

—No lo sé. Es un apodo. ¿Qué pudo averiguar acerca de ese baúl?

—Una tal Evaline Harris hizo una reclamación de setenta y cinco dólares por averías en el baúl y su contenido.

—¿Y qué resultó de esa reclamación?

—Aún está discutiéndose. La Compañía de Ferrocarriles estropeó una esquina del baúl, pero aseguran que éste era viejo y malo, y

sostienen que es exagerada la reclamación.

—¿Se ha procurado usted las señas de Evaline Dell? —pregunté.

—Evaline Harris —contestó.

—Es igual. Estuvo allí cosa de una semana.

—Ya lo sé. Veamos, ¿dónde está? Nunca encuentro nada. —Tomó el teléfono y dijo a Elsie Brand—: Búsqueme usted las señas de Evaline Harris. Se las di. Sí, estoy segura… ¡Oh…! En el cajón de la derecha de mi mesa… Gracias…

Bertha Cool abrió aquel cajón, rebuscó entre algunos papeles y sacó uno muy pequeño. Copié las señas en mi libro de notas.

—¿Vas a ir a verla? —preguntó.

—Sí. Tengo un presentimiento. El Colegio de Médicos tal vez ha recibido la petición de traspasar el título de médico del doctor James T. Lintig a otro nombre.

—¿Y por qué crees eso?

—Lintig era especialista en ojos, nariz, garganta y oído. Luego desapareció, acompañado de su enfermera. Ahora imagínese usted lo que debió ocurrir. Nadie tira por la borda el derecho de ejercer su profesión.

—¿Y por qué crees que ejerce en nuestro Estado?

—Porque no podría ir a otro cualquiera sin especificar detalladamente lo que ha hecho en éste. Ello originaría investigaciones. Probablemente ha recibido orden del tribunal de cambiar su nombre. Y luego mandó una copia certificada al Colegio de Médicos del Estado para que, de un modo rutinario, le traspasaran su licencia a ese nuevo nombre. Todo eso sería muy sencillo.

Bertha Cool me miró, guiñando un ojo en señal de aprobación sus ojos fríos y grises.

—Donald —dijo—: eres un tuno con sesera. Creo que has dado en el clavo. —Un momento después añadió—: Desde luego, nuestras instrucciones consisten en concentrar los esfuerzos en la señora Lintig.

—Cuando la hayamos encontrado —repliqué—, nadie sabrá cómo lo hicimos. Necesito cincuenta dólares para gastos.

—Gastas demasiado —observó—. Ahí los tienes. Procura que te duren. ¿Crees que él sabe dónde está su mujer?

—El doctor Lintig —contesté— se lo dio todo y, probablemente,

celebró con ella un acuerdo secreto del reparto de sus propiedades.

Conté el dinero y me lo embolsé.

—Y si lo hizo, ¿qué?

—Si estaba dispuesto a dárselo todo, podía continuar ejerciendo en Oakview, donde tenía la clientela. Ningún tribunal le habría desposeído de sus posesiones en tanto grado como lo hizo él mismo. Deseaba marcharse y desaparecer. Y si hubo un acuerdo secreto entre ambos, es posible que conozca el paradero de ella.

—Me parece que en todo eso hay algo de cierto —dijo Bertha Cool, entornando los párpados.

—¿Tiene usted el número del teléfono de Smith? —pregunté.

—Sí.

—Pues llámelo y…

Me interrumpí, y ella preguntó:

—¿Qué, Donald?

—Debemos procurar que Smith no sepa lo que estamos haciendo. Encontraremos a nuestro modo a la señorita Lintig. Yo puedo presentarme a Evaline Harris como empleado de ferrocarril y encargado de llegar a un acuerdo sobre su reclamación. Le pagaré setenta y cinco dólares por daños y perjuicios a su baúl, y le pediré recibo. Luego puedo presentarme de nuevo a ella diciéndole que le he pagado aquel dinero asumiendo facultades que no me pertenecen. Eso me dará, de todos modos, la posibilidad de aproximarme a ella.

—Pero oye, Donald —exclamó Bertha Cool, desorbitando los ojos—. ¿Te has figurado que la agencia está hecha de dinero? No nos falta más que ir a pagar las deudas de la Compañía de Ferrocarriles.

—Cargue usted en cuenta esa suma como gastos.

—No seas tonto, Donald. Ya habrá otros. Y cuanto más paguemos, menos habrá para mí.

—Más de setenta y cinco dólares le costará seguir una pista vieja y casi borrada.

—No me gusta —exclamó ella—. Piensa en otra cosa, Donald.

—Bueno —dije, cogiendo el sombrero—. Lo haré.

Tenía ya la mano en el pomo de la puerta cuando me llamó.

—Y sigue trabajando en eso, Donald, porque mientras reflexionas pierdes el tiempo.

—En ello trabajo. He publicado un anuncio en *La Hoja* de Oakview, pidiendo informes acerca de la señora Lintig o de sus herederos, dando a entender que ha muerto alguien, legándoles su fortuna.

—¿Cuánto cuesta ese anuncio? —preguntó Bertha Cool.

—Cinco dólares.

—Es demasiado —replicó, mirándome a través del humo de su cigarrillo.

—Tal vez sí —contesté, abriendo la puerta, para cerrarla antes de que pudiese replicar.

Guié el coche de la agencia hasta la casa de Evaline Harris. Era un edificio barato, de tres pisos, destinado a alquilar habitaciones. Al lado de los buzones para correo había una lista de los inquilinos y botones para llamar. Averigüé que Evaline Harris ocupaba el trescientos nueve, y oprimí el botón. Tuve que insistir dos veces más antes de que el zumbador me advirtiese que se abría la puerta. Entré.

Había un vestíbulo que ocupaba toda la anchura del edificio y una profundidad de cinco metros. Estaba oscuro tétrico y olía muy mal. A la izquierda vi una puerta sobre cuyo dintel había la palabra «Directo». Hacia la mitad del corredor, una luz eléctrica muy débil brillaba sobre la entrada del ascensor automático. Subí al tercer piso y me dirigí al trescientos nueve.

Evaline Harris estaba en pie en la puerta, mirando hacia el corredor con ojos hinchados por el sueño. No tenía ningún aspecto virginal, y me preguntó qué quería, con voz áspera algo ronca.

—Soy empleado de la Compañía de Ferrocarriles y me dedico a zanjar reclamaciones. He venido para tratar de ese baúl.

—¡Dios mío! —exclamó—. Ya era hora. ¿Y por qué ha venido usted a esta hora de la mañana? ¿No se da cuenta de que una muchacha que trabaja de noche ha de dormir a veces?

—Lo siento —contesté, esperando que me invitase a entrar.

Ella continuaba en la puerta. Por encima de su hombro pude ver una cama plegable en un rincón, medio deshecha y con la almohada arrugada.

Continuó en la puerta, expresando la duda, la hostilidad y la avaricia a un tiempo.

—Lo único que quiero es un cheque —dijo, al fin.

Era rubia y no pude descubrir ninguna coloración negra en las raíces de sus cabellos. Llevaba un pijama anaranjado, lleno de arrugas, y una bata echada encima de los hombros, que recogía por delante con la mano izquierda. El dorso de aquella mano me indicó que tal vez hubiese podido pasar por una joven de veintidós. Poco pude colegir acerca de su figura, pero en parte era propia de una persona joven y esbelta.

—Bueno —exclamó al fin—; entre.

Así lo hice.

El cuarto olía a sueño. Cubrió la cama, se sentó en el borde y dijo:

—El sillón está ahí en ese rincón. Acérquelo. Cuando armo la cama tengo necesidad de alejarlo. ¿Qué desea usted?

—Algunos detalles acerca de su reclamación.

—Ya les he dado todos los que pude reunir —contestó—. Debiera haber reclamado doscientos dólares. Y entonces me habrían pagado, por lo menos, setenta y cinco, que es el valor verdadero del daño sufrido. Y si ahora intentan rebajar algo, no pierdan su tiempo ni intenten hacérmelo perder. Y no vuelva usted nunca más antes de las tres de la tarde.

—Lo siento mucho —contesté.

A la cabecera de la cama y sobre un pequeño estante había un paquete de cigarrillos y un cenicero. Tomó un cigarrillo, lo encendió y aspiró el humo.

—Bueno, hable —invitó.

Tomé un cigarrillo de los míos lo encendí.

—Creo que podré entregar su reclamación a la sección correspondiente, después que me haya dado usted uno o dos detalles.

—Eso ya me gusta más —contestó—. ¿Cuáles son esos detalles? Si quiere ver el baúl, está abajo. Tiene una punta completamente aplastada. Las astillas de madera me rompieron las medias de seda y uno de mis mejores trajes.

—¿Conserva usted esas medias y el traje? —pregunté.

—No —repuso, evitando mis ojos.

—Nuestro fichero indica que cuando estaba usted en Oakview se hacía llamar Evaline Dell.

Se quitó el cigarrillo de la boca y me dirigió una mirada de

indignación.

—Son ustedes unos curiosos inaguantables. ¿Y qué les importa el nombre que usaba entonces? ¿Me rompieron el baúl, si o no?

—En asuntos de esta clase —repliqué—, la Compañía, como es natural, quiere obtener una garantía legal de que no se verá obligada a pagar otra vez.

—Bueno. Ya se la daré. Si quiere firmaré el recibo con el nombre de Evaline Dell. En realidad, me llamo Evaline Dell Harris. Y si me ha de servir para algo, soy capaz de firmar con otro nombre cualquiera.

—¿Vive usted aquí con el nombre de Harris?

—¡Claro! Evaline Dell era mi nombre de soltera y Harris el de mi marido.

—Pues si está casada, su marido habrá de firmar.

—¡Imposible! Hace tres años que no veo a Bill Harris.

—¿Se ha divorciado? —pregunté.

—Sí —contestó, tras leve vacilación.

—Tenga en cuenta —expliqué— que si la Compañía llega a un acuerdo obtiene un recibo que no haya sido firmado por la persona dueña del baúl: quedaría obligada aún a pagar.

—¿Va usted a decirme, acaso, que no soy dueña de mi baúl?

—No es eso —respondí—, sino que hay una discrepancia en los nombres. Y la Compañía insiste en que se explique bien esa discrepancia.

—Pues ya está explicada.

—El jefe de la Sección de Reclamaciones es muy exigente, señora Harris.

—Señorita Harris —corrigió.

—Bien, señorita Harris. El jefe de la Sección de Reclamaciones es muy detallista. Me ha enviado para averiguar la reclamación que hiciera usted en el viaje a Oakview con el nombre de Evaline Dell y no Evaline Harris.

—Transmítale usted mis saludos más respetuosos y dígale que se deje de niñerías —replicó.

Recordé entonces la expresión de avaricia que advertí en su rostro cuando estaba en la puerta. Me puse en pie y dije:

—Bueno. Se lo diré. Lamento haberla molestado. Ignoraba que trabajase usted por las noches.

Y me dirigí a la puerta. Tenía la mano en el pomo cuando me dijo:

—Espere un momento. Siéntese.

Fui a tirar la ceniza de mi cigarrillo a su cenicero y me senté otra vez.

—Dijo usted que desea zanjar este asunto.

—Sí. Me gustaría dejar terminado este asunto. Desde luego, si no lo conseguimos, lo entregaremos a nuestra sección legal para que se encargue de él.

—No deseo hacer ninguna reclamación ante un tribunal.

—Nosotros tampoco.

—Fui a Oakview para tratar de asuntos particulares que no les importan a ustedes nada en absoluto.

—No nos interesan sus asuntos, sino la razón que tuvo para tomar otro nombre.

—No fue otro nombre, puesto que era el mío.

—Temo mucho que este argumento no servirá.

—Bueno —replicó—. Fui allá para obtener unos informes acerca de alguien.

—¿Puede usted darme el nombre de esa persona?

—No. —Titubeó mientras tiraba la ceniza del cigarro en el cenicero, y añadió—: Un individuo me mandó a Oakview para pedir informes de su mujer.

—Me gustaría comprobar eso. ¿Puede usted darme su nombre y sus señas?

—Puedo, pero no quiero.

Saqué el cuaderno de notas y, en tono de duda, exclamé:

—Bueno. Yo quisiera arreglar eso, pero me temo que la Sección de Reclamaciones no quedará satisfecha. Dada esta confusión de nombres, querrán conocer toda la historia.

—Y si pudiese arreglarlo, ¿cuándo recibiría el cheque?

—Casi en seguida.

—Necesito el dinero —añadió. Yo no contesté, y ella prosiguió diciendo—: El asunto que me llevó allí era muy confidencial.

—¿Acaso es usted una detective particular? —pregunté.

—No.

—¿En qué se ocupa?

—Trabajo en un club nocturno —respondió.

—¿Dónde?

—En la Cueva Azul.

—¿Canta usted?

—Estoy encargada de un número.

—Dígame una cosa: ¿vivían juntos marido y mujer?

—No.

—¿Cuánto tiempo llevaban separados?

—Mucho.

—¿Puede darme el nombre de algún testigo que conozca los hechos?

—¿Qué tiene que ver todo eso con mi baúl?

—Supongo que usted llevó a cabo su propósito en Oakview y entregó los informes al marido.

—Sí.

—Oiga; si quiere usted arreglar en seguida su reclamación deme usted el nombre la señas de ese individuo. Iré a visitarlo y le pediré una confirmación de lo que me ha dicho. La incluiría en mi información y eso dejaría satisfecha a la Compañía.

—No puedo hacerlo.

—Pues entonces estamos donde estábamos en un principio.

—Mire —dijo—. Ése era mi baúl y dentro llevaba mis ropas. La reclamación es mía y nadie más ha de enterarse de ella. Es decir, que no ha de saber nada la persona que me mandó allí.

—¿Por qué?

—Porque eso sería descontado de mi sal… compensación.

—Ya comprendo. —Cerré de golpe el libro de notas, lo guardé en el bolsillo, atornillé la tapa de la pluma, y añadí—: Veré lo que puedo hacer. Me temo mucho que el jefe deseará nuevos informes. Hasta ahora el asunto está lleno de agujeros.

—Si usted me entrega el cheque, le regalo una botella de *whisky* —dijo ella.

—No, gracias; no haga eso.

Me puse en pie, arrojé la colilla al cenicero y ella, haciéndome sitio, dijo:

—Siéntese usted aquí en la cama. Es un muchacho simpático.

—Es verdad —contesté.

—¿Cómo se llama? —preguntó, sonriendo.

—Lam.

—¿Y qué nombre?

—Donald.

—Bueno, Donald, seamos amigos. No quiero luchar con su Compañía, pero necesito el dinero. ¿No podría usted arreglarlo?

—Haré cuanto pueda.

—Es usted un buen muchacho. ¿Quiere que desayunemos? ¿Ha tomado ya algo?

—Hace ya muchas horas —contesté.

—Si tiene apetito, puedo ofrecerle una tostada y una taza de café.

—No, gracias; aún tengo mucho que hacer.

—Oiga, Donald: procure arreglarme eso, ¿quiere? Y ¿quién le puso un ojo a la funerala?

—Un individuo que me dio un puñetazo.

—¿Y no podría usted hacer un informe que dejara satisfecho al viejo gruñón?

—¿Alude al jefe de las reclamaciones? —pregunté.

—Sí.

—¿Lo conoce?

—No.

—Pues tiene treinta y cinco años, cabellos negros ondulados y ojos de igual color. Las mujeres se chiflan por él.

Ella manifestó el mayor interés, y replicó:

—Pues me compondré bien y luego iré a hablar con él. Estoy segura de que me entregará el cheque inmediatamente.

—No es mala idea —dije—; pero no vaya hasta que yo le haya presentado mi informe. Tal vez eso será lo que decida el caso. Si me pone algún inconveniente, yo se lo avisaré a usted y entonces podrá ir para arreglar el asunto.

—Está bien, Donald. Gracias.

Nos estrechamos las manos y salí. En la esquina había una droguería y llamé por teléfono a Bertha Cool. Elsie Brand me puso en comunicación con Bertha sin hacer el menor comentario.

—Donald al habla —dije.

—¿Dónde has estado? —preguntó Bertha.

—Trabajando. Creo que he descubierto algo.

—¿Qué?

—Esa Harris es una cupletista de un local nocturno. Lintig la

envió para averiguar algo acerca de su mujer.

—Oye, tú, Donald: ¿qué demonio te has propuesto haciéndote expedir telegramas con porte debido?

—Ignoraba que alguien pudiese mandármelos.

—Bueno, pues aquí llegó uno con cincuenta centavos de cargo.

—¿De quién es?

—¡Qué sé yo! Lo devolví. No estaba dirigido a la agencia, sino a ti. Y quítate de la cabeza la idea de que yo soy una representante de los Reyes Magos.

—¿De qué Compañía? —pregunté.

—De la Western Unión.

—¿Hace mucho rato?

—Veinte minutos. Debe de estar ahora en la oficina principal.

—Bueno —contesté.

Colgué le receptor, me dirigí a la oficina de Telégrafos y tuve que esperar cinco minutos a que llegase el telegrama. Pagué los cincuenta centavos. Procedía de Oakview y leí:

Persona interesada registró su nombre verdadero en hotel. ¿Voy ganando algo con eso?

MARIAN.

Tomé un sobre del bolsillo y en el dorso del telegrama escribí:

«Éste es el telegrama, Bertha. Me encontrará en el Palace Hotel, en Oakview. Avise a nuestro cliente».

Siempre llevaba sobres franqueados para entrega urgente y dirigidos a la agencia, a fin de enviar mis partes. Metí el telegrama en su sobre, lo cerré, lo deposité en el buzón y emprendí el camino hacia el Norte, deseando que Bertha Cool adquiriese un coche nuevo o se encargase de asuntos cercanos a la ciudad. También me pregunté por qué demonio todo el mundo parecía interesado en buscar a la señora Lintig después de una ausencia de veintiún años y también me extrañó que aquella mujer decidiera regresar a Oakview y aposentarse en el Palace Hotel con su propio nombre.

Díjeme que tal vez la causa se hallara en el anuncio que había hecho publicar. En tal caso, la señora Lintig no debía estar muy lejos de Oakview. Y eso ofrecía multitud de interesantes posibilidades.

capítulo tres

DORMÍ unas horas en un campamento para automovilistas y llegué a Oakview a hora temprana del martes por la mañana. Desayuné en el comedor del hotel. Me sirvieron de un modo infame. Apuré el último sorbo de café frío y salí al vestíbulo. El empleado exclamó:

—¡Hola, señor Lam! Aquí tengo su maleta. Ignorábamos si volvería usted. Salió impensadamente y estábamos… preocupados acerca de usted.

—No había necesidad. Deje usted la maleta ahí hasta que la recoja. Ahora pagaré mi cuenta.

Examinó mi ojo a la funerala mientras le daba algún dinero.

—¿Accidente? —preguntó.

—No. En ataque de sonambulismo, una locomotora tropezó conmigo.

—¡Oh! —exclamó.

Me dio el recibo y el cambio.

—¿Se ha levantado ya la señora Lintig?

—Me parece que no; aún no ha bajado.

Le di las gracias, salí a la calle y me encaminé a la oficina de *La Hoja*. Salió Marian Dunton del despacho cerrado con cabina dijo:

—¡Caramba! ¿Qué hay de nuevo? ¡Dios mío! ¿Qué le ha pasado a su ojo?

—Inadvertidamente me metí el dedo pulgar. Hice cuanto pude a fin de conseguir para usted veinticinco dólares, pero fracasé. Y ¿qué hace aquí esa mujer?

—Al parecer, se dedica a visitar a sus amigos. Acuérdese de que le avisé.

—¿Y después de tanto tiempo viene a visitar a sus amigos y se aloja en el hotel?

—Sí.

—¿Qué aspecto tiene?

—En primer lugar, representa sus años. La señora Purdy, madre de una de sus antiguas amigas, la ha visto y dice que está hecha una ruina. Tiene el cabello blanco y ha aumentado mucho de peso. La señora Purdy dice que le aseguró no haber tenido un solo momento de felicidad desde que el doctor Lintig la dejó.

—Han pasado ya veintiún años —observé.

—Sí, es mucho tiempo para una persona desgraciada.

—No es eso —repliqué—. ¿Y por qué me ha recordado usted ahora el aviso que me dio?

—Porque no me gusta que se burlen de mí.

—Y, ¿quién se burla?

—Usted.

—No comprendo.

—No disimule, Donald —contestó—. La señora Lintig está envuelta en algo importante. Aquí han venido muchas personas interesándose por ella, y si usted no quiere confiarse a mí… Bueno, ya está avisado.

—¿Y no podría darme algunos informes? —pregunté.

—Depende. ¿Qué le pasó a su ojo, Donald?

—Que encontré a Carlos —contesté.

—¿A Carlos?

—Sí, a su amigo. Al parecer, le molestó mucho que la llevase a cenar.

—¡Oh! —exclamó, inclinando los ojos al suelo y sonriendo—. ¿Estaba celoso?

—Mucho.

—¿Le pegó usted primero?

—Él dio el primer golpe —respondí.

—¿Y quién recibió el último? —preguntó.

—El primero fue el suyo —contesté—. Aquel antiguo proverbio de que el primero será el último, se aplica a las luchas a puñetazos.

—Tendré que hablar con Carlos —replicó—. ¿Sabe usted si se lastimó la mano?

—Es muy posible que se le haya acortado el brazo cinco centímetros a consecuencia del golpe. Pero aparte de eso, está bien. ¿Qué hay con respecto a mi información?

—¿Qué quiere saber?

—Me refiero a la policía local —dije—. ¿Poseen ustedes un agente de un metro ochenta, cuarenta años, unos ochenta kilos de peso, cabello negro, ojos grises, barbilla partida y una verruga en la mejilla derecha? Tiene el carácter propio de un camello y la malignidad de una mula. Y tal vez se llame Carlos.

—No tenemos ninguno de estas señas —contestó—. Nuestros agentes tienen de sesenta a sesenta y cinco años. Son nombrados gracias a las influencias políticas. Mastican tabaco, son recelosos y su deber principal es hacer pagar bastantes multas a los automovilistas forasteros para lograr el dinero suficiente a fin de que se les pague su salario. ¿De modo que fue un agente el que le puso el ojo enlutado?

—No sé. ¿Qué le parece si matamos ese anuncio en el periódico?

—Ya es tarde. Ahí tiene usted su correo.

Sacó una bolsa de papel llena de cartas y atada con un cordel.

—¡Dios mío! —exclamé—. Supongo que me habrán escrito todos los habitantes de la población.

—No hay más que treinta y siete cartas —dijo—. No es nada. *La Hoja* obtiene siempre buenos resultados.

—Necesito una secretaria —observé—. Algo así como de veintidós o veintitrés años, ojos de color pardo, cabello castaño, de fácil sonrisa, pero no de dientes para afuera, sino una sonrisa que le ilumine toda la cara.

—Supongo —repitió ella— que, además, habría de ser leal para su jefe.

—¡Naturalmente!

—Pues no conozco a nadie de estas señas a quien pueda interesarle ese empleo, pero lo recordaré. ¿Cuánto tiempo va a pasar aquí? —preguntó.

—Depende de Carlos —contesté—. Y ¿qué le parece si me da un empleo de dos horas?

—¿Para hacer qué?

—Representando a *La Hoja*.

—Podríamos emplear a un hombre de veintiséis a veintisiete años, de un metro sesenta y cinco de estatura, cabello oscuro y ondulado, ojos grandes y negros… y un ojo a la funerala. Pero sería preciso que trabajase en beneficio del periódico y no de sí mismo.

—Es usted pariente del director del periódico, ¿verdad? —

pregunté.

—Sí, es mi tío.

—Pues dígale que ha contratado un reportero —contesté, echando a andar hacia la puerta.

—Procure usted no comprometernos, Donald.

—No hay cuidado.

—¿Va usted a visitar a la señora Lintig?

—Sí.

—¿Y desea usted hacerlo como reportero de *La Hoja*?

—Sí.

—Esto podría traer complicaciones, Donald —contestó—. Me parece que a mi tío no le gustaría.

—Lo sentiré mucho. Y por si acaso, pondré a su tío, como a Carlos, en la lista de mis enemigos personales en esta localidad.

—¿No quiere usted su correo?

—Ahora no —contesté—. Ya volveré. ¿Esa persona por quién he preguntado, no será un suplente del *sheriff*?

—No, porque llevaría un sombrero de anchas alas… y, además, son personas decentes.

—Ese hombre tiene maneras metropolitanas —dije, yendo hacia la puerta.

—Si quiere trabajaré con usted —exclamó, elevando la voz.

—No puedo impedírselo —repliqué, observando una mirada de satisfacción.

—Bueno —dijo—. Por lo menos le he hecho el ofrecimiento.

Asentí inclinando la cabeza y cerré la puerta. Volví al hotel. Nadie había visto a la señora Lintig en el vestíbulo y el empleado me aconsejó avisarle por teléfono.

El hotel estaba orgulloso de su sistema telefónico, recientemente instalado para «modernizar el establecimiento». Había un rótulo con letras de treinta centímetros de altura, anunciando aquella mejora. Debajo había un aparato telefónico. Me acerqué a él y el empleado me puso en comunicación con la señora Lintig. Su voz me pareció dura al preguntar quien llamaba.

—El señor Lam, de *La Hoja* —contesté—. Desearía hacerle unas preguntas.

—¿Acerca de qué? —preguntó.

—De la impresión que le ha causado Oakview después de su

prolongada ausencia.

—¿Y no querrá hablar… de mis asuntos particulares?

—Ni una sola palabra. Si quiere, subiré a su habitación.

Se disponía a protestar, pero yo colgué el receptor y subí. Estaba ante la puerta de su habitación, esperándome.

Era una mujer gruesa, de cabello plateado ojos negros y duros. Tenía pocas arrugas en la cara y sus ojos centelleaban vigilantes.

Daba la impresión de ser mujer capaz de cuidar de sí misma.

—¿Es usted el que me ha telefoneado? —preguntó—. ¿Cómo se llama?

—Lam.

—¿Trabaja usted en uno de los periódicos de la localidad?

—Sí, no hay más que uno.

—¿Cuál es?

—*La Hoja*.

—¡Ah, sí! Bueno, pues no deseo sostener ninguna entrevista.

—Lo comprendo, señora Lintig. Como es natural, a usted le molesta que un periódico intervenga en sus asuntos, pero podía darnos algunas impresiones acerca de su regreso a la ciudad. Ha estado usted ausente mucho tiempo.

—Veintiún años.

—Y, ¿qué impresión le ha causado la ciudad?

—La de un maldito pueblo. No comprendo cómo pasé aquí una parte de mi vida. Si pudiese recuperar el tiempo que aquí perdí… —Me dirigió una mirada y añadió—: Supongo que no debería decir eso.

—No, señora.

—Ya me lo figuraba. ¿Qué debería decir?

—Por ejemplo, que la ciudad conserva su aspecto especial. Otras poblaciones pueden haberse desarrollado más, pero en el proceso, han perdido sus características. Oakview tiene un encanto particular que siempre lo distinguió.

Ella me miró entornando los párpados.

—Creo haberme dado cuenta de las respuestas —aclaró—. Acérquese a la luz para que pueda verlo. —Lo hice así, y añadió—: Parece usted muy joven para ser reportero.

—Sí, soy joven.

—No veo bien. Este hotel podría ganar el premio como el peor

del mundo… Hace quince minutos, en cuanto llegué, un «botones» me rompió las gafas. Les echó encima una maleta y las destrozó.

—Es una lástima —contesté—. ¿Y no tenía usted otras?

—No. He tenido que encargar otras nuevas. Supongo que las recibiré hoy.

—¿Desde dónde se las mandan?

—Mi oculista se encarga de ello —contestó mirándome.

—¿Desde San Francisco?

—Mi oculista me las manda por correo —replicó.

—¿De modo que se ha dado usted cuenta de los cambios ocurridos en la población?

—¿Yo?

—Naturalmente. Es fácil que recuerde usted pocas cosas y que todo le parezca más pequeño.

—Me da la impresión como cuando se mira con los gemelos al revés —contestó ella—. ¿Por qué demonios seguirá la gente viviendo aquí?

—Por el clima —repliqué—. A mí me sentó bastante mal y por eso me alejé una temporada, pero después de haber regresado, me encuentro perfectamente en todos los aspectos.

—¿Y qué le pasó a usted? —preguntó extrañada.

—¡Oh, muchas cosas!

—No parece usted vigoroso, pero tiene buen aspecto.

—Sí. Supongo que se sentirá usted inclinada a contemplar nuestra pequeña población con ojos de quien está acostumbrado a viajar por todo el mundo. Cuando se marchó usted, formaba parte de esta comunidad y ahora, en cambio, se ha convertido en ciudadana del mundo. Dígame, señora Lintig, ¿qué resulta de la comparación de Oakview con Londres?

—Es mucho más pequeño —dijo. Y después de una pausa, añadió—: ¿Quién le ha dicho que estuve en Londres?

Le dirigí mi mejor sonrisa, de la que no hizo caso, quizá porque no tenía gafas.

—Me pareció advertirlo por sus maneras —contesté—. Son cosmopolitas y ya nadie podría tomarla por natural de Oakview.

—¡No lo quiera Dios, porque este pueblo me pone frenética!

Saqué el libro de notas y escribí algo.

—¿Qué hace usted? —preguntó recelosa.

—Anotar sus palabras acerca de que la población le parece muy linda y que ha conservado su individualidad.

—Veo que es usted una persona de tacto —exclamó.

—Un reportero ha de serlo por fuerza. ¿Ha conservado usted el contacto con el doctor Lintig?

—¡Ojalá! Creo que anda por ahí ganando mucho dinero. Después de la avaricia con que me trató, no le perjudicaría hacer algo en mi beneficio.

—¿De modo que no ha sabido de él?

—No.

—Sin duda este asunto —observé con la mayor simpatía posible— debió de ser algo terrible para usted, señora Lintig.

—¡Oh, sí! Destruyó mi vida entera. Lo tomé demasiado en serio. Le quería más de lo que me figuré, y al descubrir su infidelidad me puse furiosa. Aún me escandaliza pensar que pudiera tener relaciones con aquella mujer ante mis propios ojos.

—Los antecedentes que hay en la población acerca del caso parecen demostrar que su esposo le entregó a usted cuanto poseía.

—Ésta fue la gota de agua que hizo rebosar el vaso. En este mundo no es posible destrozar el corazón de una mujer, arruinar su vida y luego arrojarle un poco de dinero al regazo, con la esperanza de que siga viviendo como si no hubiese ocurrido nada.

—Comprendo. Y según tengo entendido, este caso no llegó a ser resuelto ante el tribunal.

—Pues ya ha sido retirada la demanda —contestó.

—¿Ah, sí?

—Sí. ¿Para qué, si no, habría vuelto a Oakview?

—Quizá para visitar a los antiguos amigos.

—Ya no me queda ninguno. Los que tenía se han marchado. Al parecer, todas las personas que representaban algo se han ido a vivir a otra parte. Pero ¿qué le habrá pasado a esta población?

—Ha tenido mala suerte. El ferrocarril trasladó sus talleres y luego ocurrieron otras cosas desfavorables.

Ella se limitó a proferir un gruñido de asentimiento y yo continué:

—Supongo, puesto que ha retirado su demanda, que seguirá usted siendo la esposa del doctor Lintig.

—Claro que sí.

—Y durante los veintiún años transcurridos, ¿no ha sabido más de él?

—Oiga, habíamos quedado en que no hablaríamos de mis asuntos —replicó ella.

—Desde luego no se publicará nada de eso —contesté—. Me he limitado a situarla a usted en el fondo que realmente le pertenece.

—Bueno, pues hable de otra cosa.

—La historia —dije— habría de ser tratada desde un punto de vista humano, es decir, referirnos a las verdaderas consecuencias desagradables del divorcio y todo lo demás. Usted y el doctor Lintig estaban aquí muy bien establecidos y considerados. Tenían numerosos amigos. Luego, y sin que nadie pudiese sospecharlo, ocurrió lo que ya sabemos y usted se vio en la necesidad de empezar otra vez su vida.

—Me alegro mucho —replicó— de que coincida usted con mis puntos de vista.

—Me esfuerzo en ello y me gustaría conocer algunas opiniones de usted acerca de eso, porque mi historia resultaría mucho más interesante.

—Es usted un hombre de tacto y yo no —contestó—. Usted sabe cómo escribir y a mí no me ocurre lo propio.

—¿Me da usted, pues, su permiso para hacer uso de mi buen juicio?

—Sí… y no. Espere un momento. Me parece que no. Creo que lo mejor será que no hablase de eso. Puede decir, por ejemplo, que se ha retirado la demanda y eso es más que suficiente. No quiero que mis sentimientos sirvan para alimentar la curiosidad de una cantidad de chismosos.

—Usted no tuvo la culpa de nada, sino el doctor Lintig.

—Me parece que me porté como una tonta. Si yo hubiese conocido mejor la vida habría cerrado los ojos acerca de lo que sucedía y hubiese continuado viviendo con él en calidad de esposa.

—¿Quiere usted indicar, pues, que habría continuado viviendo en Oakview?

—No por Dios —contestó, estremeciéndose—. Esta población es algo espantoso. Ha conservado su individualidad y supongo que resulta agradable para las personas aficionadas a estas cosas.

—Es posible que sus viajes la hayan cambiado un poco, en tanto

que Oakview ha continuado como siempre, sin alteración.

—Tal vez.

—¿Dónde vive usted ahora, señora Lintig?

—Aquí, en el hotel.

—Me refiero a su morada permanente.

—¿Quiere usted publicar eso?

—¿Por qué no?

—Y en el acto —replicó, riéndose— empezaría a recibir cartas de todos los chismosos de la población. No. Estoy harta de Oakview y no me importa nada ni de la población ni de sus habitantes. Aquí se desarrolló el capítulo más amargo de mi vida y quiero cerrarlo y olvidarlo.

—En tal caso, le convendría divorciarse para recobrar su libertad.

—No la necesito.

—¿Puedo preguntar por qué no?

—No le importa nada. ¡Dios mío! ¿Acaso no me será posible volver aquí para cuidar de mis asuntos particulares, sin que vengan los periodistas a hacerme una serie de preguntas de carácter personal?

—La gente se interesa por usted y muchos se han preguntado qué le ocurrió en realidad.

—¿Quiénes?

—¡Oh, muchos!

—Sea usted más concreto.

—Por ejemplo, nuestros lectores.

—No lo creo —contestó—. Con toda seguridad no pueden recordar a una persona que abandonó la población hace más de veinte años.

—¿Ha hablado usted últimamente con alguien del divorcio?

—Y si lo he hecho, ¿qué?

—¡Oh! Simplemente era una curiosidad mía, sin trascendencia.

—Es usted demasiado curioso, joven —replicó—. Y me prometió no preguntar nada acerca de mis asuntos personales.

—Simplemente lo que quiera usted decirme, señora Lintig.

—Pues nada en absoluto y estamos en paz.

—Cualquiera podría creer, en vista de las circunstancias, que una señora tan… perdóneme, señora Lintig… tan atractiva como

usted, habría podido encontrar a un hombre que le conviniese y casarse con él.

—¿Quién ha dicho que me he casado otra vez? —preguntó irónica, dirigiéndome una dura mirada.

—Tan sólo ha sido una suposición.

—Bueno. Vale más que los habitantes de Oakview se ocupen en sus propios asuntos. Ya cuidaré yo de los míos.

—Y naturalmente todo el mundo se pregunta qué fue del doctor Lintig y de aquella enfermera.

—Me importa un pito lo que haya sido de él. Me interesa muchísimo más mi propia vida.

—Tenga usted en cuenta que, al retirar la demanda de divorcio, borra usted todo lo sucedido. Seguirá casada legalmente con el doctor Lintig. Será, pues, su esposa legítima… a no ser que haya habido un divorcio en Reno o…

—Bueno, pues no ha habido ningún divorcio.

—¿Está segura de eso?

—Supongo estar enterada de mis asuntos y segura de lo que he hecho.

—¿Y qué habrá hecho él, por su parte?

—Poco me importa. La demanda de divorcio, se presentó aquí, en Oakview, y este tribunal tenía jurisdicción sobre el asunto. Hasta el momento en que se retirase la demanda, él no habría podido solicitar el divorcio en otra parte.

—¿Opina así su abogado, señora Lintig?

—Me parece, señor Lam —replicó—, que ya hemos hablado bastante de este asunto. Nada he de decir acerca de mis cosas para que sean publicadas. Quería usted saber qué impresión me ha causado Oakview y se lo he dicho. Aún no he desayunado y, a causa de la rotura de las gafas, tengo un dolor de cabeza espantoso. ¡Qué «botones» tan estúpido! —Se puso en pie, se dirigió a la puerta y me preguntó—: ¿No publicará usted nada con respecto al doctor Lintig?

—El hecho de haber retirado la denuncia figurará en el juzgado.

—¿Y qué?

—Es una noticia.

—Bueno, publíquela.

—Y también está usted aquí. Es otra noticia.

—Publíquela también.

—Sus comentarios también son noticias.

—No he hecho ninguno. Usted ha hablado y yo no he demostrado ningún interés en discutir. No quiero que publique una sola de las palabras que he pronunciado. Adiós, señor Lam.

—Muchas gracias por la entrevista, señora Lintig —contesté inclinándome afable.

Cerró la puerta, mientras yo me alejaba por el corredor. Inmediatamente me dirigí a la oficina de *La Hoja*.

—Oiga —pregunté a Marian—. ¿Tiene usted a un muchacho que pueda tomar nota de lo que voy a decirle?

—Desde luego, señor Lam —contestó—. Lo tenemos para nuestros más distinguidos reporteros.

—¿Dónde está?

—En ese rincón. Se llama señor Smith-Corona.

—Bueno, antes de empezar a trabajar —dije— le informaré de que he tenido una entrevista muy interesante con la señora Lintig. Ella, desde luego, si lo publicamos, lo negará todo, y, además, amenaza al periódico con perseguirlo por difamación. ¿Lo publicamos o no?

—No —se apresuró a contestar.

—Yo podría escribir una historia estupenda, que interesaría mucho a sus lectores.

—¿Nos proporcionaría nuevos suscriptores? —preguntó.

—Tal vez.

—¿De dónde?

—Lo que acaba usted de decir son argucias muy desagradables —repliqué.

—Tenga en cuenta —dijo, sonriendo— que aquí no somos progresistas, señor Lam. Mi tío es un hombre anticuado y no le gusta ser perseguido por difamación ni por otra causa.

—Pues bien le encargó salir a cenar conmigo para obtener material para un artículo —contesté—. Eso demuestra que le interesan las noticias curiosas.

—Me alegro mucho de que me recuerde mi deber —dijo—. ¿Qué le parece a usted si escribo un artículo?

—Si lo publica su tío —contesté— lo perseguiré por difamación.

—Por lo menos podría usted satisfacer mi curiosidad personal.

—La conozco bien —contesté—. En cuanto tuviera usted los

datos para el artículo, me abandonaría por completo y a mí no me gusta ser abandonado. Recuerde cómo me aleccionó en el hotel para pedir la cena.

—Pues mi tío no me permitiría que le acompañase, si no obtengo algún resultado.

—Me da usted una buena idea —contesté.

—¿Qué ha hecho usted con respecto al baúl de Evaline Dell? —preguntó.

—Espere un momento —dije—; cada cosa a su tiempo ¿Qué baúl de Evaline Dell es ése?

—Se lo diré, Donald. Es usted hombre de recursos. Hicimos investigaciones acerca de Miller Cross y Evaline Dell y pudimos averiguar que los nombres y las señas de ambos eran ficticios. No pudimos enterarnos de nada más y, como es natural, nos hemos informado de todo lo que ha hecho usted.

—¿Y qué han puesto en claro?

—Que ha hecho usted una serie de preguntas con respecto a ese baúl.

—¿Y qué más?

—Pues que escribimos a la Compañía del Ferrocarril. Esta mañana recibí una carta afirmando que se hizo una reclamación, pero no a nombre de Evaline Dell, sino de Evaline D. Harris.

—¿Tiene usted sus señas?

—Sí. La Compañía de Ferrocarril, de vez en cuando, nos da alguna noticia.

—¿Y se proponen ustedes visitar a esa muchacha?

—¿Y usted?

—Depende.

—¿Y qué le dijo, Donald?

Meneé la cabeza y ella, después de mirarme un momento, dijo amargada:

—Lleva usted un juego muy raro. Tan sólo quiere averiguar cosas y no comunicar nada.

—Lo siento, Marian. Quería usted trabajar conmigo en este asunto y cambiar informes. Pero yo no podía aceptarlo. Trabaja usted para el periódico necesita material para un artículo. Yo, en cambio, necesito otras cosas y la publicidad me perjudicaría.

Con el lápiz empezó a dibujar unas figuras geométricas en el

papel que tenía delante y luego dijo:

—Bueno, me parece que ya nos conocemos mutuamente y que estamos de acuerdo.

—¿Está aquí su tío? —pregunté.

—No, ha salido a pescar.

—¿Y cuándo salió?

—Ayer por la mañana.

—Entonces no está enterado de la gran noticia.

—¿Cuál?

—La llegada de la señora Lintig.

—¡Oh! Ya la conocía antes de marcharse.

—Y la dejó a usted aquí, para que se ocupe en este asunto y lo hiciera salir en el periódico.

—No es ninguna noticia sensacional —contestó ella—. Aquí nadie se interesa a por la señora Lintig. Es una historia antigua. Sus amigos se marcharon hace tiempo. Durante la época de prosperidad, ganaron dinero, pero cuando empezaron a estropearse los negocios, se marcharon.

—¿Y qué le ocurrió a esta población? —pregunté.

—Que el ferrocarril trasladó sus talleres. La mina encontró una vía de agua y quedó inundada. Nunca más pudieron ponerla en seco. Y han ocurrido otra serie de cosas por el estilo. En cuanto una población empieza a resbalar por la pendiente todo el mundo se marcha.

—¿Y su tío pasó aquí las épocas de prosperidad y de depresión?

—Ha nacido aquí y se siente anclado en la población.

—¿Y usted?

—Si pudiese hallar el modo de sacudir de mis pies el polvo de esta maldita población —exclamó con mirada centelleante se odio— me marcharía con tal rapidez que se quedaría usted sorprendido. —Señaló con el dedo un armario y añadió—: Allí están mi abrigo y mi sombrero. Dígame cómo me podré ganar la vida en la capital y me marcharé sin ponerme ni una cosa ni la otra.

—Pues si tales son sus sentimientos, ¿por qué no se dirige a la capital para trabar algunas relaciones?

—Uno de estos días voy a probarlo.

—¿Y qué dirá Carlos?

—Déjelo usted en paz —exclamó.

—Oiga —repliqué—, supongo que su amigo debe ser un individuo alto y corpulento, que tiene un pliegue en la barbilla y una verruga en la mejilla.

—No quiera tomarme el pelo —contestó ella.

—Nada de eso. Hago una pregunta.

—Mire, Lam, usted lleva algo entre ceja y ceja —contestó ella dejando caer el lápiz— y a mí no me engaña. Es listo, astuto y cauteloso. Tengo la seguridad de que ocurre algo raro. Si yo pudiese averiguar qué es, me valdría de ello para salir de aquí y buscar en la capital un modo de vivir. Y eso precisamente es lo que voy a hacer.

—Si es así —contesté—, le deseo suerte.

—¿Suerte?

—Sí, mala suerte —contesté echando a andar hacia la puerta.

Me di cuenta de que la joven se había puesto en pie, detrás del mostrador, y que me miraba, triste e indignada a la vez, pero no volví la cabeza.

Me dirigí al hotel y el empleado me dijo que me llamaban a conferencia interurbana. Subí a mi habitación, tomé el receptor telefónico y, después de esperar tres minutos, oí la voz de Bertha Cool que, con voz muy suave, me dijo:

—Oye, querido Donald. No vuelvas a hacer eso.

—¿Qué?

—Marcharte sin avisar.

—Tenía que hacer —contesté— y salí para ocuparme de ello. Aún así se ha perdido mucho tiempo. Y ahora supongo —añadí— que cuando se reciba un telegrama para mí pagará usted el porte.

—Sí, Donald —contestó—; aquella mañana estaba de mal humor.

—Bueno, ¿y no me ha llamado usted más que para decirme que estaba de mal humor?

—No, querido Donald. Quería decirte que tenías razón.

—¿Acerca de qué?

—Del doctor Lintig. Acabo de adquirir informes del Colegio de Médicos. Me costó bastante ponerme en comunicación con la persona que pudiese informarme acerca de eso, pero al fin lo conseguí.

—¿Y qué ha averiguado usted? —pregunté.

—En mil novecientos diecinueve, el doctor Lintig presentó un

certificado demostrando que había cambiado su nombre por el de Charles Loring Alfmont. De acuerdo con esto, cambiaron su licencia y ahora ejerce su carrera en Santa Carlota, como especialista de ojos, nariz y garganta.

—Muy bien —contesté—. Pero aún no me ha dicho por qué me ha llamado.

—Oye, Donald —dijo con voz azucarada—: te necesito.

—¿Qué ha sucedido? —pregunté.

—En cierto modo, Donald, tú tienes la culpa.

—¿Qué pasa?

—Nos han despedido.

—¿Qué quiere usted decir?

—El señor Smith me ha mandado una carta certificada. Dice que las órdenes que nos dio consistían en encontrar a la señora Lintig y no preocuparnos acerca del doctor Lintig. Que lamenta mucho nuestro fracaso por no haber seguido sus instrucciones y que no debemos continuar trabajando en este asunto.

Unos instantes después, en vista de que yo no contestaba, Bertha añadió:

—Oye, Donald, ¿estás ahí?

—Sí —contesté—; estoy reflexionando.

—Oye tú. ¡Por Dios! No te dediques a reflexionar en plena conferencia interurbana.

—Ya nos veremos mañana por la mañana —dije.

Colgué el receptor mientras ella seguía hablando y luego me senté para reflexionar por espacio de dos cigarrillos. Al fin tomé de nuevo el teléfono para pedir que me pusieran en comunicación con la señora Lintig en seguida.

Pero el empleado me contestó:

—Lo siento mucho, señor Lam. Pero esta señora se ha marchado ya. Recibió un telegrama y dijo que se veía obligada a salir inmediatamente.

—¿Dejó sus señas para que le enviasen el correo que se pueda recibir para ella?

—No.

—¿Salió en tren?

—No. Alquiló un automóvil y dijo algo al conductor en el sentido de que la llevase al campo de aviación más inmediato,

donde pudiese tomar pasaje en un aeroplano.

—Un momento —contesté—. Ya bajo. Deseo hablar con usted.

Metí todos mis efectos en la maleta, bajé al vestíbulo y dije:

—He de marcharme. Asuntos urgentes. Hágame la cuenta en seguida. Oiga usted, la señora Lintig tenía unas gafas encargadas.

—Sí —contestó el empleado—. Fue un accidente muy desagradable. El hotel se manifestó dispuesto a pagar esas gafas, aunque no tenemos la absoluta seguridad de que fuese culpa nuestra.

—Cuando lleguen esas gafas —dije— haga el favor de reexpedirlas a mi nombre, y a estas señas.

Dejé nota de mis señas en el reverso de una tarjeta.

—Es posible que vengan contra reembolso o con portes pagados —dije—. De cualquier modo que sea, haga el favor de mandármelas. Si las envían contra reembolso, yo me encargo de él y dejaré a ustedes libres de toda responsabilidad. Soy pariente de la señora Lintig. Es mi tía. Pero hágame el favor de no decir nada a nadie, porque es una mujer muy sensible y como en otro tiempo vivió aquí… en fin, ya se hará usted cargo. Hubo un divorcio. En fin, pagaré lo que valgan las gafas.

—Muy bien, señor Lam. Es usted muy amable.

Metí mi maleta en el coche de la agencia y emprendí el viaje en dirección a Santa Carlota.

capítulo cuatro

ERAN exactamente las nueve y cinco minutos de la mañana cuando entré en el consultorio del doctor Charles Alfmont. Una enfermera, que parecía muy eficiente, me pidió mi nombre, mis señas y mi ocupación. Le dije que era viajante, que tenía unas molestias en los ojos y como entonces llevaba unas gafas de cristales ahumados, ella me creyó. Le di un nombre y unas señas supuestos, manifestándole que deseaba ver cuanto antes al doctor Alfmont.

—Un momento —contestó—. Por aquí, haga el favor. El doctor Alfmont le recibirá en seguida.

La seguí a través de una sala destinada a exámenes oculares y vi al doctor Alfmont sentado detrás de una mesa escritorio. En la estancia se advertían numerosas señales de prosperidad.

Levantó la cabeza y, como yo sospechaba, reconocí en él a nuestro cliente señor Smith. No llevaba sus gafas de cristales de color oscuro y entonces sus ojos estaban de acuerdo con el resto de su cara. Eran agudos, incisivos y grises. Al verme dijo:

—Buenos días. ¿Qué puedo hacer en su obsequio?

La enfermera iba de un lado para otro y contesté en voz baja:

—Estoy sufriendo una serie de molestias oculares que tal vez se deban a que he viajado en automóvil algunas noches seguidas sin dejar de guiar el coche.

—¿De dónde ha sacado usted esas gafas oscuras? —preguntó.

—Las compré muy baratas en una tienda de drogas —contesté —. He pasado toda la noche guiando el automóvil. La luz del día me hace daño.

—No podía usted haber hecho nada peor que guiar un automóvil durante la noche. Tal vez algún día sufra las consecuencias. Los ojos no son apropiados para hacer un esfuerzo tan grande. Acompáñeme a la sala inmediata.

Le seguí y la enfermera me indicó el sillón en que debía sentarme. El doctor Alfmont hizo una seña con la cabeza ella salió.

—Ahora quítese usted esas gafas —me dijo el doctor— y examinaremos los ojos. Apoye la barbilla en esta correa y mire directamente a este punto luminoso. Procure no desviar los ojos.

Se situó detrás del aparato y, mientras tanto, me quité las gafas. Él hizo ajustes y a uno y otro lado de aquel disco grande aparecieron unas luces.

Las hizo girar despacio y dijo:

—Ahora vamos a examinar el otro ojo.

Orientó el aparato convenientemente y repitió el proceso. Tomó algunas notas en un bloc de papel que sostenía en la mano y anunció:

—Al parecer, existe en sus ojos una irritación regular, pero no encuentro qué molestias puede haberle causado. Tal vez se tratará de una fatiga muscular momentánea. Tiene usted una contusión sobre el ojo derecho, pero el ojo, en sí, al parecer, no ha sufrido nada en absoluto.

Empujó el aparato a un lado y añadió:

—Ahora examinaremos…

Por primera vez se fijó en mi rostro. Se interrumpió en la mitad de la frase y abrió la boca a causa del asombro.

—Ayer, doctor —exclamé—, su esposa estaba en Oakview.

Se quedó mirándome por espacio de diez segundos y luego, con su voz apacible y precisa, replicó:

—¡Caramba, señor Lam! Lamento no haber adivinado antes su pequeña astucia. Está usted en el… bueno, venga a mi despacho particular.

Me puse en pie, abandonando el sillón y le seguí hasta su despacho. Cerró la puerta con llave y dijo:

—Debiera haber esperado esto.

Yo me senté, sin pronunciar una sola palabra. Mientras tanto, él empezó a pasear muy nervioso y, unos momentos después, se volvió hacia a mí, diciendo:

—¿Cuánto?

—¿Por qué? —repliqué.

—Ya lo sabe —dijo—. ¿Cuál es su precio?

—¿Por los servicios prestados?

—Puede darle el nombre que quiera —contestó irritado—. Dígame cuanto antes qué suma pretende cobrar. He sido un incauto. Ya había oído decir que todas las agencias particulares de detectives acaban por dedicarse al chantaje en cuanto se presenta la oportunidad.

—Pues se ha dejado engañar —repliqué—. Nos esforzamos en prestar un servicio leal a nuestros clientes… cuando éstos nos lo permiten.

—¡Tonterías! Estoy muy bien enterado. Usted no tenía ninguna necesidad de ponerse en contacto conmigo. Le dije claramente que mis deseos consistían en que ustedes descubriesen el paradero de la señora Lintig, y que no debían hacer ningún esfuerzo por encontrar al doctor Lintig.

—Usted no nos dijo exactamente eso, doctor.

—Bien. Más o menos eso, quise indicar. Pero ya me ha encontrado. No perdamos tiempo. ¿Cuánto quiere?

Cruzó la estancia hasta situarse al otro lado de la mesa y tomó asiento.

Luego me dirigió una mirada escudriñadora.

—Debiera usted haber sido franco con nosotros —dije.

—Bien. Desde luego, yo debía haberme imaginado que intentarían algo por el estilo.

—Escuche lo que he de decirle —contesté—. Deseaba que encontrásemos a la señora Lintig. La hemos encontrado. Inesperadamente. Deseábamos ponernos en contacto con usted. Pero nos escribió una carta dando por terminadas nuestras pesquisas. Desde luego, tiene el derecho de hacer eso, si lo desea, pero hay otras cosas que, según me parece conveniente, debe usted conocer. En su calidad de cliente tiene derecho a que le demos cuenta de las gestiones llevadas a cabo.

—He prescindido de ustedes —dijo con cierta irritación— a consecuencia de su insistente intromisión en mis asuntos.

—¿Se refiere usted a las investigaciones que hemos hecho en el Colegio de Médicos?

—Sí.

—Bueno —dije—. Eso no tiene remedio. Lo hemos encontrado a usted. Aquí está y aquí estoy yo. De modo que ahora podemos hablar claro.

—Eso es precisamente lo que deseo por mi parte, pero entiéndame bien, joven, no estoy dispuesto a dejarme atracar, porque…

—No se acuerde más de eso. Escúcheme bien. Dos personas más, aparte de mí, han estado en Oakview, deseosas de averiguar el paradero de su esposa. Una de ellas era un individuo llamado Miller Cross. No he podido descubrir nada acerca de él. La otra persona, que estuvo allí hace cosa de tres semanas, era una joven llamada Evaline Dell. Es una artista de *cabaret*, que trabaja en La Cueva Azul de la capital. Aún no he podido ir allá, pero tengo entendido que contrata artistas de segunda categoría, de buena figura, capaces de cantar una o dos canciones y que, en una palabra, proporciona una ocupación ostensible; pero que, por lo demás, les da una comisión sobre las bebidas, ellas, por su parte, pescan todo lo que pueden, con el fin de aumentar los ingresos necesarios para sufragar sus gastos.

»Me he puesto en contacto con esta Evaline Harris. Por si le interesa, tengo aquí sus señas. Me presenté a ella, fingiéndome empleado de la Compañía de Ferrocarriles y encargado de zanjar las reclamaciones. El baúl de esa joven resultó con averías durante el viaje a Oakview. Ella se dejó engañar. Le dije que teníamos necesidad de enteramos de sus condiciones personales y de la razón de que viajase con nombre supuesto. Ella me contestó que había llevado a cabo una investigación con objeto de encontrar a una mujer por cuenta del marido. Ahora bien, ¿por qué no ha sido usted franco con nosotros?

Manifestó la mayor sorpresa mientras repetía para sí:

—El marido…

Yo afirmé, inclinando la cabeza.

—Así, pues, ¿está casada?

—Con usted.

—No, no, debe tratarse de otro.

—No hay nadie más. La señora Lintig se presentó en Oakview, contrató un procurador y retiró la demanda de divorcio. Pude hablar con ella…

—¿Habló usted con ella? —me interrumpió. Afirmé con un movimiento de cabeza él añadió—: ¿Qué aspecto tiene? ¿Cómo está?

—Desde luego, como puede esperarse dados sus años —contesté —. Supongo que, más o menos, tiene a misma edad que usted.

—Tres años más —contestó.

—Bien. Nadie le supondría uno menos. Ha engordado bastante y tiene el cabello gris. Además, me parece mujer capaz de cuidar de sí misma.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó él.

—Lo ignoro. Salió de Oakview.

—¿Y por qué no la siguió? —exclamó, dirigiéndome una dura mirada.

—Pues, simplemente —repliqué—, porque Bertha Cool acababa de telefonearme diciéndome que usted daba por terminadas en absoluto nuestras investigaciones.

—¡Pero, hombre! ¿No se dan cuenta de que esto precisamente era lo que deseaba? Tengo la absoluta necesidad de averiguar su paradero, saber lo que hace, lo que ha hecho y si está o no casada por segunda vez. Todo eso era lo que deseaba averiguar. Y usted ha permitido que se le escapara de entre las manos.

—Por la razón de que usted acababa de renunciar a nuestros servicios —repetí, paciente—. Desde luego, me di cuenta de que usted obraba con aturdimiento y, por esta razón, vine aquí a darle cuenta de lo que pasa.

De nuevo se puso en pie y reanudó su paseo. De repente se volvió a mí, diciendo:

—No tengo más remedio que encontrarla.

—Para lograrlo, no tiene usted ningún recurso mejor que utilizar nuestra agencia.

—Sí, sí. Deseo que la encuentren ustedes. Continúen, pues, sus gestiones y trabajen activamente. No pierdan un momento. Ni uno solo.

—Muy bien, doctor —contesté—. Pero cuando volvamos a encontrar la pista no nos despida otra vez. Por ahora no tiene que culpar a nadie más que a usted mismo de lo que ha ocurrido. Si hubiera confiado en nosotros y nos hubiera hablado con franqueza, podríamos haber terminado este asunto en menos de cuarenta y ocho horas, sin incurrir en nuevos gastos. Y ahora, en cambio, habremos de empezar de nuevo.

—Vamos a ver —dijo—. ¿Puedo confiar en usted?

—No veo ninguna razón que lo impida —repliqué.

—¿Y no intentará usted aprovecharse de las circunstancias?

Me encogí de hombros y repliqué:

—La circunstancia de que esté aquí, sin pedirle nada ni exigirle cosa alguna, es prueba de lo contrario.

—Tiene usted razón y discúlpeme. Y le ruego también que explique a la señora Cool la situación en que me veo. ¿Lo hará?

—Desde luego. ¿Quiere usted que nos encarguemos otra vez del asunto?

—Inmediatamente —contestó—. Espere un momento. Deseo tomar nota de las señas de esa joven que asegura que yo le había dado ese encargo. Es monstruoso. Nunca oí hablar de nada parecido.

Le di las señas de Evaline Harris.

—Bueno. Empiece usted a trabajar inmediatamente —dijo.

—Bien —contesté—. ¿Querrá usted que le transmita aquí todo lo interesante que pueda descubrir?

—No, no. Sus partes habrá de darlos del mismo modo que ya indiqué a la señora Cool. Los dirigirán ustedes al señor Smith y a las señas que di a la señora Cool. En ningún caso deberán ustedes darse por enterados de dónde estoy o de quién soy, porque los resultados serían… sencillamente desastrosos.

—Comprendo —contesté.

—Salga usted cuanto antes de esta población. Procure no trabar ninguna relación con nadie y también que no le vean a usted en las cercanías de mi consultorio.

—Está bien —contesté—. Le protegeremos a usted con todos los medios a nuestro alcance, pero tenga cuidado por su parte con las comunicaciones que le enviemos.

—Ya he tomado todas las precauciones —replicó.

—¿Y no sabe usted nada con respecto a esa Evaline Harris?

—Nada en absoluto —exclamó.

—Bueno —dije—. Eso va ser difícil, porque otra vez nos vemos obligados a trabajar sobre una pista casi borrada.

—Ya comprendo. Es culpa mía, no puedo negarlo, pero hágase cargo de que hace muchos años me preocupa la posibilidad de que alguien pueda encontrarme, haciendo investigaciones en el Colegio de Médicos. Han dado ustedes pruebas de ser muy astutos. Listos

como el diablo. ¡Oh, sí! Como el mismo diablo.

—Otra cosa —dije—. ¿Sabe usted quién puede estar interesado en ponerme un ojo a la funerala a causa del trabajo en que estoy ocupado?

—¿Qué quiere decir?

—Es un hombre de un metro ochenta de estatura, de unos ochenta kilos de peso, grueso, pero no gordo, de cabello negro, ojos grises y hundidos, de unos treinta y ocho años, o cuarenta a todo tirar, una verruga en la mejilla y un puño semejante a un martillo pilón.

El doctor Alfmont movió la cabeza, contestando, aunque al mismo tiempo desvió la mirada:

—No conozco a nadie de estas señas.

—Pues me esperó después de haberse metido en mi habitación del hotel —contesté—. Estaba muy bien enterado de todo con respecto a mí. Luego se apoderó del automóvil de la agencia, que tenía parado en la parte posterior del hotel.

—¿Y qué quería?

—Pues simplemente me exigió que me marchara cuanto antes de la población.

—¿Y usted qué hizo?

—Cometer el error de llamar a la policía.

—¿Qué sucedió luego?

—Pues que, al recobrar el sentido, me vi lejos de la población y convertido en un paquete.

Temblaron las comisuras de sus labios, así como su barbilla, y luego dijo, con insegura voz:

—Sin duda, todo esto se debe a un error.

—¡Oh, sí! —contesté, muy seco—. Ya lo comprendí.

—Es preciso que no permita usted a nadie averiguar lo que está haciendo o para quién trabaja. Esto es importantísimo.

—Muy bien —dije—. Eso es lo que quería saber.

Al salir me di cuenta de que aquel hombre estaba luchando con sus propios temores. La enfermera me dirigió una mirada llena de curiosidad. Y tuve la certeza de que aquélla no era Vivian Carter y que nunca fue acusada de complicidad ni de adulterio en una demanda de divorcio.

Había pasado ya la hora del desayuno. Santa Carlota era una

población que se hallaba a lo largo de la carretera de la costa. Vivía a costa de los turistas ricos. Había tres hoteles muy lujosos, media docena más dedicados a los viajantes de comercio y luego cierto número de campamentos para turistas. Los restaurantes eran buenos y pude escoger uno al azar.

En una de las ventanas pude ver un cartel político en el cual se publicaba un retrato del doctor Alfmont, aunque parecía tener allí diez años menos.

Me acerqué a la ventana y leí lo que decía aquel cartel:

Votad al doctor
Charles L.
Alfmont para que ocupe la Alcaldía. De este modo contribuiréis a la moralización de Santa Carlota. Es preciso acabar con la gente poco escrupulosa.

Liga de la Defensa Municipal de Santa Carlota.

Entré en el hotel, me senté a una de las mesas del restaurante y pude gozar de las delicias de un verdadero refresco de zumo de naranja, de unas uvas excelentes, de unos huevos frescos pasados por agua, de una magnífica tostada de pan de trigo recién hecho y que no había sido ablandada por el agua tibia.

Después de haber tomado café y fumado un cigarrillo, la camarera me preguntó si quería ver los periódicos. Contesté afirmativamente y, después de un momento, volvió disculpándose y diciéndome:

—No he podido encontrar ningún periódico de la ciudad, porque están todos en manos de los clientes, pero puedo ofrecerle uno de la población.

Me lo entregó y yo le di las gracias y empecé a leerlo.

Vi que estaba bastante bien redactado, que contenía buenos titulares, excelente servicio telegráfico y una serie de artículos de interés general muy importantes. Dirigí mi atención a la primera página y leí el artículo de fondo, dedicado por completo a la policía local.

Tal vez el medio de que se vale El Correo para atacar la

candidatura del doctor
Charles L.
Alfmont será la mejor indicación posible para el votante indiferente el miedo que ya está produciendo el anuncio de la candidatura de este hombre honrado.

Hace ya mucho tiempo el observador normal habrá podido darse cuenta de que la influencia que en Santa Carlota vienen ejerciendo los jugadores de ventaja y la gente de escasa moralidad no podría existir sin un buen apoyo político. Desde luego, no hacemos ahora ninguna acusación directa, pero el votante que esté dotado de sentido común hará muy bien si observa la táctica de que se vale la oposición. Profetizamos desde ahora que se tratará de arrojarnos mucho barro, no sólo a nosotros, sino al mismo doctor Alfmont en su calidad de candidato. Nadie se molestará en contestar directamente las acusaciones que ha lanzado. Si la población no quiere un nuevo jefe o comisario de policía, los que actualmente ocupan estos cargos deberían estar dispuestos a tratar clara e imparcialmente acerca del estado de la moralidad. Pero, en vez de hacer eso, nuestros adversarios se contentan simplemente con lanzar acusaciones veladas. Y, desde luego, aseguramos que, si no se imprime inmediatamente una retractación del artículo de fondo publicado por el periódico de anoche, El Correo se verá envuelto por un proceso de difamación. Y hará muy bien El Correo recordando que, así como el anuncio político es algo que puede dar dinero, los perjuicios que habrá de pagar en cuanto sea condenado por difamación le costará una suma muy respetable.

Da la casualidad de que El Telégrafo sabe muy bien que los hombres de negocios que apoyan la candidatura del doctor Alfmont y que exigen una limpieza total en Santa Carlota no van a consentir, con los brazos cruzados, que alguien se entretenga en arrojarles barro a paladas sin tratar de defenderse. El artículo publicado anoche es simplemente un libelo y una difamación personal.

Es, desde luego, muy fácil evitar preguntas embarazosas que formule un candidato, emprendiendo una campaña de murmuraciones calumniosas contra ese mismo candidato. Pero así no se refutan las acusaciones de corruptela política que todo

ciudadano de buen sentido sabe muy bien que son justificadísimas. Y cuando ya faltan menos de diez días para el de la elección, nuestros adversarios sólo saben dedicarse a calumniar.

La camarera me sirvió otra taza de café y yo, pensativo, me fumé dos cigarrillos más. Y, en cuanto le pagué la cuenta, le pregunté dónde estaba el Ayuntamiento del pueblo.

—Eche usted a andar calle abajo en cuanto haya llegado a la cuarta travesía, a la derecha, sígala usted. Verá inmediatamente el edificio del Ayuntamiento y lo reconocerá porque es nuevo.

Seguí las instrucciones que me había dado y no tardé en encontrarlo. Era un edificio nuevo e imponente que, sin duda, habían construido para la posteridad, de modo que los empleados del Municipio podían forjarse la ilusión de que cada uno de ellos estaba en un desierto.

Encontré la oficina ante cuya puerta había un rótulo que decía: «jefe de Policía», y entré. En la antesala estaba tecleando una mecanógrafa y había también dos hombres sentados, esperando. Me dirigí a la joven y le dije:

—¿Quién podría darme algunos informes acerca del personal del departamento?

—¿Qué desea usted? —preguntó.

—Presentar una queja contra un agente. No pude tomar su número, pero podría dar sus señas exactas sin equivocarme.

—El jefe White —contestó, en tono acre— no puede ser molestado con esas quejas.

—Ya lo comprendo —le repliqué—; por eso ando buscando a su secretario.

—El capitán Wilbur está de guardia —dijo ella después de reflexionar—. Podrá decirle lo que debe usted hacer y adonde puede ir. Su despacho está en la segunda puerta del corredor.

Le di las gracias cuando ya me disponía a salir vi una fotografía en un marco que colgaba en la pared, cerca de a puerta. Era una fotografía panorámica, en la cual se veían a los agentes de policía alineados delante del edificio del Ayuntamiento. Le dirigí una mirada distraída y salí.

En la antesala del despacho del capitán Wilbur vi la misma

fotografía y le pregunté al agente que estaba de guardia:

—¿Sabe usted quién hizo esta fotografía?

—Un tal Clover, que vive en la población.

—Buen trabajo —observé. Y, acercándome, señalé al quinto individuo de la fila—: ¡Caramba! —exclamé—. Ya veo a mi amigo Bill Crane.

—¿Quién? —preguntó el agente.

—Bill Crane. Éramos amigos en Denver.

—Éste no es Bill Crane —dijo, acercándose para mirar aquel sujeto—. Es John Hervert. Está en la Brigada del Vicio.

—¡Caramba! Pues se parece muchísimo a un amigo mío.

En cuanto el agente acudió a una llamada del capitán, yo salí, subí al coche de la agencia y me alejé de la población.

***

Bertha Cool se disponía a salir para tomar el *lunch* y, al verme, se iluminó su rostro.

—¡Hola, Donald! —exclamó—. A tiempo llegas para tomar el *lunch* conmigo.

—No, gracias. Hace dos horas que he desayunado.

—Pero oye, querido, te invito a cargo de la casa.

—Lo siento mucho, pero no tengo apetito.

—Acompáñame, hombre. Hemos de hablar y deseo encargarte que busques y encuentres a ese Smith. Después de recibir tu carta quise comunicar con él, pero, al parecer, me había dado unas señas donde no vive. Allí reciben cartas para él, pero no quisieron decirme dónde está.

—Me parece muy bien.

—¡De ninguna manera! —exclamó—. Ese hombre se ha asustado. Por otra parte, para mí es Santa Claus y ahora se ha atascado en la chimenea, dejando nuestras medias vacías.

—Bueno, si quiere usted que la acompañe a almorzar, iré.

—Así me gusta. Iremos al «Cisne de Oro». Allí hablaremos.

Bertha Cool y yo salimos. Al pasar saludé a Elsie, que me contestó con una inclinación de cabeza y sin interrumpir su tecleo en la máquina.

Una vez en el restaurante, Bertha me invitó a tomar un combinado. Acepté, anunciando que me iría a casa a dormir por la tarde, porque había viajado en automóvil toda la noche, y añadí

que, a cosa de las diez, quería ir a la Cueva Azul.

—No vayas allá, Donald. Gastarás dinero y yo no puedo consentírtelo. A no ser que Smith nos dé nuevas instrucciones, soltaremos este asunto como si nos quemásemos. Claro está que la cosa no ha ido mal, porque ese individuo me pagó una cantidad por adelantado, pero tú, en cambio, me has hecho gastar mucho dinero.

Después de tomar el «Martini» encendí el cigarrillo y exclamé:

—Bueno, Smith dice que podemos continuar.

—Pero ¿has encontrado a Smith? —preguntó ella. Y al notar que yo afirmaba inclinando la cabeza, añadió—: ¿Cómo lo has encontrado?

—Smith es el doctor Alfmont y el doctor Alfmont es el doctor Lintig.

Bertha Cool dejó el vaso del combinado, y exclamó, interesada:

—¡Caramba, caramba! ¿Qué me dices?

Estaba ya convencido de la improcedencia de dar demasiadas noticias a Bertha, pero estaba muy cansado y el viajar de noche no me resulta conveniente, y añadí:

—El doctor Alfmont ha presentado su candidatura para la alcaldía de Santa Carlota. Además, el individuo que me pegó y que me sacó de Oakview se llama John Herbert y pertenece a la policía de Santa Carlota. Probablemente será el jefe de la Brigada del Vicio.

—¡Caramba!

—Uno de los periódicos se ha dedicado a difamar al doctor Alfmont. El otro periódico asegura que el doctor emprenderá contra ellos un proceso de difamación, pero, al parecer, los difamadores están seguros del terreno que pisan se atreven a correr el riesgo de un proceso de esta clase. Y el doctor Alfmont se encuentra en una posición delicada, porque, si emprende una acción contra ellos, habrá de demostrar que lo han difamado. Y *El Correo*, que es el difamador, procurará enterarse de toda la vida y milagros del doctor. Éste lo comprende y no se atreve a meterse con ellos. Ante todo, necesita saber si su primera esposa se ha vuelto a casar o verdaderamente están divorciados.

La expresión de los ojos de Bertha Cool era la de un gato que se limpia la barbilla de las plumas de un canario.

—¡Qué barbaridad! —exclamó, en voz baja—. Esto es magnífico. Mira, muchacho, vamos a ganar mucho dinero. Y ahora a ver si

utilizas bien la sesera. Piensa cosas en beneficio de Bertha.

—Estoy muy cansado —repliqué, moviendo la cabeza—; no quiero pensar ni hablar.

—En cuanto comas te sentirás mejor —dijo Bertha.

Llegó el camarero y ella ordenó un suculento almuerzo. Encargó que me sirviesen lo mismo, pero yo me negué en redondo, diciendo que sólo aceptaría una cafetera llena de café y, además, un emparedado de jamón.

—Ya no me extraña que estés tan flaco —me dijo Bertha.

Y volviéndose al camarero, observó:

—Bueno, sírvale lo que quiera. Estás muy pálido —añadió—; no comes bastante.

Yo no contesté.

El sabor del jamón y el café me dieron una sensación de bienestar.

Pero no pude acabar el emparedado.

—Ya sé lo que es —dijo Bertha—. Te has estropeado el estómago en esos indecentes restaurantes de Oakview. Y ahora, Donald, ¿te has dado cuenta de lo que será para nosotros esa campaña política del doctor Alfmont? Podemos fijar nuestro propio precio.

—El doctor ya nos ha autorizado para ello —contesté.

—Pues bien, a trabajar, muchacho.

Yo me disponía a replicar, pero me contuve.

—No seas así, querido Donald. Dímelo.

Apuré la taza de café y dije:

—Entérese bien. El doctor Lintig se escapa con la enfermera de su consultorio. Probablemente ésta es considerada ahora como la señora Alfmont, aunque no se haya celebrado el matrimonio, porque habría sido un delito de bigamia. Pero, en fin, eso puede haber ocurrido o no. Si la señora Lintig está muerta o divorciada, el doctor Alfmont está en franquía. Si se ha casado por segunda vez no habrá delito de bigamia, y la enfermera será su esposa legítima. Es posible que tengan hijos. Pero si la señora Lintig no obtuvo el divorcio y asegura que no se lo concedieron, y en el supuesto de que esté viva y en buena salud, todo eso se publicará en Santa Carlota la víspera de la elección. Ella identificará al doctor Alfmont como doctor Lintig, es decir, que lo reconocerá como su marido, del que no se ha divorciado. La señora Alfmont volverá a ser Vivian

Carter, la adúltera. Han vivido hasta ahora como marido y mujer y ya puede usted imaginarse el lío que se armará.

—Para eso —contestó Bertha— habrán de presentar a la señora Lintig.

—Probablemente la tienen preparada ya. Es muy sospechoso que se haya presentado ahora en Oakview, hablando de amor y de afecto hacia su marido y retirando la demanda de divorcio para que no quede rastro de ella.

—Bueno, háblame de eso, muchacho —dijo Bertha Cool.

—Ahora no —contesté, moviendo la cabeza—. Estoy demasiado cansado y me voy a casa a dormir que buena falta me hace.

—Mira, muchacho —dijo ella, tomándome la mano—. Tienes frío, debes cuidarte.

—Voy a hacerlo. Pague usted la cuenta. Y ahora, a dormir.

—No te lleves el coche de la agencia. Toma un taxi. Pero no, espera; ¿crees que Alfmont me mandará más dinero?

—Así lo ha asegurado.

—Bueno, mira, toma el tranvía. No te lleves el coche.

—Lo necesitaré por la noche y, por lo tanto, me lo llevo —repliqué.

Salí y me dirigí a mi hospedaje. Me acosté, tomé un buen vaso de *whisky* y me quedé sumido en una caliente y cómoda somnolencia.

Cuando, al parecer, había conseguido dormirme, empezó a molestarme una llamada. Intenté no hacerle caso, pero insistió tanto y tanto que al fin no tuve más remedio que hacer caso. Era una voz femenina que me llamaba.

Contesté con un gruñido cargado de sueño.

—Déjeme entrar, Donald —exclamó la voz.

Salté de la cama y, atontado, me tambaleé para ir en busca de una bata.

—Déjeme entrar, Donald. Soy Marian.

Aunque oí estas palabras, no acabé de comprenderlas. Por último me dirigí a la puerta, di vuelta a la llave y abrí. Entró Marian Dunton, con los ojos desorbitados por la emoción.

—¡Oh, Donald! ¡Cuánto temía que no estuviese usted aquí! Pero la patrona insistió en que estaba en su cuarto. Dijo que no había dormido usted aquí esta noche y que llegó hace poco.

Mientras tanto, yo iba despertándome. Invité a la joven a que entrase y le pregunté qué quería.

—Ha sucedido una cosa terrible —exclamó.

—¿Qué es eso, Marian? —pregunté, peinándome con los dedos.

—Fui a ver a Evaline Harris.

—Bueno —dije—; esta noticia se la di yo. Ahora dígame otra cosa.

—Donald… ha muerto. Asesinada.

Me senté en la cama y le dije:

—Cuéntemelo todo.

Marian se sentó a mi lado empezó diciendo:

—Mire, Donald. He de marcharme en seguida, porque la patrona es muy celosa. Me advirtió que dejase la puerta abierta, pero debe usted ayudarme.

Consulté mi reloj y vi que eran las cinco y cuarto.

—¿Qué ha sucedido?

—Pues que fui a su casa y, aunque llamé insistentemente por medio del timbre, no me contestó.

—Se levanta tarde, porque trabaja de noche —observé.

—Ya lo sé. Al cabo de un rato oprimí el botón del timbre del director y le pregunté dónde podría encontrar a la señorita Harris. Me contestó que no lo sabía, que no se preocupaba mucho de seguir los pasos de sus inquilinos.

Parecía estar muy enojado. Pregunté si podía subir a la habitación de la señorita Harris y me dijo que lo hiciese, indicándome también que era el trescientos nueve.

»Por el ascensor subí al tercer piso. Cuando avanzaba por el corredor, salió un individuo de una habitación situada en el extremo y, aunque no podría asegurarle, me pareció que salía del trescientos nueve.

—Por eso, tal vez, no contestó ella a la llamada —observé.

—Pero… óigame bien, Donald. Le he dicho que está muerta.

—¿Y cómo lo sabe?

—Entré en el trescientos nueve. No estaba cerrada la puerta con llave. Llamé dos o tres veces, y como no me contestara, empujé la hoja de madera. Entonces vi a una joven tendida en la cama. Me figuré que estaría dormida le pedí en voz baja que me disculpase, y me retiré.

»Salí a la calle y, media hora después, volví a llamar. Pero me cansé de hacerlo. Estaba segura de que no había salido, porque no perdí de vista la puerta de la calle. Mientras estaba llamando acudió una mujer, abrió la puerta de la planta baja y luego las dos empezamos a subir la escalera. Al llegar por segunda vez al tercer piso, llamé de nuevo, sin obtener respuesta. Vi que aún estaba tendida en la cama, en la misma posición, y al fijarme mejor me extrañó la postura. Entré, la toqué, con extraordinario horror, pude convencerme de que estaba muerta. Había sido estrangulada con una cuerda que aún se veía alrededor de su cuello. Tenía el rostro… espantoso y miraba hacia la pared. Es terrible, Donald.

—¿Y qué hizo usted?

—Quedarme muy asustada, porque, como ya le he dicho, media hora antes había estado allí y lo sabía el director, de modo que tuve miedo de que alguien pudiese figurarse… bueno, que lo había hecho yo.

—¡Qué tontería! —exclamé—. ¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Muy poco. Estaba ya enterada de las señas de esta casa, porque telefoneé a la agencia diciendo que yo era una antigua amiga de usted y que según me había dicho varias veces, allí podría averiguar su domicilio. La muchacha que contestó mi llamada me dijo que podría encontrarlo aquí y vine lo antes posible.

—Bueno —dije—; tome su coche y, como un rayo, diríjase a la jefatura de Policía. Cuando esté allí, dígale que va a dar cuenta del lugar en donde hay un cadáver. No les diga que se trata de un asesinato y recuerde también de decirles que usted vive en Oakview.

—¿Por qué eso último? —preguntó.

—Porque va a representar el papel de una muchacha de pueblo inocente y sencilla.

—Pero ellos averiguarán que estuve allí antes, cuando pregunté al director.

—Claro está. El mejor modo de meter la cabeza en un nudo corredizo es esforzarse en disimular, ¿comprende?

—Sí —contestó, dudosa—. ¿Y no podría acompañarme a Jefatura?

—De ningún modo. Sería lo peor que pudiésemos hacer. Olvídese de que ha venido aquí y no pronuncie siquiera mi nombre

o mencione la agencia de Bertha Cool. Fíjese bien, porque es preciso que siga exactamente estas instrucciones. Cuente sencillamente lo ocurrido y añada que después de observar que esa mujer estaba muerta se dirigió inmediatamente a la policía. No les dé cuenta de que ha podido observar que fue estrangulada. Diga simplemente que estaba muerta y que usted no tocó nada, ¿comprende?

—Sí.

—Usted no tocó nada, ¿verdad?

—No.

—¿Y quién era el hombre que vio salir del cuarto?

—No lo sé. Y ni siquiera estoy segura de que saliese de allí. Tal vez procedía de otro, pero me figuro que era aquél.

—¿Qué aspecto tenía?

—Era un hombre respetable, andaba muy erguido y tenía el cuerpo esbelto.

—¿Qué edad tendría?

—Mediana. Parecía distinguido, a juzgar por los signos externos apreciables.

—¿Cómo vestía?

—Una chaqueta cruzada, de color gris.

—¿Muy alto?

—Bastante. Tenía el aspecto respetable llevaba bigote gris.

—¿Le reconocería si lo volviese a ver?

—¡Claro!

—Bueno, váyase —dije, llevándola hacia la puerta.

—¿Cuándo volveré a verlo, Donald?

—En cuanto hayan acabado de interrogarla llámeme por teléfono. Recuerde que no debe decirles nada de mí o de la agencia. Espere un momento. Le preguntaran para qué deseaba ver a Evaline Harris.

—¿Y que contestaré?

Reflexioné rápidamente, y dije:

—La conoció usted cuando ella se dirigió a Oakview. Se hicieron amigas y ella le dijo que era una artista de *cabaret*. No diga usted una palabra de la señora Lintig, ni hable tampoco de que esa muchacha llevara a cabo una investigación. No dé a entender que estaba enterada de que ella fue a Oakview para ocuparse de algún asunto. Ella le dijo que fue allá para pasar sus vacaciones. Usted es

una muchacha del campo, y cuanto más sencilla e inocente parezca, mejor será. Debe desempeñar este papel. Dígales que deseaba marcharse de Oakview, como lo hace todo el mundo, porque no es lugar apropiado para ninguna muchacha que tenga aspiraciones. Quiere vivir en la ciudad aunque no tiene el menor deseo de trabajar en un *cabaret*. Sin embargo, se figuró que Evaline Harris tal vez tendría algunas relaciones y podría ayudarla. ¿Está enterado su tío de lo que hace usted aquí?

—No. Obro por mi propia cuenta, Donald. Hay muchas cosas… multitud de detalles que no puedo contarle ahora, unas circunstancias sospechosas que…

—Bueno. No me diga nada —repliqué—. Los segundos tienen la mayor importancia. Si alguien descubre ese cadáver y avisa a la policía antes que usted, estará perdida. Acuérdese bien de que, al salir de allí, se dirigió a toda prisa a avisar a la policía. No sabe usted nada acerca del tiempo transcurrido. ¿Lleva reloj de pulsera?

—¡Claro que sí!

—Déjeme verlo.

Se lo quitó de la muñeca y yo hice retroceder las manecillas hasta las once y cuarto. Luego golpeé el reloj contra la esquina del tocador y la máquina se paro.

—Póngase otra vez el reloj en la muñeca. Recuerde que lo rompió esta mañana cuando venía hacia acá. Se le cayó cuando llenaba su coche de gasolina en una estación de servicio. ¿Está segura de que podrá repetir todo lo que le he recomendado?

—¡Oh, sí! —contestó—. Le comprendo. Es usted muy bueno. Ya estaba segura de que podría confiar en su amistad.

—No vale la pena —dije—. Dese prisa. Y no venga a visitarme. En cambio, vaya a la agencia. No me llame tampoco, ni me visite si la vigilan o al salir de la jefatura de Policía. Pero si, por fin, no hay más remedio que hablar, podrá decirles que me conocía y que tenía el propósito de visitarme. ¿No ha comunicado usted su nombre a Elsie Brand?

—¿Quién es?

—La empleada de la agencia.

—No. Me limité a decir que era una amiga de usted.

—Bien, niña, buena suerte y andando —dije, dándole una palmadita en el hombro y empujándola hacia el corredor.

Esperé, temeroso de que la interrogase la patrona, y en cuanto oí que se cerraba la puerta de la calle telefoneé a la oficina. Me contestó Elsie. Le encargué que avisara a Bertha para que me aguardase, a fin de hablar de un asumo importante.

Luego me vestí, bajé a la calle, puse en marcha el automóvil de la agencia y a las seis menos diez penetré en el despacho.

Me esperaba Bertha.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

—¿Ha tenido al una noticia de Smith? —pregunté.

—Sí —contestó ella, sonriente—. Estuvo aquí y me dejó una cantidad muy satisfactoria.

—¿Hace mucho rato? —pregunté.

—No más allá de media hora. Se mostró muy amable, pero, sin duda, estaba nervioso.

—¿Y qué quería? —dije.

—No me habló de la situación política —contestó Bertha—. Pero pude leer entre líneas. Reiteró su deseo de que encontrásemos a la señora Lintig; manifestó que él se hallaba en algunas dificultades y que, como necesitaría nuestros servicios para otras cosas, quería tener la convicción de que seguíamos ocupándonos en sus asuntos. Al parecer, le causaste muy buena impresión, Donald, porque me expresó su deseo especial de que te encargaras de este asunto. Tiene la opinión de que eres muy listo.

—¿Cuánto dinero ha dejado? —pregunté a Bertha con rapidez.

—Una buena suma, Donald —contestó Bertha, con la mayor cautela.

—¿Cuánto? —insistí.

—¡Qué demonio! —replicó, enojada—. La directora de la agencia soy yo.

—¿Cuánto? —repetí.

Ella cerró la boca con fuerza.

—Tenga cuidado —le dije—; hay en este asunto mucho más de lo que usted pueda sospechar. Ese Smith quiere que yo trabaje en su caso, de modo que se vería usted en un apuro si en este momento presentara mi dimisión.

—Esto no es posible —contestó ella.

—¡Qué se cree usted eso!

Ella se quedó pensativa y, al fin, se decidió a contestar:

—Mil dólares.

—Ya me lo figuraba —repuse—. Ahora deseo que me acompañe usted.

—¿Adónde?

—A visitar a Evaline Harris.

—¿A esa muchacha?

—Sí.

—Me parece que sacarías más resultado yendo solo, Donald.

—Creo que no. Ha llegado el momento en que se necesita el hábil tacto que sabe usted emplear.

—Muchas veces soy un poco brusca.

—Bueno, vamos.

—¿Qué te pasa, Donald? —preguntó—. ¿Para qué tanta prisa? ¿Por qué estás nervioso?

—He reflexionado —contesté.

—Debo confesar que sabes hacerlo —admitió, de mala gana.

Se puso en pie y, dirigiéndose al armario que contenía el lavabo, se puso polvos en la nariz y se pintó los labios. Yo paseaba impaciente por la estancia, consultando a veces mi reloj.

—¿Dijo el doctor Alfmont cuándo había llegado o a qué hora se propone marchar? —pregunté.

—Me rogó de un modo especial que no nos refiriésemos a él dándole el nombre de doctor Alfmont, de modo que en nuestras conversaciones convendrá nombrarlo siempre como el señor Smith.

—Bueno; ¿dijo a qué hora había llegado o a qué hora piensa marchar?

—No.

—¿Llevaba un traje gris, de americana cruzada?

—Sí.

—¿Manifestó la razón de haber venido?

—Me dijo que había reflexionado acerca de tu visita de la mañana y que decidió venir para ofrecerme sus disculpas a causa de la carta que nos había escrito y que, por otra parte, deseaba entregarme algún dinero.

—Bueno, bueno, vámonos —repliqué.

—¿Por qué tienes tanta prisa, Donald?

—Me parece que Evaline Harris podrá decirnos algo.

—Has tenido toda la tarde a tu disposición para ir allá. ¿Qué

mosca te ha picado ahora?

—Antes estaba demasiado fatigado para reflexionar con claridad. Y me he decidido hace muy poco rato.

—Bueno, como quieras. Vamos.

—Además, necesito dinero para gastos.

—¿Otra vez? ¡Dios mío, Donald, no puedo…!

—Mire —le dije—. Éste va a ser uno de los casos más importantes en que ha intervenido usted. Esos mil dólares no son más que una gota de agua.

—Me gustaría compartir tu optimismo.

—No tiene usted necesidad, puesto que yo comparto el dinero.

—Ya sabes que trabajas a mis órdenes y que yo soy la agencia, Donald. Por ahora no eres socio.

—Ya lo sé —repliqué.

—Aún no me has dado la lista de tus últimos gastos.

—Ya lo haré.

Dio un suspiro se dirigió al cajón en donde guardaba el dinero, sacó veinte dólares y me los dio. Yo me quedé con el dinero en la mano, esperando, y poco después me dio veinte más. Seguí con la mano extendida y ella, dando un profundo suspiro, me dio otros diez dólares. Hecho esto, empujó con fuerza el cajón y lo cerró con llave.

—Me parece que se te ha subido a la cabeza la idea de tu propio valer.

—Vámonos —contesté, guardándome el dinero en el bolsillo.

Luego quise obligar a Bertha a que bajara la escalera a toda prisa para hacerla subir al coche, pero mi empeño resultó un vano esfuerzo. Cuando llegamos al automóvil de la agencia, yo había malgastado la energía nerviosa suficiente para ir y volver de casa de Evaline Harris, sin que por eso se hubiese anticipado un solo segundo el paso de Bertha Cool. Hacía todas las cosas a una marcha determinada, como un camión que en el motor tiene un regulador.

Me senté al volante, derrengado, y Bertha ladeó el coche al encaramarse a él para ocupar luego un asiento.

Obligué al motor a que profiriese sus acostumbrados ruidos, solté el freno de mano, embragué y emprendí la marcha. Bertha Cool observó:

—Es un coche bastante bueno todavía, ¿verdad?

No contesté.

Por suerte, no era hora de gran tráfico en el barrio comercial y llegamos en poco tiempo a casa de Evaline Harris. Frente a la casa estaban parados numerosos automóviles que tenían las luces rojas propias de los coches de la Policía. Fingí no haberme fijado en ellos, pero Bertha Cool los observó muy bien. Dos o tres veces me miró, pero no le dirigí la palabra.

Acerqué el coche a la casa y observé:

—Me parece que sería buena idea ir en busca del director. De este modo podremos subir sin que nos anuncie nadie.

Llamé dos o tres veces por el timbre al director de la casa, pero sin obtener respuesta.

Se acercó un automóvil de Prensa y se apeó de él un fotógrafo provisto de un aparato rápido y de una bombilla de magnesio sincronizada con el disparo. Le seguía un individuo esbelto, cuyo rostro tenía la dura expresión del reportero endurecido ya en su oficio. Quisieron abrir la puerta, pero estaba cerrada. El periodista se volvió para preguntarme si vivía allí. Le contesté que no, entonces el fotógrafo aconsejó a su compañero:

—Llama al director, Pete.

Así lo hicieron y, en vista de que no contestaba nadie, el periodista empezó a pulsar todos los botones y timbres que había al alcance de su mano.

Por fin se abrió la puerta, entraron, y Bertha Cool y yo hicimos lo mismo tras ellos.

—¿Qué numero tiene ese cuarto? —preguntó el reportero.

—El trescientos nueve —replicó su compañero.

Sentí la mirada de Bertha Cool y yo le di un codazo y le pregunté:

—¿Ha oído usted eso?

—Sí.

Los cuatro nos metimos en el ascensor, aunque Bertha Cool lo ocupó casi por entero. La cabina subió tambaleándose.

El tercer piso estaba casi lleno de gente. Un policía impidió el paso del periodista. Éste le mostró su carnet y luego siguió adelante, acompañado por el fotógrafo. El policía me interceptó el paso, preguntándome qué quería.

—Nada —contesté, mirando curioso.

—Pues salga de aquí, porque entorpece el paso.

—Estoy buscando al director —contesté—. ¿Está por ahí?

—¿Y a mí que me cuenta? Supongo que sí.

—Quisiera verlo acerca del alquiler de un cuarto que me interesa.

—Vuelva dentro de un par de horas.

—¿Qué ha sucedido aquí? —pregunté.

—Homicidio. Una mujer del trescientos nueve. ¿La conoce?

—¿Conoce usted a alguien aquí, Bertha? —pregunté volviéndome a ella.

Movió la cabeza y el policía añadió:

—Bueno, márchense.

—¿Y no podemos ver al director?

—No, no sé dónde está ahora. Probablemente contestando algunas preguntas. Bueno, márchense.

Nos dirigimos otra vez al ascensor.

—Bueno —dije—; alguien se nos ha anticipado.

Bertha no contestó. Bajamos en el ascensor y salimos a la calle para subir al coche de la agencia.

—Volveremos a la oficina —dije—, y reflexionaré un poco. ¿Quiere que la deje en su casa?

—No, Donald. Volveré a la oficina y te ayudaré a pensar.

capítulo cinco

EN silencio regresamos a la oficina. Dejé el coche en el lugar destinado al estacionamiento, tomamos el ascensor y, una vez en la oficina nos acomodamos en unos sillones. Bertha Cool me miró.

—¿Cómo te has enterado de que ha sido asesinada? —preguntó.

—¿De qué demonio habla usted? —contesté.

Bertha Cool frotó un fósforo en el lado inferior del cajón de la mesa escritorio, encendió el cigarrillo, volvió a mirarme, fumó en silencio unos instantes al fin dijo, pensativa:

—Aquello estaba lleno de automóviles de la policía y tú, al parecer, no los viste siquiera. Tampoco observé en ti el menor deseo de llamar al cuarto de esa muchacha. En cambio, querías ver al director. Subimos, y después de hacer un par de preguntas emprendimos el regreso. Sabías, pues, que había ocurrido algo, y lo que te interesaba averiguar era si la policía estaba o no por allí. ¿No quieres decirme lo que te ha pasado?

—No hay nada que decir —contesté.

Abrió un cajón, sacó una tarjeta, se fijó en el número que había en ella y lo marcó en el teléfono. Cuando le contestaron, dijo con su voz más agradable:

—Señora Eldridge, creo que el señor Donald Lam tiene una habitación alquilada en la casa de usted. Habla la señora Cool, directora de la agencia de detectives Cool. Ya sabe usted que Donald trabaja a mis órdenes. Tengo necesidad de encontrarlo cuanto antes. ¿Sabe usted si está en su habitación?

Bertha Cool prestó oído, mientras el receptor producía algunos ruidos, y al fin dijo:

—Ya comprendo. ¿Hace cosa de una hora? Bien. ¿Podría usted decirme si tuvo alguna visita poco antes de salir?

De nuevo prestó oído y al fin replicó:

—¡Oh, sí, desde luego! ¿Podría usted describirme a esa joven?

Escuchó atentamente durante unos momentos.

—Muchas gracias, señora Eldridge —dijo al fin—. En cuanto le vea, ¿querrá usted decirle que lo necesito con urgencia?

Colgó el receptor, y volviéndose a mí, exclamó:

—Bien, Donald: ¿quién era ella?

—¿Quién?

—Esa muchacha que fue a verte.

—¡Oh! Una joven compañera de estudios de la Facultad de Leyes. Hacía ya mucho tiempo que no la veía. Se enteró de que trabajaba para usted y esta tarde telefoneó aquí para averiguar las señas de mi casa. Elsie se las dio.

Bertha Cool continuó fumando y luego marcó otro número de teléfono.

En cuanto hubo obtenido respuesta, dijo:

—Elsie, habla Bertha. ¿Recuerda usted si esta tarde telefoneó alguien preguntando por las señas del domicilio de Donald? ¿Quién era ella? ¿No dio su nombre? ¡Ah! ¿Él se lo dijo? Bien, Elsie, gracias; nada más, por el momento.

Colgó el receptor telefónico y me dijo:

—Tú mismo dijiste a Elsie que habías visto a esa muchacha.

—Bueno, como quiera —repliqué—. No creo oportuno enterar a Elsie de mis asuntos amorosos. Esta muchacha fue compañera de estudios. Y se dirigió a mi alojamiento, donde estuvimos charlando cosa de media hora y luego se marchó. Fue una visita de cumplido.

—De cumplido, ¿eh? —replicó Bertha Cool.

Yo no contesté. Bertha siguió fumando y luego exclamó:

—Bueno, muchacho, vamos a cenar. La agencia paga.

—No tengo hambre —contesté.

—Pienso mostrarme generosa —añadió—. Y esta vez cargaremos la cena a la cuenta de gastos.

—No quiero nada —contesté, moviendo la cabeza.

—Bueno, por lo menos acompáñame.

—No, gracias; quiero reflexionar.

—Pues piensa cuando estés a mi lado —replicó ella.

—No. Aquí podré imaginar muchas cosas más.

—Es natural —contestó Bertha Cool. Acercó el aparato telefónico, marcó un número y dijo—: Llama Bertha Cool. Haga el

favor de mandarme un bocadillo de carne asada, doble ración, y una botella de cerveza de a litro. —Colgó el teléfono, añadiendo—: Lamento mucho que no tengas apetito, Donald, pero Bertha permanecerá aquí para hacerte compañía.

No contesté.

En silencio continuamos sentados y Bertha fumando, me observaba a través de sus entornados párpados. Poco después alguien llamó a la puerta y Bertha me dijo:

—Abre y haz entrar al mozo.

Éste, que había subido desde el restaurante de la planta baja, llevaba en una bandeja un bocadillo doble y un litro de cerveza. Bertha Cool le indicó que lo dejase todo sobre la mesa escritorio, pagó, le dio una propina y dijo:

—Mañana por la mañana venga a recoger los platos, porque esta noche tendremos mucho que hacer.

El mozo le dio las gracias y salió. Bertha empezó a morder el bocadillo y se lo tragó a fuerza de cerveza.

—Desde luego esto no es ninguna cena —dijo—; pero me calma el hambre. Siento que no tengas apetito.

En cuanto hubo terminado, empezó a fumar un cigarrillo, y yo, tras de consultar mi reloj, dije:

—Ya no hay necesidad de esperar más.

—Tienes razón —contestó ella, sonriendo—. ¿Quién era ella? ¿Para qué habría de telefonear ahora?

—Es una muchacha muy guapa —repliqué—. Dijo que me llamaría para que fuésemos a cenar juntos. Y ahora, vamos a ver. ¿Acaso un hombre no puede salir con una amiguita sin que todo el personal de la oficina haya de meterse en su vida amorosa?

—Parece que no —contestó Bertha en tono plácido—. Bueno, si quieres salir, vamos.

Una vez en la calle, subimos de nuevo al coche.

—Me parece que me voy a un cine para matar el tiempo. ¿Quiere usted venir?

—Estoy cansada… Preferiría ir a casa, desnudarme y leer un rato.

La llevé a su casa, se apeó y, apoyando su enjoyada mano en mi brazo izquierdo, dijo:

—Lo siento.

—No tiene importancia. Esa muchacha no ha llamado. Quizá lo hizo durante nuestra ausencia, o tal vez la esperaba otro en cuanto yo la dejé.

—No te apures, Donald, porque hay muchas mujeres. Un muchacho guapo como tú no ha de sentir ningún apuro acerca del particular. Buenas noches. Que duermas bien.

Le di las buenas noches y regresé a toda prisa a la oficina. El reloj me indicó que apenas había estado veinticinco minutos ausente. Y esperé que Marian no hubiese llamado en aquel intervalo.

Casi me tendí en un sillón, me disponía encender un cigarrillo cuando oí el ruido de una llave que entraba en la cerradura. Creí que sería el portero y grite:

—Tenemos mucho que hacer. Déjenos en paz hasta mañana. Haga el favor.

Se descorrió el pestillo entró Bertha Cool plácida y sonriente.

—Ya me lo figuraba —exclamó al verme.

Luego atravesó la habitación para sentarse en el sillón giratorio que tenía ante la mesa escritorio, y añadió:

—Me parece que tú y yo, Donald, correríamos mucho mejor si no nos esforzásemos en engañarnos mutuamente.

Me disponía a contestar cuando empezó a repiquetear el teléfono que había sobre el escritorio. Bertha, con rápido movimiento de su grueso brazo derecho, acercó el aparato tomó el receptor y clamó:

—Diga.

Tenía los ojos clavados en mí y pude notar que brillaban como piedras preciosas. Extendió el brazo izquierdo para contenerme en caso de que yo quisiera apoderarme del receptor, pero permanecí quieto, fumando. Mientras tanto ella decía:

—Sí. Aquí es la agencia de Bertha Cool… No, querida. No está, pero me dijo que telefonearía usted y yo quedé encargada de tomar el recado… sí, sí, querida. Seguramente estará aquí dentro de pocos minutos. Dejó el encargo de que viniese usted cuanto antes… Sí, muy bien. Éstas son las señas. Venga usted en seguida. No pierda tiempo. Tome un taxi. Él desea verla.

Colgó el receptor y me miró.

—Ahora, Donald, vamos a ver si esto te sirve de lección. Cuando

quieras servirte una porción de pastel acuérdate de Bertha, porque de lo contrario habrá jaleo.

—¿De modo que también quiere su parte? —pregunté.

—Para esto estoy aquí —contestó.

—Es verdad.

—Cuando viniste a trabajar a mis órdenes no sabías una palabra del oficio de detective. Te tomé a mi cargo cuando ya no te quedaba ni un solo centavo. Hacía dos días que no habías tragado bocado. Te di trabajo; ahora aprendes el oficio. Eres inteligente. Lo malo es que nunca te acuerdas de que yo soy el jefe. Estás persuadido de que diriges el negocio. Y eso no está bien.

—¿Algo más? —pregunté.

—¿No es bastante? —replicó ella.

—Demasiado —dije—. ¿Ahora quiere usted saber qué trozo de pastel se ha cortado?

—Sería bastante agradable —contestó sonriendo—. Supongo que no me guardas rencor, Donald.

—Ninguno.

—He de mantener mis derechos —dijo ella—, cuando he de luchar, voy en busca de la victoria. No soy generosa y, si alguna vez lucho, lo hago para lograr algo. Y si lo consigo, ya no pido más.

—¿Y va a venir aquí? —pregunté.

—Ahora mismo. Dice que quiere verte en seguida. Eso no me da la impresión de ser ninguna cita, muchacho, sino negocios.

—Lo es.

—Bueno, Donald; dime de qué se trata. Ya ves que me he metido en el asunto y quiero saber qué naipes tengo en la mano y también cuál es la apuesta. Pero no olvides que tengo los triunfos.

—Buenos —dijo—. Se ha metido usted en un caso de asesinato.

—Ya lo sabía.

—La muchacha con quien ha hablado por teléfono es Marian Dunton. La pobre vivía en una pequeña población, al pie de las montañas, y quería marcharse de allí. Creía tal vez que ese caso de Lintig era más importante de lo que parecía. Siguió mi pista de regreso, quizá con la esperanza de obtener algunos informes; por eso fue allá.

—¿A casa de esa Evaline?

—Sí.

—Poco importa la historia —replicó Bertha—. Ya me lo había imaginado. Ahora dime lo que no sepa.

—Ignoro si la autopsia demostrará cuándo fue asesinada Evaline Harris. Probablemente debió morir poco antes de llegar Marian Dunton por vez primera a su habitación.

—¿Por vez primera? —preguntó Bertha.

—Sí. Abrió la puerta del cuarto y vio a Evaline tendida en la cama. Creyó que se había dormido. Un individuo acababa de salir de la habitación. Marian creyó que no sería ningún momento favorable para obtener informes; de modo que cerró la puerta y regresó a la calle para sentarse en el coche, desde donde podía vigilar la puerta de la casa. Cosa de media hora después lo intentó de nuevo. Entonces se mostró más curiosa y menos tímida. Observó que Evaline tenía una cuerda atada en torno del cuello y que estaba muerta. Marian perdió la cabeza, no se le ocurrió pensar en nada ni en nadie más que en mí, y presurosa fue a mi habitación a darme cuenta de lo que pasaba. Yo la envié a la policía, encargándole que no les dijese que me había visto, ni que supiera una palabra de la agencia ni de la señora Lintig. Sencillamente, habría de declarar que fue al cuarto de Evaline para ver si podía ayudarla a encontrar trabajo en la ciudad. Que la primera vez se figuró que Evaline estaría durmiendo y que fue a esperar un rato sentada en el automóvil.

—Me parece que no se contentarán con esas explicaciones.

—Me parece que sí.

—¿Por qué?

—Esa muchacha no es de la ciudad y tiene toda la sencillez la ingenuidad de las jóvenes que viven en pequeñas poblaciones. Eso se le nota en todos los detalles de su aspecto. Aún no conoce las tácticas de la ciudad y es una muchacha sencilla, franca y sincera.

Bertha Cool dio un suspiro y dijo:

—Ésta es una de tus mayores debilidades, querido Donald. Todas las mujeres se vuelven locas por ti y, por tu parte, te enamoras de ellas como un tonto. Ya es bastante desagradable el hecho de que en cuanto hay leña salgas con las manos en la cabeza, pero esta afición tan extremada a las faldas es seguramente mucho peor. Será preciso que te libres de ese defecto. Si lo consiguieras, con la inteligencia que posees, podrías llegar a cualquier parte.

—¿Algo más? —pregunté.

Ella sonrió y me dijo.

—No seas así, Donald. Hablo en serio y de negocios.

—Bueno —contesté—. Ahora voy a comunicarle el resto del asunto. Marian pudo ver muy bien al individuo que salía del cuarto. Las señas que pudiera dar a la policía no tendrán ningún significado para ella o, por lo menos, así lo espero. En cambio fueron muy elocuentes para mí.

—¿Qué quieres decir?

—El individuo que salió del aquel cuarto era el doctor Charles Loring Alfmont, conocido también por el nombre de doctor James Lintig, pero prefiero que nosotros lo conozcamos como señor Smith.

Bertha Cool se quedó mirándome muy asombrada. Abrió luego despacio los párpados hasta desorbitar casi los ojos y profirió en voz baja una exclamación de asombro.

—Ahora bien —añadí—: la policía no sabe una palabra de la intervención de Lintig en eso. También ignora quién es Alfmont. No existe ninguna razón articular para que sospechen del individuo a quien nosotros, en adelante, llamaremos Smith. Pero si Marian Dunton lo viese o le mostrase su retrato, no hay duda de que podría identificarlo en el acto.

Bertha Cool estaba muy asombrada.

—Por consiguiente —añadí—, usted puede jugar de uno de los dos modos siguientes: O bien suelta usted a esa muchacha, en cuyo caso la policía acabará por enterarse de la existencia de ese Smith, que presentarán a Marian Dunton para que lo identifique, y se estropeará todo y usted quedará sin cliente, o bien procuraremos retener a Marian fuera de circulación durante el mayor espacio de tiempo posible, diremos a Smith todo lo que hemos averiguado, le obligaremos a que nos explique su versión de la historia, le diremos que puede contar con nuestra ayuda para defenderlo lo más posible, nos dará todo el dinero que le pidamos y nos esforzaremos en librarle de toda sospecha.

—¿Y eso no será algo parecido a la supresión de las pruebas judiciales? —preguntó ella.

—Sí.

—Ya sabes que para una agencia particular de detectives eso es una cosa muy seria. En cuanto averiguasen que nos habíamos

dedicado a eso, se apresurarían a retirarme la licencia.

—Si usted no supiera nada acerca del particular, nadie podría exigirle que fuese a contar cosas a la policía.

—Pero el caso es que ahora lo sé.

—Sí —repliqué—. Usted misma se ha servido un pedazo de pastel. Marian está a punto de llegar. Usted lo ha procurado. De modo que ya sabe ahora cómo está el juego.

Bertha Cool hizo retroceder su sillón y dijo:

—Perdóname, Donald. Ya comprendo que me será muy difícil salir de este enredo.

—No, no puede usted hacerlo —contesté—. Recuerde que me impidió recibir el aviso telefónico de Marian y que, además, la ha invitado a venir. Yo no hubiese hecho tal cosa. Le habría dicho, por ejemplo, que nos veríamos en la estación de ferrocarril o en lugar semejante y nos habríamos encontrado allí. Tenga en cuenta que, con toda probabilidad, la vigilan.

Bertha Cool empezó a repiquetear sobre la mesa con sus dedos cargados de sortijas.

—¡Vaya lío! —exclamó.

—Usted misma se ha metido en él.

—Lo siento mucho, Donald.

—No me extraña.

—Oye: ¿no podrías encargarte tú del asunto desde ahora en adelante…?

—Imposible —contesté—. Si usted no se hubiese metido, yo podría seguir adelante y hacer todo lo que fuese necesario. Si alguien me interrogara luego, podría haberme hecho el mudo y nadie habría podido probarme cosa alguna. Ahora es diferente. Usted lo sabe y todo lo que sepa usted puede ser averiguado.

—Puedes tener confianza en mí —dijo.

—Puedo, pero no quiero.

—¿No quieres?

—No.

Se endureció su mirada y añadí:

—Tampoco quiso usted confiar en mí pocos minutos antes.

Se oyó entonces una tímida llamada a la puerta y Bertha elevó la voz diciendo:

—Adelante.

No apareció nadie, y en vista de eso, fui a abrir la puerta exterior y pude ver a Marian Dunton, de pie en el umbral.

—Entre, Marian —dije—. Quiero presentarle a mi jefe. Señora Cool, la señorita Dunton.

—¿Cómo está usted? Donald me ha contado muchas cosas muy agradables con respecto a usted. Hágame el favor de sentarse.

—Muchas gracias, señora Cool —contestó Marian sonriendo—. Me alegro mucho de conocerla.

Luego vino a colocarse a mi lado y oprimió mi brazo rápida y disimuladamente, con dedos temblorosos, todavía por los acontecimientos.

—Siéntese, Marian —dije.

Ella obedeció y le pregunté:

—¿Quiere tomar una copa de algo?

—Ya lo hice —contestó, riéndose.

—¿Cuándo?

—Una vez que hubieron terminado conmigo.

—¿Fue muy desagradable?

—No demasiado —contestó, dirigiendo una significativa mirada a Bertha Cool.

—Ya lo sabe todo —observé—. Puede usted hablar claro y contárnoslo todo.

—¿Y está también enterada de…?

—¿De que fue a mi casa?

—Sí.

—Lo sabe todo. Adelante. Marian. ¿Qué sucedió?

—Salí bien de la prueba. Fui a la Jefatura de Policía y les dije que deseaba dar cuenta de mi hallazgo de un cadáver. Me enviaron a la sección de tráfico, tal vez figurándose de que era un accidente de automóvil. Tuve que explicar a dos o tres personas de qué se trataba. Enviaron un automóvil a hacer investigaciones y el coche, que llevaba radio, llamó a la Brigada de lo Criminal. Después, hubo mucha actividad y un fiscal de distrito, muy joven y agradable, me tomó declaración.

—¿La firmó usted? —me apresuré a preguntar.

—No. Una taquígrafa tomó nota, pero no hizo la traducción y no me dijeron que lo firmase.

—Eso va muy bien —dije.

—¿Por qué? No podría negar nada de lo que dije.

—No. Pero el detalle de que no le han hecho firmar la declaración indica que aceptan como buena su historia.

—En especial —dijo Marian— les interesaba mucho el hombre que salió de la habitación.

—Es natural —observé.

—Trataron de convencerme de que realmente lo vi salir por la puerta trescientos nueve y que no era posible que fuese otra cosa. El joven fiscal del distrito ha sido muy amable. Me explicó, que para considerar culpable a un hombre de asesinato, es preciso que el fiscal demuestre su culpa más allá de toda duda razonable. En fin, usted ya lo sabe, Donald. Hay mucho que hablar de que una cosa sea o no razonable. Tal vez aquel individuo salió de otra habitación, pero no lo parecía y, cuanto más pienso en ello, más segura estoy de que salió del trescientos nueve. En cambio, si yo manifestara la más pequeña duda, el abogado defensor del asesino podría utilizarla para burlar la justicia. En resumidas cuentas, Donald, todo ciudadano tiene responsabilidades y obligaciones que cumplir y un testigo ha de aceptar la responsabilidad de decir las cosas tal como las vio.

—Ya veo —observé sonriendo— que ese fiscal ha sido muy amable.

—No sea usted así, Donald. No podrá negarme que los hechos son tal como acabo de expresar.

Afirmé inclinando la cabeza.

—Ahora la policía va a hacer averiguaciones con respecto a Evaline Harris. Se enterarán de quiénes eran sus amigos y también se enterarán acerca de cada uno de ellos. Yo seré uno de ellos. Yo seré llamada para llevar a cabo algunas identificaciones y probablemente me mostrarán, ante todo, algunas fotografías.

—¿De modo que se figuran que el criminal fue algún amigo de la víctima? —pregunté, dirigiendo a Bertha Cool una mirada significativa.

—Sí. Creen que ha sido un crimen de celos y que el asesino fue el amante de la víctima. Tenga usted en cuenta que el cadáver yacía desnudo en la cama y que no había señales de lucha. Tal vez el criminal le puso la cuerda alrededor del cuello y la estranguló antes de que la pobre mujer se diera cuenta de lo que sucedía.

—¿Y usted qué deberá hacer mientras tanto? ¿Continuar aquí o regresar a Oakview?

—He de estar a disposición de la policía —contestó la joven—. Han hecho algunas averiguaciones con respecto a mí y telefonearon al *sheriff* de Oakview, que es antiguo amigo mío. Él les contestó que podían confiar absolutamente en mí.

—¿Y no obraron en ningún momento —pregunté— como si creyesen que usted había podido ser la autora del crimen?

—No. El hecho de ir a dar cuenta de lo ocurrido fue un indicio en mi favor. Además, me conduje tal como usted me había indicado.

—Magnífico —dije—. ¿Qué le parece la cena, Marian? ¿Ha comido usted?

—No. Tengo apetito para comerme un caballo.

Sonreí a Bertha Cool y le dije:

—Es una lástima que haya usted cenado ya, señora Cool. Voy a llevar a Marian a que lo haga. Necesito dinero para gastos.

Bertha Cool sonrió satisfecha y contestó:

—Desde luego, Donald. Llévala a cenar. Esta noche no tienes nada que hacer.

—Necesito dinero para gastos.

—Procura estar mañana a las nueve aquí, Donald, y si ocurre algo esta noche, ya te llamaré.

—Mu bien. ¿Y el dinero para gastos?

Bertha Cool abrió el cajón de la mesa y luego el bolso. Sacó de él una llave, abrió una cajita, contó cien dólares en billetes y me los entregó. Yo seguí con la mano tendida y repliqué:

—Más. Y ya le avisaré cuando haya bastante.

Ella se disponía a decir algo y, al fin, me dio cincuenta dólares más.

—Eso es todo lo que hay en el cajón —exclamó—. En la oficina no tengo más dinero.

Dejó caer la tapa de la cajita, la cerró y luego hizo lo mismo con el cajón.

—Vamos, Marian —dije.

Bertha Cool nos sonrió amable, y dijo:

—Vayan a divertirse. He cenado ya. El día ha sido muy pesado y lo que necesito ahora es ir a casa, ponerme en pijama y descansar

un poco. Sin duda empiezo a envejecer. En cuanto hay un día de trabajo me quedo derrengada.

—Tonterías —exclamó Marian—. Es usted joven, señora Cool.

—Me veo obligada a llevar conmigo toda esta grasa —replicó ella.

—No es grasa. Tiene aspecto musculoso —insistió Marian—. Lo que pasa es que tiene usted un esqueleto muy desarrollado.

—Gracias, niña.

—Vámonos, Marian —dije tomándole de la mano.

Bertha Cool cerró la mesa escritorio, metió la llave en su bolso, se puso en pie y dijo:

—No te molestes en llevarme a casa, Donald. Tomaré un taxi.

Atravesó la oficina con aquel paso peculiar que parecía no costarle ningún esfuerzo y que era tan suave como el movimiento de un yate en un mar tranquilo. Bertha no anadeaba al andar. Al parecer no le costaba ningún esfuerzo. Daba unos pasos cortos, sin apresurarse nunca, pero siempre avanzaba con la misma rapidez, cualquiera que fuese el tiempo, frío o caluroso o el terreno empinado o descendente.

En cuanto hubimos entrado en un restaurante, Marian dijo:

—Es una mujer muy notable, Donald. Parece competente y confiada en sí misma.

—Sí.

—Y parece enérgica.

—No lo sabe usted bien —contesté—. Pero ahora hablemos de usted. ¿Por qué se marchó de Oakview?

—Con objeto de ver a Evaline Harris.

—¿Se lo comunicó a su tío?

—No. Únicamente le dije que quería tomar una parte de mis vacaciones.

—Me dijo usted que se había ido a pescar.

—Sí, pero volvió.

—¿Cuándo?

—Vamos a ver —dijo frunciendo las cejas—: Fue… inmediatamente después de haberse marchado usted.

—¿Cuánto tiempo después?

—Un par de horas.

—¿Y usted emprendió el viaje inmediatamente después de su

regreso?

—Sí.

—Bueno. Y ahora dígame usted, por qué demonios se ha metido en esto.

—¿Qué quiere decir?

—Ya lo sabe. Dijo usted que si yo quería establecer entre nosotros una comunicación mutua de informes, no tendría inconveniente en trabajar conmigo y que si no hacía eso, usted iría por su propia cuenta.

—Ya sabe usted cuáles son mis sentimientos —contestó ella—. Quiero salir de ese periódico y también de Oakview. Sabía ya que es usted detective…

—¿Cómo lo averiguó?

—No soy ciega —replicó—. No había más remedio. Usted trabajaba para alguien, se esforzaba en adquirir informes y no andaba detrás de cobrar un crédito o una factura y menos después de haber pasado veintiún años del hecho.

—Bien. Prosiga…

—Me enteré, pues, de que era usted detective y comprendí que la señora Lintig debía de estar comprometida en algo muy gordo. Varias personas han demostrado mucho interés acerca de ella. Y me imaginé que le habían puesto a usted el ojo a la funerala precisamente por haber intentado averiguar algo con respecto a esa mujer. Comprendí que sería importante y que yo podría utilizar con ventaja mis conocimientos en Oakview con objeto de averiguar qué andaba buscando toda esa gente, así como también para quién trabajaban todos ustedes. Y entonces me proponía ir al encuentro de esta señora Bertha Cool para comunicarle los informes que ya poseyera y buscar el modo de que me diera algún trabajo.

—¿Qué clase de trabajo? —pregunté.

—Pues, por ejemplo, el de detective. Sé muy bien que hay mujeres que se dedican a eso.

—¿De modo que usted pensaba dirigirse a Bertha Cool para solicitar ese trabajo?

—Sí, señor. Claro está que no conocía a Bertha Cool, ni tampoco quién era esa señora. Supuse que estaría al frente de una agencia importante.

—¿Y qué sabe usted del trabajo de detective?

—En Oakview he tenido que hacer de reportero y aunque se trate de un periódico de escasísima importancia, es preciso tener cierto olfato para las noticias, si no se quiere fracasar. Soy ambiciosa y nadie podría impedirme que lo pruebe siquiera.

—No se acuerde más de eso —contesté—. Regrese a Oakview y cásese con Carlos. Y ahora que recuerdo, ¿cómo está?

—Muy bien —contestó, evitando mis ojos.

—¿Y qué opina él acerca de la intención de usted de salir de Oakview para venir a la ciudad y emplearse en una agencia de detectives?

—No sabe una palabra de eso.

Seguí observándola, y ella, al notar, mi mirada, siguió con los ojos fijos en el mantel.

—Espero —dije— que me cuente usted la verdad.

—¡Oh sí! —contestó ella, dirigiéndome una rápida mirada.

Un camarero vino a preguntarnos qué deseábamos y luego nos sirvió la cena. Marian no pronunció una palabra hasta después de terminar la sopa.

Luego alejó el plato y dijo:

—Oiga, Donald, ¿cree usted que ella podría darme trabajo?

—Ya tiene secretaria —contesté.

—Quiero decir como detective.

—No sea tonta, Marian. Usted no puede ser detective.

—¿Por qué no?

—No conoce usted bastante el mundo. Tiene ideales. Usted… Es una tontería pensarlo siquiera. Bertha Cool acepta todos los casos y especialmente los de divorcio.

—Conozco ya las realidades de la vida —exclamó Marian, indignada.

—Nada de eso —repliqué—. Se lo figura. Y además, luego sería desgraciada. Le confiarían trabajos de seguir a alguna persona, se vería obligada a mirar por los agujeros de las cerraduras, a chapotear por los lodazales de la vida… y de todo eso no sabe usted una palabra.

—Habla usted como un poeta, Donald —dijo inclinando la cabeza para mirarme—. En usted hay algo poético. Tiene una boca bien dibujada y unos ojos negros y grandes.

Di un gruñido por toda respuesta y el camarero nos sirvió la

ensalada. Yo seguí mirando a mi compañera, que evitaba mis ojos. Esperé a que hablase y ella guardaba silencio. De pronto levantó la cabeza y dijo:

—Oiga, Donald. ¿Conoce usted a ese hombre que salía de la habitación de Evaline Harris?

Al mismo tiempo me dirigió una mirada escrutadora.

—Éste es el resultado de haberme dejado engañar por la policía.

—¿Qué quiere usted decir?

—Cuando me habló por primera vez de eso —repliqué—, no me dijo que aquel individuo saliera de la habitación de Evaline, sino que avanzaba por el corredor.

—Bueno, salió de un cuarto.

—Pero usted no sabía entonces que fuese el de Evaline Harris.

—No podía ser otro.

—¿Lo cree usted así?

—Sin duda.

—¿Y sabía usted que aquél era su cuarto?

—Desde luego, exactamente, no. Pero no había otro remedio, Donald.

—Bueno —dije—; mañana, cuando ya se haya calmado un tanto la excitación producida por este asunto, usted y yo iremos a esa casa. Saldrá usted del ascensor y yo me situaré ante la puerta del cuarto trescientos nueve, y echaré a andar en el momento en que usted salga del ascensor. Y luego repetiremos la prueba con las otras dos puertas.

—Sí —dijo, mirándome de reojo—; tal vez podría resultar algo. Y es posible que al señor Ellis le guste que yo haga eso.

—¿Quién es Ellis?

—Larchmont Ellis, el ayudante del fiscal del distrito.

—No. No tendrá ningún interés en que haga usted eso, hasta que haya hablado dos veces más con usted. Entonces tendrá ya la seguridad completa de que aquel hombre salía del trescientos nueve. Entonces el fiscal se lo hará demostrar, para acabar de convencerla por completo.

—No hará nada de eso —contestó la joven— porque se propone obrar con la mayor corrección. Es un joven muy agradable.

—Sí, ya lo sé.

El camarero nos trajo el plato de carne, y en cuanto se hubo

alejado, ella dijo:

—Oiga, Donald. Necesito una habitación para esta noche.

—¿Le indicó el fiscal dónde debía alojarse?

—No. Únicamente me encargó que me presentara mañana a las diez.

—Oiga —le dije—: Deseo estar en contacto con usted. No quiero, por otra parte, que se vea obligada a buscarme de un lado a otro y tampoco quiero ir al hotel en que usted se aloje. Vámonos ahora a la casa en donde tengo alquilada una habitación y diré a la patrona que es usted parienta mía a fin de que le alquile un dormitorio. Creo que tiene uno desocupado. De este modo la veré con frecuencia, sin necesidad de despertar sospechas de nadie.

—Eso me parece muy bien, Donald.

—Tenga en cuenta que no la llevo a un hotel —añadí—, sino simplemente a una casa en que alquilan habitaciones y…

—Ya lo sé —contestó.

—Iremos después de cenar. Tengo algo que hacer, pero antes quiero dejarla ya instalada.

—Creí que no tendría usted ninguna ocupación para esta noche. La señora Cool dijo…

—A ella no le importa la hora en que trabajo, ni tampoco las que dedico al sueño. Lo único que desea es que le ofrezca resultados. Si el obtenerlos me cuesta veintitrés horas cada día, no le importa nada lo que pueda hacer con la hora restante.

Se echó a reír, pero interrumpiéndose en seco, me miró.

—Donald —dijo—. ¿Trabaja usted para el individuo que salió de aquella habitación?

—Usted no sabe de dónde salió, Marian —repetí con la mayor paciencia.

—Oiga, Donald. No deseo hacer cosa alguna que pueda molestar o perjudicar a usted. ¿No le parece que sería muy buena idea que pusiera las cartas sobre la mesa para que yo las viese?

—No.

—¿Y por qué no?

—Porque sabría demasiado.

—¿No le inspiro confianza?

—No es eso. Tiene ya bastantes preocupaciones. Si me ayudara usted sin saberlo, nadie podría oponerse. Pero si me ayudase a

sabiendas y resultara que yo me encuentro en una situación peligrosa, usted se vería en igual caso.

—¡Oh! —exclamó—. Entonces es que trabaja usted para él.

—No hable más y coma —exclamé—. Tengo que hacer.

Apresuré cuanto pude la terminación de la cena y la llevé a mi casa. La señora Eldridge escuchó mis explicaciones cuando le dije que la joven era mi prima y que había llegado inesperadamente. Añadí que quizá pasaría uno o dos días en la casa, pero que, de momento, no podría precisarlo.

La señora Eldridge dio a Marian una habitación de la parte delantera de la casa en el mismo piso donde estaba la mía. Luego me dirigió una mirada venenosa observó:

—Cuando vaya usted a visitar a su primar, deje la puerta abierta.

—Así lo haré —dije.

Y tomé el recibo que me dio. En cuanto se hubo marchado, Marian dijo:

—Así, pues, tendremos la puerta abierta.

—Desde luego.

—¿Muy abierta?

—Dos o tres pulgadas. Y ahora me marcho.

—Me gustaría mucho que no me dejara, Donald. ¿No podría usted quedarse un rato conmigo… y hacerme una visita?

—No. A lo mejor a Carlos no le gusta.

Ella hizo una mueca y replicó:

—Me gustaría que no se burlase más de mí.

—¿Y cuál es su nombre verdadero? —pregunté.

—Ese nombre no existe. Usted lo ha creado —contestó—. Y si no le gusta Carlos, ¿por qué no imagina otro nombre?

—Porque Carlos me va muy bien para el caso.

—Bueno, pues sígalo llamando así.

—Ahora tengo que hacer —repetí—. De modo que voy a marcharme.

—Me gustaría, Donald —dijo la joven—, no acordarme más de aquello. Tenía una figura muy bonita y aquella cuerda alrededor del cuello… Su rostro estaba hinchado, ennegrecido y…

—Cállese y no piense más en eso —dije—. Acuéstese y procure dormir. El cuarto de baño se halla en el extremo del corredor.

—¿A qué hora volverá usted, Donald?

—No lo sé. Muy tarde tal vez.

—Y si le aguardo despierta, ¿entrará a verme antes de acostarse?

—No. Porque no quiero que me aguarde y, además, quizá volveré muy tarde. Acuéstese y duerma.

—¿Nos veremos por la mañana?

—No puedo prometérselo, porque no sé lo que haré.

Ella apoyó las puntas de los dedos en mi antebrazo.

—Gracias por la cena y… por todo, Donald.

Le di unas palmaditas en el hombro y le dije:

—No se desaliente, porque todo se arreglará. Buenas noches.

Se dirigió a la puerta y, mientras yo bajaba la escalera, no separó la mirada de mí.

La señora Eldridge me esperaba en el vestíbulo de la planta baja.

—Su prima —me dijo— parece una joven muy agradable.

—Así es.

—Como se comprende, deseo algunos detalles acerca de las personas que se alojan en mi casa y más cuando son muchachas jóvenes.

—Mi prima —contesté— es novia de un marino. Y cree que mañana llegará el barco.

—Pues si viene a visitarla —replicó— dígale a ella que no cierre la puerta. ¿Quiere que se lo diga yo?

—No hay cuidado de que venga a visitarla —contesté—. Su madre vive aquí, de modo que será ella quien irá a visitarlo a casa de su madre. Ella misma tenía la intención de alojarse allí, pero no pudo porque habían llegado unos forasteros.

—¡Ah! Ya comprendo —contestó la señora Eldridge.

—¿Algo más? —pregunté.

—En vista de eso, nada más.

Subí al coche de la agencia y lo llené de combustible, de aceite y de agua, porque casi no tenía ninguna de las tres cosas.

capítulo seis

ME encaminé a La Cueva Azul. Recientemente habían cerrado algunos establecimientos por el estilo y La Cueva Azul servía para recoger a todos los clientes del barrio aficionados a semejantes locales. En realidad, aquel lugar no era muy malo. Encontré una mesa en un rincón y pedí algo de beber. Una artista estaba dando en el escenario una versión expurgada de la belleza químicamente desnuda, de modo que, al empezar, llevaba más ropa que muchas de sus compañeras, pero el modo de quitarse la ropa entusiasmaba al público. Todos observaban una actitud de chicos traviesos que se encierran para hacer diabluras. Cuando los aplausos empezaron a ser nutridos, la artista dirigió una mirada interrogadora al director y puso la mano en la poca ropa que aún llevaba, como preguntándole si podía quitársela también. Él acudió meneando la cabeza, agarró la mano de la artista y la sacó de la escena. Luego, recobrando al parecer su presencia de ánimo, se volvió para hacer dos o tres reverencias al público y llevó a la artista al tocador cogida de la mano.

Poco después, la artista volvía a estar en circulación entre el público y cuatro hombres muy escandalosos, sentados a una mesa, se esforzaban pacientemente en meterle en el cuerpo tal cantidad de licor, que en su próximo número ya no se acordaría, con toda seguridad, de mirar al director para que le diese aquel permiso final.

Pasó una mujer por el lado de mi mesa me dio las buenas noches. Tendría cerca de cincuenta años. Su cabello y los ojos eran muy negros y los últimos de tan avarienta expresión, que casi me recordaron las fichas de celuloide que aparecen en las máquinas registradoras, cuando se anota una venta en ellas.

—Está usted solo —me dijo.

—Sí.

—Ya veré lo que puedo hacer —dijo, sonriendo.

Dobló un dedo y meneó la cabeza en mi dirección. Inmediatamente una trigueña con la cara muy pintada fue a sentarse en la silla inmediata y exclamó:

—Hola. ¿Cómo estás esta noche?

—Muy bien —dije—. ¿Quieres una copa?

Ella afirmó y el mozo apareció con tal rapidez, que casi llegué a sospechar que estaba oculto debajo de la mesa.

—Un *whisky* —dijo la trigueña.

—Otro para mí —ordené.

El mozo se alejó. Mi compañera apoyó los codos en el mantel, entrelazó los dedos debajo de la barbilla, me dirigió una mirada de sus ojos grandes negros y dijo:

—Me llamo Carmen.

—Yo Donald.

—¿Vives aquí?

—Estoy de viaje. Vengo aquí cada tres o cuatro meses.

El mozo trajo su vasito de *whisky* lleno de té frío y a mí me sirvió un vaso con hielo y *whisky*. Al mismo tiempo, me entregó una nota por un dólar veinticinco centavos. Saqué el fajo de Bertha Cool para tomar un dólar y medio, le entregué los dos billetes y dije a Carmen:

—¡A tu salud!

—Lo mismo digo —exclamó.

Se echó al coleto el vaso de té frío y presurosa tomó el vaso de agua, como si lo que acababa de tragar fuese fortísimo. Después de tomar dos sorbos de agua, exclamó:

—Lo cierto es que no debiera beber. Además, cuando me mareo empiezo a hacer cosas raras.

—¿Muy raras? —pregunté.

—¡Oh, sí, mucho! Tú no habías venido aún aquí, ¿verdad?

—Una vez, en mi último viaje. Y me divertí mucho.

Ella arqueó las cejas, en señal de interrogación.

—Encontré a una muchacha llamada Evaline —dije—. Supongo que ya no estará aquí.

Ella, con voz que carecía de expresión y con mirada distraída, me preguntó:

—¿Conocías a Evaline?

Se acercó más a mí y en voz baja añadió:

—Bueno, muchacho, no te acuerdes más de ella.

—¿Por qué? —pregunté.

Ella me indicó de un modo vago la parte posterior de la sala.

—Andan por ahí dos policías de paisano, que se dedican a interrogar a todos los individuos que conocían a Evaline.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Pues que alguien la mató esta tarde.

—¿Esta tarde? —repetí, irguiéndome sobre mi silla.

—Sí. Procura no impresionarte, Donald, y haz de modo que nadie pueda darse cuenta de lo que hablamos. Te doy un consejo de amiga y nada más.

Reflexioné unos momentos, sacando luego disimuladamente de mi bolsillo un billete de cinco dólares, dije:

—Gracias, niña. Tiende la mano por debajo del mantel. Quiero decirte una cosa.

Sentí sus dedos en contacto con los míos y tomó el billete. Y puso el torso casi en contacto con la mesa, mientras se ocultaba el billete en la media.

—Y muchas gracias. Tengo a mi esposa en San Francisco y me molestaría mucho que me interrogasen.

—Ya me lo figuré —me contestó ella—. Evaline era una buena muchacha. Es vergonzoso lo que ha pasado. Tal vez la pobre daba celos a alguien.

—¿Y cómo ocurrió eso?

—Pues que alguno penetró en su cuarto, le puso una cuerda alrededor del cuello y apretó.

—Ése no es modo de tratar a una señorita —dije.

—¿A mí me lo cuentas? —contestó, conmovida—. Cuando pienso en lo que son los hombres, lo que exigen a una muchacha y lo que hacen con ella… —Se encogió de hombros y sonrió—. Eso no se hace. Hay que estar sonriente, porque de lo contrario, no hay parroquianos.

—Tienes razón. Cuando se quiere hacer negocio, es preciso poner buena cara.

—Lo mismo nos pasa a nosotras. Siempre es preciso sonreír. A los muchachos les gustan las mujeres que pasan por la vida sin

sentir la menor preocupación. Y si alguien que trabaja en este *cabaret* para mantener a una niña que está en casa, con la tosferina y tiene mucha fiebre, y que una está preocupada, no encuentra a nadie que le dé un centavo.

—¿Tienes una niña? —pregunté.

Por un momento se humedecieron sus ojos, contuvo las lágrimas y contestó:

—Mira, no me hables de eso, porque se me estropeará el maquillaje. ¿Otra copa? Pero no, dispensa. Me has dado ya bastante dinero y puedo darte conversación.

—El camarero mira hacia acá.

—Que mire. Por cada copa tenemos veinte minutos de conversación y algo más, si es necesario.

—¿Os dan comisión?

—¡Claro!

—¿Y qué bebéis?

—*Whisky* —contestó con aire de reto.

—¿Estás encargada de un número?

—Sí; canto una canción y doy unos pasos de baile.

—¿Y quién es esa mujer cincuentona?

—Dora, la encargada. Cuando estuviste aquí, la otra vez, había otra encargada llamada Flo. —Y en vista de que yo asentía, continuó—: Dora es una buena mujer, pero no se distrae. Parece que tiene ojos en el cogote. Sabe todo lo que pasa.

—¿Y que fue de Flo? —pregunté.

—Lo ignoro. Se marchó. No sabemos lo que pudo pasar. Tal vez se peleó con el amo. Dora lleva una semana aquí, pero creo que estará algún tiempo. Pero mira, tú no has venido aquí para hablar de mí misma, de mis apuros o del negocio. ¿Quieres que bailemos?

Asentí. El pequeño espacio destinado a los bailarines estaba lleno, de modo que las parejas chocaban entre sí al bailar. Carmen se apretó contra mí, desorbitó casi los ojos, levantó la cabeza, sonrió y durante todo el baile no cambió de expresión. Bailaba muy bien, de un modo íntimo, aunque sin dejar de pensar en el crío que tenía en casa, con la tosferina.

Nada dije, para no alterar el curso de sus ideas.

Cesó la música y volvimos a nuestra mesa. Advertí a Carmen que el mozo miraba y le ordené pedir otra copa.

Ella me dio las gracias y entonces hice una señal al camarero, que se acercó presuroso.

—Llene usted los vasos —dije. Y en cuanto se los hubo llevado, pregunté a Carmen—: ¿Conocías bien a Evaline?

Ella meneó la cabeza.

—Me había dicho que tenía algunos parientes en el norte del Estado. No puedo recordar el nombre de la población —dije.

—No tenía ningún pariente en el Estado —contestó Carmen—. Los tenía en el Este.

—¿Se había casado?

—Creo que no.

—¿Y le marchaban bien las cosas?

—No lo sé —exclamó, mirándome recelosa—. Casi pareces un policía. ¿Cómo demonios puedo saber estas cosas? Tengo mis propias preocupaciones.

—Acuérdate de que, según te dije, esa muchacha me gustó mucho.

—Mal hiciste en encapricharte. Eres demasiado decente para una mujer como nosotras. Claro está que valemos tanto como cualquiera, pero hemos de tratar a los hombres sin otra idea que sacarles lo más posible. Y en cambio, tú estás casado, burlas a tu mujer y estoy segura de que no lo merece. Por más que la gente es muy rara. Tienes un hogar y te pasas la vida fuera de él, para venir a donde hay música, bebida y jaleo. Yo he de trabajar aquí y daría mi brazo derecho a cambio de tener un hogar, un marido y mucho trabajo en la casa.

—¿Y por qué no te casaste? Seguramente no te sería difícil.

—Sí, puedo casarme con una niña de cinco años —exclamó, riendo, amargada—. Estás loco, amigo.

—¿Una niña de cinco años? —exclamé sorprendido.

—Como lo oyes. Aquí tienes, por ejemplo, a Evaline. Era una criatura lozana y encantadora. Yo, desde luego, cuando me arreglo y… pero ¡demonio! ¿Por qué hablamos de eso? Mira, si estás triste, emborráchate. Luego empieza a contarme historias, pero si seguimos hablando como hasta ahora, me echaré a llorar.

El camarero nos trajo los vasos llenos.

—¿Han hablado contigo los policías? —pregunté a Carmen.

—¡Ya lo creo! Me han vuelto del revés, como una media. Pero

no pude decirles nada. Ten en cuenta que aquí trabajamos a comisión. Durante una noche, quizá me sentaré a una docena de mesas. Si tengo suerte, alguien me pagará algunas copas y si se emborracha es posible que, después de entregar un billete de cinco dólares al mozo, me regale el cambio, pero eso pasa pocas veces. Aquí hay diez muchachas y todas trabajamos igual. Evaline formaba parte del personal de la casa. ¿Qué puedo saber yo de los hombres que trataba? Tengo mis propias preocupaciones. Y ahora, si me lo permites, Donald, he de preguntar algo por teléfono.

Regresó poco después y dijo:

—Bueno, la niña duerme tranquila y parece que la tosferina no la molesta.

—Se pondrá bien —contesté—. A lo mejor los niños tienen una fiebre intensa y luego no es nada.

—Ya lo sé; pero cuando se trata de un hijo, la cosa es diferente —contestó.

—¿Tienes algún plan venidero, Carmen?

—Únicamente los forjé para mi hija. A mí no me importa nada.

—Una pregunta más acerca de Evaline —añadí—. ¿Quién era un individuo alto, corpulento como un buey, de un metro ochenta, cabello gris y ojos grises que, al parecer, estaba loco por ella? Tenía una verruga en una mejilla. Ella me avisó que si alguna vez veía aquí a ese hombre, no me acercase a ella, sino que convenía tomar a otra muchacha cualquiera y…

Ella me dirigió la mirada de un pajarillo fascinado por una serpiente. Se retiró un tanto de la mesa, y asombradísima exclamó:

—Oye, ¿también sabes eso? Estás demasiado enterado.

—No, mujer… Te aseguro…

—Parece mentira que no me haya dado cuenta antes —exclamó —. Hasta ahora siempre me había creído ser capaz de reconocer…

—Me parece que me tomas por otro, Carmen.

Siguió mirándome, como si fuese un pez raro en un acuario.

—Me parece que no lo eres. Y en tal caso… Dispensa un momento vuelvo en seguida.

Se puso en pie para dirigirse a la habitación de las mujeres, y vi cómo hacía una rápida señal a la encargada, que la siguió. Poco después salió para ir a hablar con el director, y éste, como por casualidad, pasó por delante de mi mesa. Observó los dos vasos

vacíos y me preguntó:

—¿Ha sido usted bien atendido?

—Sí —contesté.

—¿Ha venido una de las artistas? —preguntó.

—Sí, señor.

—¿Y le ha dejado?

—Ha ido a ponerse polvos.

—¿Hace mucho rato?

—No.

—Ya comprenderá usted que hemos de vigilar a esas muchachas, porque… Me figuraba que había usted pasado un largo rato solo.

Yo no contesté y él añadió:

—Me he permitido preguntarle todo eso en su obsequio. Hágame el favor de ver si lleva el reloj y la cartera.

—Desde luego —contesté—. No les ha pasado nada.

—Me gustaría que se cerciorase de ello.

—Estoy seguro.

—No puedo recordarlo a usted —añadió, después de examinarme—. ¿Es usted un cliente habitual?

—He estado otra vez aquí.

—¿Cuándo?

—¡Oh! Hace ya dos o tres meses.

—¿Y se sentó a su mesa alguna de las muchachas?

—Sí.

—¿No recuerda cómo se llamaba?

—No.

—Esta noche lo ha acompañado Carmen, ¿verdad?

—Sí.

Tomó una silla, se sentó y dijo:

—Es una gran muchacha. Me llamo Winthrop.

Y me extendió la mano, que yo estreché.

—Me llamo Donald —contesté.

—Me alegro mucho de conocerlo, Donald. Mi primer nombre es Bartsmouth. Mis amigos me llaman Bart. ¿Quiere usted que tomemos una copa a cuenta de la casa?

—¡Magnífico! —repliqué.

Hizo una seña al camarero y le ordenó:

—Llene usted el vaso de este caballero. Yo tomaré *whisky*. ¿Le

han tratado a usted bien, Donald?

—Sí.

—Me esfuerzo en que este establecimiento se halle dentro de la ley, pero a los clientes les gusta el movimiento y la broma, y he de procurar proporcionárselos. Desde luego, he de fiar de un modo absoluto en la buena voluntad de los clientes y luego en la propaganda que se hacen de uno a otro.

—Comprendo.

—¿Y cuánto tiempo dice usted que ha pasado desde entonces?

—Dos o tres meses.

—Me gusta mucho que los clientes vuelvan con mayor frecuencia.

—Es que yo soy viajante —contesté.

—¡Ah! Comprendo. ¿Y a qué género se dedica?

—Arcas de caudales —contesté.

Después de un momento de reflexión dio un puñetazo en la mesa.

—¡Vaya una coincidencia! —exclamó—. El arca de mi oficina es de un modelo anticuado y a veces llegamos a reunir cantidades considerables. Me proponía comprar un arca nueva. Y no sabe usted cuánto me gusta poder hacer negocios con un cliente. Tengo el despacho en el segundo piso. La escalera está detrás de esa puerta, al lado de la caja registradora. ¿Quiere usted subir para dar un vistazo al arca?

—¡Hombre, no quisiera dejar plantada a Carmen!

—Yo le mandaré aviso.

—No, prefiero arreglar el asunto a mi manera. ¿Que le parece si voy allá dentro de diez minutos? Deseo conocer el número del teléfono de Carmen.

—Yo se lo daré —contestó— y procuraré que esté aquí cuando usted llame.

—Gracias, pero prefiero hacerlo a mi manera.

El camarero nos sirvió y dije:

—A su salud.

Levanté el brazo, pero no hice más que tomar un pequeño sorbo. Él permaneció pensativo, me ofreció la mano otra vez y dijo:

—Bueno, nos veremos dentro de diez minutos. Suba usted por la escalera. La primera puerta a la derecha, y entre sin cumplidos.

—Gracias, así lo haré.

Tenía los dedos delgados, duros y fuertes. Su sonrisa era afable. Y añadió:

—Si tiene usted alguna diferencia con Carmen, avíseme.

—Gracias, pero confío en que no será necesario.

—Lo mismo creo. Bien, Donald, hasta luego.

Echó a andar, pero cuando había dado tres pasos se volvió para decirme:

—Necesitaré una buena arca. Supongo que por dos mil dólares podrá usted proporcionármela.

»Muy bien. Suba y podrá valorar mi arca, porque, naturalmente, deseo venderla. Desde luego, no me darán mucho y, además, seré también razonable.

—Perfectamente.

Cuando se alejaba dijo algo a la encargada. Luego se dirigió al arca registradora, abrió la puerta inmediata y desapareció.

Yo me puse en pie y me dirigí a la cocina. Un camarero me dijo:

—El lavabo para los caballeros está a la izquierda.

Di las gracias, pero penetré en la cocina. Un cocinero negro levantó la cabeza y le dije:

—Oye, muchacho, acaba de entrar mi mujer por la puerta principal. ¿Cómo salgo?

—¿No se marcha usted sin pagar? —preguntó.

—Estos veinte dólares te aseguran que no.

—Por aquí —dijo, guardándose el billete.

Lo seguí por un corredor estrecho y maloliente, pasé por delante de una hedionda letrina, en cuya puerta había un letrero que decía: «Sólo para los empleados», y salí a una callejuela llena de cubos de basura.

—Mira —le dije—: será conveniente que no te acuerdes más de esto.

—¿Se figura que soy tonto? —replicó.

Salí a la calle principal, en dirección al lugar en donde dejara el coche.

capítulo siete

ERAN más de las doce de la noche cuando llegué a Santa Carlota. Hacía frío y me detuve ante un restaurante, abierto toda la noche, para tomar una taza de chocolate caliente. Y mediante el teléfono del establecimiento llamé a la residencia del doctor Alfmont.

El teléfono llamó media docena de veces antes de que una soñolienta voz femenina me contestase. Pregunté si vivía allí el doctor Alfmont y, en cuanto hube recibido respuesta afirmativa, expresé mi deseo de hablar con él acerca de un asunto de la mayor importancia. Mi interlocutora me aconsejó que llamara al consultorio, porque había ido allí poco antes para tratar de un caso urgente.

Para evitar la posibilidad de que ya hubiese podido salir del consultorio, avisé a mi desconocida interlocutora que si no lo encontraba allí volvería a llamar un cuarto de hora después.

Me dirigí a toda prisa al consultorio del doctor. Vi que estaban iluminadas las ventanas. El ascensor funcionaba entonces automáticamente.

Oprimí el botón correspondiente al piso del doctor me dirigí a la puerta, cuyos cristales dejaban pasar la luz hasta el corredor.

Quise hacer girar le pomo, pero como no lo consiguiera, llamé.

Oí cómo se abría y cerraba una puerta en el interior, unos pasos luego y, a los pocos instantes, el doctor Alfmont abrió la puerta. En su rostro se pintaron la sorpresa, la consternación y aun el miedo. La puerta interior del consultorio estaba muy bien cerrada.

—Lamento molestarle a usted, doctor, pero ha surgido algo muy importante que me obliga a venir.

—Bueno, podemos hablar aquí mismo —contestó.

Pero yo me acerqué a él, y en voz baja le pregunté:

—¿Sabe usted lo que ha ocurrido esta tarde?

Él titubeó un momento, y volviéndose luego dijo:

—Bueno, entre.

Miré hacia el alumbrado interior de su laboratorio y él me indicó que entrase en su despacho particular.

Abrí la puerta y vi sentada a Bertha Cool al lado de la ventana. Me miró sorprendida en tanto que el doctor entraba a su vez y cerraba la puerta.

—¡Caramba, Donald! ¿De dónde sales?

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí? —pregunté.

—Cosa de una hora.

—¡Eso es terrible! —exclamó el doctor Alfmont, sentándose a su mesa escritorio—. ¡Espantoso!

—¿Qué le ha dicho usted? —pregunté a Bertha.

—Le he dado cuenta de la situación.

—Bueno, un momento —dije.

Di vuelta a la estancia y no solamente miré a todos los rincones, sino que aún levanté los cuadros, y el doctor, asombrado, me preguntó qué buscaba. Yo me llevé un dedo a los labios y le mostré la pared. Bertha Cool adivinó lo que me proponía y exclamó:

—¡Por Dios, Donald!

No contesté hasta después de terminar el registro de la oficina, y dije:

—No veo nada, lo cual no indica necesariamente que no haya nada. Debe usted tener mucho cuidado y en especial del teléfono.

El doctor Alfmont parecía muy asustado.

—¿Ha terminado usted su asunto? —pregunté a Bertha Cool.

—Sí —dijo ella, sonriente—; lo he terminado muy a mi gusto.

—¿Y no tiene usted nada más que decir?

—No —contestó.

—Bueno, vámonos —le dije.

—No comprendo —observó el doctor.

—Volveré dentro de diez minutos, doctor —le dije—. ¿Querrá usted aguardarme?

—Sí, sí, desde luego.

Hice una seña a Bertha, que me miró de un modo raro, se puso en pie y dio la mano al doctor Alfmont.

—No se apure —dijo—. Todo irá bien.

—Quisiera enterarme de lo que pasa.

—No se apure. Está usted en nuestras manos y cuidaremos de su seguridad.

—Espere quince minutos —le dije.

Luego me alejé por el corredor, en unión de Bertha. Una vez en el ascensor, le pregunté:

—¿Cómo ha venido usted aquí?

—Alquilé un taxi.

—Ya hablaremos en el coche de la agencia. Está abajo.

Atravesamos la acera y Bertha Cool hizo inclinar el coche sobre sus ruidosos muelles al apoyar el pie en el estribo. Una vez que se hubo acomodado, puse en marcha el motor, recorrimos un par de manzanas y me detuve ante un restaurante nocturno, donde no llamaríamos la atención.

—¿Qué le ha dicho usted? —pregunté.

—Lo bastante para que se dé cuenta de que somos dueños de la situación.

—¿Dónde ha dejado usted el taxi?

—Hacia la mitad de la manzana próxima. Allí aguarda el conductor. Le dije que no se parase delante del consultorio. Y ahora, ¿quieres hablar, Donald? —exclamó.

—No hay nada que decir —repliqué—. Además, ya se ha descubierto todo.

—¿Qué quieres decir?

—Pues iba a comunicar al doctor que un testigo vio salir a un individuo de aquella habitación. Pero no me proponía indicar que estuviésemos enterados de la identidad de aquel sujeto. Su propia conciencia ya se lo diría.

—Pues si él lo sabe, ¿por qué no le indicamos que, a nuestra vez, lo sabemos muy bien?

—Hay una diferencia legal —contesté—. Si le ayudamos sin la menor idea de que él puede ser aquel individuo, obraremos como detectives. Como es natural, él no tendrá ningún deseo de decírnoslo. Supongo que usted está enterada de todo.

—Sí —contestó—. Él fue a verla. Quería averiguar quién mandó a esa muchacha a Oakview, qué había logrado descubrir y, quizá, se proponía hacer un trato con ella.

—¿Y estaba ya muerta cuando la encontró?

—Así lo asegura.

—Bueno —dije a Bertha—; ahí está su coche. Vale más que emprenda cuanto antes su regreso. A las siete y media de la mañana tengo una cita para desayunar, pero me parece que no podré acudir a ella. Esa muchacha está en la misma casa adonde yo voy a dormir y ocupa la habitación treinta y dos. Llévela usted a desayunar y no la deje. Luego aconséjele que se marche de aquella casa. Alquile usted un piso donde mejor le parezca. El fiscal del distrito querrá saber dónde vive Marian. En vista de cómo están las cosas, es mucho mejor que esa muchacha viva lejos de mí.

Por un momento, Bertha, pensó, complacida, en su propia suficiencia, pero luego, casi asustada, exclamó:

—Es preciso, Donald, que me acompañes en el viaje de regreso. No tienes más remedio. No sería capaz de dominar a esa muchacha. Está loca por ti. Hará cualquier cosa que le pidas, y yo, en cambio, no lo conseguiré. Te aseguro, Donald, que no tenía la menor sospecha de que algún día acabase de tal modo.

—¿Se da usted cuenta de la situación?

—¡Oh, sí!

—Tengo que hacer aquí.

—¿Qué?

—Sería inútil explicárselo, porque cuanto más sepa más hablará y más nos comprometerá a los dos. Yo habría progresado mucho en el asunto si, desde el primer momento, hubiese podido evitar su intromisión. Ya lo intenté, pero usted insistió en enterarse de todo.

—Es hombre rico, Donald —exclamó ella, excusándose—. Acaba de darme un cheque por tres mil dólares.

—Me importa un pito que se lo haya dado de diez mil. Está usted en un apuro —dije—. Si en el consultorio del doctor hubiese habido un magnetófono registrador, usted podría darse por perdida. Su conversación con él se repetiría ante el tribunal y en el acto le retirarían la licencia. Luego la meterían en la cárcel y no creo que mi compañía le sirviera de consuelo.

—Donald —dijo—: Acompáñame al regreso. Esta noche no podrás hacer nada aquí. Deja en paz el coche de la agencia. Podrás hacer el viaje conmigo. He tomado un taxi cerrado, caliente y muy cómodo. Y por la mañana podrás llevar a Marian a desayunar y buscarle luego alguna habitación cómoda y agradable.

—Nada de eso —contesté—. Búsquele usted una habitación y,

además, tome un cuarto de un hotel. Así podrá ir a este último una vez al día para recibir el correo y los recados. Y pasará el resto del día en su cuarto.

—¿Por qué? —preguntó Bertha.

—No conviene que sea demasiado fácil encontrarla. Imagínese usted cómo están las cosas. En esta población han organizado el vicio y el soborno. Es imposible que Alfmont tolere estas cosas. Además, desea que le nombren alcalde. Si lo eligen, empezará por hacer una buena limpieza de la población, cosa que disgustará a muchas personas. Algunas de ellas pertenecen a la policía y en cuanto se enterasen de lo que ocurre podrían utilizarlo de dos maneras: o bien impidiendo que lo elijan, anulándolo por completo, o tal vez prefieran que le nombren alcalde y luego amenazarlo constantemente con sus revelaciones. Esa gente lleva ya trabajando un par de meses. De repente, Alfmont se ve metido en un asesinato. No puede dar cuenta a la policía, porque los periódicos empezarían a preguntarse por qué había ido a ver a esa muchacha que, al fin y al cabo, no era más que una artista de *cabaret*. Además, con toda seguridad, Alfmont está persuadido de que acabarían por descubrir el viaje de esa muchacha a Oakview. Le consta igualmente que la policía de la localidad se esforzaría en atribuirle el crimen, en cuyo caso no tendría más remedio que explicarlo todo con la mayor claridad. Tuvo la mala suerte de que al salir le viese Marian. Ahora nuestro cometido consiste en evitar que la Brigada de lo Criminal sospeche que el asesinato tiene alguna relación con Santa Carlota y también procurar que Marian Dunton no vea al doctor Alfmont.

—Eso no será difícil —observó Bertha.

—¿Se acuerda usted del individuo que me dio una paliza y me sacó de Oakview?

—¿Qué hay acerca de él?

—Se llama John Herbert. Era el amigo particular de Evaline Harris. Sostiene relaciones con el individuo que dirige La Cueva Azul. Además, es el jefe de la Brigada del Vicio, en Santa Carlota. Lo demás puede usted imaginárselo.

Mientras reflexionaba acerca de ello abrí la portezuela del coche de la agencia y dije:

—Bueno, aquí está su taxi. Márchese y no se olvide de llevar a Marian a desayunar. Otra cosa. Recomendé a esa joven que

guardara silencio. Ella, desde luego, me hace caso, porque comprende que es razonable, pero usted no se engañe, porque aun cuando haya vivido siempre en Oakview, no es mala. También es una muchacha excelente.

—Mira, Donald —dijo Bertha, poniéndole la mano en el brazo—: Vuélvete conmigo, porque te necesito.

—Tenga en cuenta que, de un momento a otro, podría aparecer un policía en esta calle e iluminarnos con su lamparilla para ver quiénes somos. ¿Le gustaría a usted?

—¡De ningún modo! —exclamó Bertha.

Se apeó rápidamente y el conductor abrió la portezuela de su vehículo. Subió a él y se acomodó en el asiento. Yo eché a andar con el coche de la agencia y me detuve ante la puerta del consultorio del doctor Alfmont.

Éste me esperaba.

—Sabe usted demasiado —le dije— y nosotros también. Bertha ha hablado demasiado. Ahora quiero decirle a usted una cosa, pero no aquí. Vamos a pasear un poco en su automóvil.

Sin decir palabra, apagó las luces cerró su consultorio. Luego bajó conmigo en el ascensor. Su coche estaba parado al lado de la acera y ante la puerta.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Donde podamos hablar sin ser vistos.

Estaba muy nervioso, y dijo:

—Tenga usted en cuenta que en la población hay un automóvil de la policía, provisto de radio, que examina todos los coches parados.

—Pues no lo pare.

—Cuando guío no puedo hablar.

—¿Y su casa? —pregunté.

—Sí, podríamos hablar allí.

—Pues si eso no molesta a su señora, vamos allá.

—No. No hay cuidado —contestó, en tono de alivio.

—¿Está enterada su esposa del lío en que se ve usted metido?

—Lo sabe todo.

—No quiero ser indiscreto, pero ¿puede usted decirme si su señora se llama Vivian?

—Sí —contestó.

Nos dirigimos hacia la parte de la población donde residían casi todas las personas acomodadas, en casas modernas de estilo español. Penetramos por la puerta de la verja de una de aquellas casas, y en cuanto mi compañero hubo parado el coche, dijo:

—Bueno. Ya estamos.

Me apeé y el doctor Alfmont abrió la puerta principal y nos vimos en un pasillo. La mujer cuya voz había oído por teléfono preguntó:

—¿Eres tú, Charles?

—Sí —contestó—. Me acompaña un amigo.

—Telefoneó un hombre y…

—Ya lo sé. Está conmigo —replicó el doctor—. ¿Quiere usted venir por aquí, señor Lam?

Me condujo a la sala, muy bien amueblada. La voz femenina añadió:

—Oye, Charles, ven un momento, porque he de decirte algo.

El doctor Alfmont se excusó y luego oí una conversación en voz baja que duró unos minutos. Ella le preguntó algo, en tono de ruego. Él contestaba lacónicamente en forma cortés, pero en sentido negativo.

Oí luego cómo se aproximaban los pasos de los dos. Me puse en pie cuando entró la señora.

—Te presento al señor Lam, querida. Señor Lam, la señora Alfmont.

Observé que aquella señora se había conservado muy bien. Tendría unos cuarenta años, pero aún era esbelta y graciosa. Hice una cortés reverencia y contesté:

—Celebro mucho conocerla, señora Alfmont.

Me dio la mano. Llevaba un traje azul que le sentaba.

—¿Quiere usted sentarse, señor Lam? —preguntó.

Obedecí mientras ella y el doctor se sentaban a su vez. Éste parecía muy nervioso, y su esposa dijo:

—Creo que es usted detective, señor Lam.

—En efecto, señora.

Hablaba con voz bien modulada. Se volvió a su marido, le pidió un cigarrillo y luego dirigiéndose a mí, añadió:

—No hay ninguna necesidad, señor Lam, de que observe usted la menor reserva, porque estoy enterada de todo.

—Muy bien. Entonces hablemos, si ustedes quieren.

El doctor entregó un cigarrillo a la señora, encendió un fósforo y me preguntó si quería fumar. En vista de mi respuesta afirmativa, me dio un cigarrillo, tomó otro y los encendimos. Se volvió a su esposa y dijo:

—La señora Cool estuvo en mi consultorio. El señor Lam no llegó con ella, sino…

—Por mi cuenta —interrumpí.

El doctor asintió.

—Bien —dije—. No hablemos más de ella. Mi objeto es ocuparme en lo que sea necesario. Deseo sacarle a usted de la situación en que se halla, y por lo tanto, he de saber cuáles son los peligros que corre y también los que me amenazan.

Tomó la palabra la señora, para decir:

—Soy Vivian Carter. No tenemos hijos. No estamos casados legalmente, aunque hace cosa de diez años se celebró una ceremonia en Méjico.

—Háble me usted del divorcio —dije al doctor—. Todo lo que sepa.

—Para empezar —dijo—, mi primera esposa, la señora Lintig, se vio arrastrada por los cambios sociales originados. Había esposas de guerra, niños de guerra y…

Me volví a la señora y rogué:

—Cuéntemelo usted.

—Yo era entonces enfermera en el consultorio del doctor Lintig y me enamoré de él. Por su parte lo ignoraba y decidí no dárselo a entender. Estaba resuelta a que Amelia, es decir, la señora Lintig, ocupase la situación de esposa y gozara del afecto de su marido. Yo me contentaba con estar cerca de él: en segundo término.

El doctor inclinó la cabeza para afirmar.

—Deseaba servirle y serle útil. Entonces era joven e inexperta. Conozco ya la respuesta de todo aquello, pero la ignoraba veintiún años atrás. Oakview se hallaba en plena prosperidad. Acudía allí mucha gente había mucho dinero. Como ha dicho Charles, hubo un período de grandes cambios. Amelia se dejó arrastrar. Empezó a beber con exceso y se convirtió en una especie de directora de la gente joven, cuyos principios eran muy distintos de los normales. En las reuniones se bebía mucho, se flirteaba más y también había

alguna que otra pelea. A Charles no le gustaba, pero Amelia era feliz.

»Ella empezó a dejarse cortejar. El doctor lo ignoraba, pero sin embargo, ya estaba harto. Dijo a su mujer que deseaba divorciarse. Ella aceptó, rogándole que presentara la demanda, basada en alguna razón que no fuese muy desagradable. El doctor presentó la demanda y Amelia no jugó limpio, porque no tenía costumbre de hacerlo. Esperó a que yo me marchara a San Francisco, por encargo del doctor, y entonces presentó a su vez una demanda, acusándonos de adulterio. Hizo eso con objeto de apoderarse de cuanto poseía el doctor y casarse luego con el hombre por quien entonces estaba encaprichada.

—¿Quién era?

—Steve Dunton, un joven que publicaba *La Hoja*, en Oakview.

—¿Sigue ocupándose en el mismo trabajo? —pregunté, conteniendo mi sorpresa.

—Creo que sí, aunque apenas tenemos noticias de lo que pasa en Oakview. Me enteré de que ahora trabaja su sobrina con él.

—Ésa fue la joven —añadió el doctor— a quien encontré al salir de la habitación de Evaline.

—Adelante —dije, en una pausa.

—Entonces —añadió la señora, con amarga expresión—. Charles no tenía la menor idea de mis sentimientos con respecto a él, creo que a Amelia le ocurría lo mismo. Su temperamento, su modo de vivir poco razonable y la cantidad de alcohol que ingería le dieron un carácter muy raro. Cuando a su vez presentó la demanda de divorcio, Charles se dirigió a San Francisco para explicarme lo que ocurría. Comprendí que se hallaba en una situación muy desagradable, porque Oakview en peso empezaría a murmurar. Por otra parte, la persona a quien más podía interesar el divorcio de la señora Lintig editaba el periódico de la población, y como es natural, procuraría poner en evidencia todas las circunstancias, verdaderas o falsas, que resultaran adversas para Charles. Por consiguiente, lo peor que pudo haber hecho fue dirigirse a San Francisco. Nosotros podíamos haber regresado para luchar contra aquella rara situación, de no ser…

Se interrumpió, guardando silencio, y el doctor Alfmont añadió:

—Realicé un descubrimiento. A medida que Amelia se

transformaba de ese modo, empecé a sentir indiferencia por ella, y en cambio, amor por Vivian. Me di cuenta de ello al ver a ésta en San Francisco. Ya comprenderá usted que no podía regresar a Oakview para arrastrar su nombre por el fango y… bueno, ya sabíamos que nos amábamos y nuestro único deseo era vivir juntos. Éramos jóvenes y, por consiguiente, me propuse alejarme y volver a empezar. Tal vez cometí una tontería, aunque lo ocurrido luego demuestra que no fue así.

»Telefoneé a Amelia preguntándole qué deseaba. Sus condiciones fueron muy sencillas. Lo quería todo y así me devolvería la libertad, a fin de que yo pudiese desaparecer y empezar de nuevo. Tenía en mi poder algunas cartas de crédito por valor de varios millares de dólares, cuya existencia ignoraba ella. Yo las pedí durante el florecimiento de Oakview, con objeto de repartir mejor mi dinero.

—¿Y qué más? —pregunté.

—Casi no falta nada. Acepté sus proposiciones y ella prometió seguir adelante para obtener el divorcio. Yo podría cambiar de nombre y empezar mi trabajo en otra parte, y en cuanto estuviese ya divorciado podría casarme con Vivian. Así, pues, acepté sus condiciones.

—¿Y sabe exactamente lo que ocurrió? —pregunté.

—No —dijo—. Creo que Amelia y Steve Dunton tuvieron relaciones, pero no lo sé. Por último ella se marchó de Oakview y ya no he tenido más noticias.

—¿Y por qué no pidió usted el divorcio en otra parte? —pregunté.

—Ella consiguió averiguar mi paradero —dijo— y me escribió una carta diciéndome que nunca me permitiría que Vivian gozase de una respetabilidad legal, de modo que en cuanto intentase casarme con ella se presentaría para armar un escándalo, y añadía que si yo insistía en pedir el divorcio, lo declararía todo. Tenga usted en cuenta que, como yo vivía con Vivian como marido y mujer, Amelia tendría razón y se armaría un escándalo.

—De modo que ella se enteró de su paradero.

—Sí.

—¿Y por qué se dejó asustar?

—En el año que llevábamos aquí, como marido y mujer,

conseguí conquistar una buena clientela entre las personas acomodadas. Si se hubiese averiguado que Vivian yo vivíamos juntos, sin habernos casado ante la iglesia, el resultado habría sido fatal.

—¿Y que más? —pregunté.

—Pasaron los años y ya no supe nada más de ella, aunque procuré encontrarla. Estaba persuadido de que había muerto o bien de que, después de divorciarse de mí, se había vuelto a casar, cosa de diez años atrás, Vivian y yo nos dirigimos a Méjico y nos casamos. Creí que esa ceremonia le daría cierta situación legal, en caso necesario.

—Bueno —dije—. Ahora hábleme usted del aspecto político de la cuestión.

—Santa Carlota —dijo el doctor— es víctima de algunos individuos poco escrupulosos. La policía está corrompida y la administración tan sólo actúa a fuerza de soborno. La ciudad es rica, los negocios buenos, abundan los turistas. Éstos se ven obligados a abrirse paso por entre todas las formas imaginables de robo y engaño. Los habitantes de la población están hartos de eso y desean una buena limpieza. Contribuí en gran manera a que se organizasen algunos de ellos e insistieron en que querían tenerme por alcalde. Me dije que el antiguo escándalo de mi vida había muerto ya, y por eso acepté.

—¿Qué más?

—Cuando menos lo esperaba, recibí una carta de ella diciendo que si no aceptaba sus condiciones no sería elegido y que en el último instante aparecería para estropearme la combinación. Me acusaba de haberla abandonado en una situación muy desagradable y sin un centavo, aunque nada de eso era cierto, porque me desprendí de todo lo que tenía y…

—Charles, eso ya no tiene remedio —exclamó la señora Alfmont —. Al señor Lam le interesan los hechos.

—Uno de ellos —replicó él— es que escribió esa carta.

—¿Y cuáles eran sus condiciones?

—No me ofrecía ninguna.

—¿Le dio usted sus señas para poder contestar? —pregunté, después de una breve reflexión.

—No.

—¿Y qué exigía?

—En primer lugar, que retirase mi candidatura.

—¿Y no hizo usted eso?

—No.

—¿Por qué?

—Ya estaba demasiado comprometido. Poco antes de recibir la carta, el periódico de la oposición empezó a publicar una serie de artículos, llenos de mala intención, en los que aconsejaba la necesidad de averiguar mi pasado. Mis amigos me aconsejaron perseguir al periódico por difamación, pero lo cierto es que me vi en una situación muy comprometida.

—Y ahora dígame —pregunté—: ¿Está seguro en absoluto de que la carta recibida era de puño y letra de su mujer?

—Sí —contestó—. Desde luego, hay algunas pequeñas diferencias muy notables. El carácter de la escritura de una persona tiene tendencia a cambiar en veinte años, pero de eso no hay duda, porque he hecho cuidadosas comparaciones.

—¿Dónde están esas cartas? —pregunté.

—Las tengo en mi poder —dijo.

—Las necesito.

Miró a su esposa, que hizo una seña de asentimiento, y, poniéndose en pie, dijo:

—Tardaré unos minutos. Haga el favor de dispensarme.

Oí como subía, despacio, la escalera y mientras tanto, su esposa me miró fijamente.

—¿Qué podría usted hacer? —preguntó.

—Aún no lo sé. Pero desde luego, todo lo que pueda.

—¿Y no sería conveniente que desapareciera ahora?

—No serviría de nada.

—¿Me aconseja, pues, que me quede para afrontar lo que pueda ocurrir?

—Sí.

—Personalmente no me importa nada. Pero eso sería muy doloroso para Charles. Aunque —añadió— si se conociese la verdad, el sentimiento público…

—No fíe en eso —contesté—. Ahora no se trata del sentimiento público, sino de un escándalo. Tampoco de las relaciones extramaritales, sino de que su esposo se ve envuelto en un

asesinato.

—Ya comprendo —replicó, sin asustarse.

—Creo —añadí— que Evaline Harris se dirigió a Oakview, enviada por un tal John Herbert.

—¿Se refiere usted al sargento Herbert, de la Brigada de Vicio? —preguntó.

—Sí.

—¿Y por qué cree usted eso?

—Lo encontré en Oakview. Me dio una paliza y me sacó de la población.

—¿Por qué?

—No me lo explicó. Cuando lo sepa, creo que tendré una buena arma contra él.

—Todo eso impresiona mucho a Charles —dijo ella, frunciendo el ceño—. Está casi frenético, aunque lo disimula bajo una máscara de serenidad profesional. Estoy asustada por lo que puede ocurrir.

—No se apure y déjelo a mi cuidado —repliqué.

Oí de nuevo los pasos en la escalera y apareció el doctor, con dos cartas en la mano. Una de ellas tenía la fecha de 1921 y fue escrita en el papel del hotel Bickmere, de San Francisco. La otra carta fue escrita dos semanas antes y expedida desde Los Ángeles. Al parecer, ambas eran de la misma mano.

—¿Y no trató usted de ver a su antigua esposa, en el hotel Bickmere, doctor? —pregunté.

—Sí. Le escribí una carta, pero me la devolvieron con la mención de «destinatario desconocido».

Observé la carta y pregunté:

—¿Cuál era su nombre de soltera?

—Amelia Rosa Sellar.

—¿Tenía algún pariente?

—No. La había criado una tía en el Este, pero murió cuando ella tenía diecisiete años, de modo que desde entonces vivió sola.

—Supongo que al recibir esta primera carta se esforzó usted en encontrarla.

—No recurrí a ningún detective. Le escribí al hotel, pero al serme devuelta la carta comprendí que había utilizado el papel del establecimiento para confundirme.

—En aquella época —dije— no trataba de ocultarse. Era dueña

de la situación y lo sabía. Tampoco andaba persiguiendo dinero, sino que deseaba impedir que contrajera matrimonio con Vivian Carter.

—¿Y por qué no me comunicó dónde la hallaría?

—Sin duda —contesté— porque no deseaba que usted supiera lo que estaba haciendo. Debía de ser algo que le proporcionaría a usted un arma contra ella, en caso de averiguarlo. Debemos empezar por ahí nuestra investigación.

—Creo que está acertado, Charles —exclamó, esperanzada, la señora Alfmont.

—Creería cualquier cosa de ella —dijo el doctor—. Se convirtió en una mujer egoísta y neurótica, siempre en busca de lisonjas, y no era feliz cuando no la cortejaba alguien.

—Sí, ya conozco el tipo —observé.

—Es una mujer egoísta, falsa y además, desequilibrada. Se puede esperar cualquier cosa de ella. Y en cuanto empieza algo ya no se detiene, pase lo que pase.

Me puse en pie, y dije:

—Me llevo estas cartas. ¿Hay algún tren que salga esta noche para San Francisco?

—Ahora mismo no.

—¿No hay ningún autobús?

—Creo que sí.

—Como he pasado toda la noche guiando, quisiera descansar. Y en cuanto a las cartas…

—¿Cuidará usted de ellas?

Así lo prometí y la señora Alfmont me estrechó la mano.

—Ha traído usted noticias alarmantes —dijo—. Pero estoy más tranquila. Deseo proteger a Charles. No me arrepiento de nada, porque una mujer necesita, ante todo un amor sincero y profundo. Siempre me he considerado la esposa legítima de Charles y si se origina un escándalo, por lo menos seguiremos queriéndonos. En cuanto al asesinato… usted habrá de cuidar de eso, señor Lam.

—En efecto —contesté.

capítulo ocho

ERA ya una hora avanzada del sábado por la tarde, cuando obtuve los deseados informes de San Francisco. La mujer por quien pregunté era camarera en un local nocturno de la playa. Se hacía llamar por su nombre de soltera, Amelia Sellar, y había vivido en el hotel Bickmere. El domingo por la noche logré encontrar a un tal Ranigan, que había regentado el *cabaret*. Era hombre amable, que, a fuerza de años, había engordado mucho; tenía el cabello blanco y nada le gustaba tanto como fumarse un cigarrillo y hablar del pasado.

Ranigan estaba sentado a una mesa, bebiendo champaña, que había de pagar Bertha Cool, y empezó a recordar.

—Es usted muy joven. Desde luego, no ha podido ver eso, pero le aseguro que San Francisco era la mejor ciudad del mundo, con la que no se podía comparar ninguna europea, ni siquiera París.

»Y eso a causa de su tolerancia. A nadie le importaban los negocios ajenos porque todos tenían los propios. El puerto estaba lleno de barcos, se hacía un negocio muy grande con Oriente. Nadie tenía tiempo para ocuparse en pequeñeces. Sólo importaban las cosas grandes.

»Ahora es distinto. San Francisco se hace pequeño y molesto. Por las calles no se oye nada más que las sirenas de la policía. A lo mejor ve usted un grupo, se figura que es un motín y encuentra a unos cuantos policías que detienen a un pobre ciudadano que no ha cometido más delito que andar contra dirección.

»Vaya usted a uno de esos grandes hoteles y no tardará en encontrar una partida de póker. Ahora ya no juegan con monedas de oro a la vista, sino con fichas, y cuando usted ha ganado las de todos sus compañeros, le entregan un pagaré. Vaya usted al puerto y observará cómo ya ha desaparecido todo el romanticismo de los

antiguos viajes.

—Tiene usted la copa vacía, Ranigan —observé—. ¡Eh, camarero!

El mozo llenó las copas y Ranigan, después de tomar un sorbo observó:

—Esto es muy bueno.

—Tengo entendido que usted era el director del «Columpio de la Sirena» —dije.

—¡Oh, sí! Aquéllos eran buenos tiempos. ¿Y cómo se llama usted?

—Donald Lam.

—¡Ah, sí! Bueno, pues, óigame, Lam. Si quiere usted dar a la gente la perspectiva real de la vida, proporciónele trabajo y dinero. Entonces trabajan bien y juegan mejor. Tratan de sacar dinero de sus negocios y no piensan en engañar a los demás. En aquellos días el oro corría abundante. En cuanto un hombre tomaba un cubo y lo arrojaba a la corriente, lo sacaba lleno de oro. Ahora ya no hay nada de eso. Ya no circula el dinero. Da la sensación de que en toda la ciudad no hay más que un millar de dólares y que todo el mundo va en busca del fulano que los lleva en el bolsillo. En cuanto descubren quién es, se arrojan contra él y tratan de quitárselos. Ahora recuerdo que el Columpio de la Sirena…

—Tiene usted mucha memoria —dije—. Y ahora que recuerdo, me habló alguien de una muchacha que trabajaba allí y que heredó un millón de dólares, es lo que me aseguraron.

—¿Un millón de dólares? ¿Trabajaba para mí? —exclamó, sorprendido.

—Sí. Era una camarera llamada Sellar.

—¡Hombre! Yo tenía una chica llamada Sellar, pero no heredó ese dinero. Sí, sí; se llamaba Amelia.

—Quizá heredó ese dinero después de salir de su casa.

—Es posible.

—¿Y no sabe dónde está ahora o dónde podría encontrarla?

—No. Esas chicas se largan en cualquier dirección y se pierde su rastro. Yo tenía la mejor colección de pantorrillas de la ciudad. Ahora, en cambio, da asco. Ninguna mujer tiene buenas pantorrillas. Sí, son muy elegantes, pero no llaman la atención. No encontraríamos ningún hombre capaz de gastarse dinero en las

piernas femeninas de ahora. A las mujeres les gusta mucho el tiempo moderno, pero los hombres prefieren las piernas con curvas y con todo lo que han de tener. Recuerdo que…

—¿No sostiene usted relaciones con ninguna de esas muchachas?

—No. La mayor parte eran unas locas. Iban y venían. Hace unos días, sin embargo, encontré a una que se llamaba Myrtle. Estaba conmigo el año veintinueve. Entonces era una chiquilla de dieciocho o diecinueve años, y puede usted creerme si le digo que no parece haber envejecido un solo día.

—¿Y dónde está ahora? —pregunté.

—Es taquillera de un cine. La miré un par de veces y le dije: «Oiga: su cara no me es desconocida. ¿Por casualidad su madre, si vive, se llama Myrtle?».

»Ella me reconoció y dijo: "Yo soy Myrtle".

»Estuve a punto de caerme. Se ha casado y, según me dijo, tiene un niño de diez años. Claro está que en las taquillas arreglan las luces de modo que las chicas parezcan guapas, pero le aseguro… ¿Cómo dice que se llama?

—Donald Lam.

—Es verdad. Bueno: le digo, Lam, que aquella mujer no parecía tener un día más que entonces, y hablando de piernas… Bueno: ella tenía verdaderas piernas. Si encontrase a una docena como ella, aún sería capaz de abrir un local. Pero no vale la pena. Los negocios han cambiado y ahora la gente no piensa más que en quitar el dinero a su prójimo. Ya no corre aquel río de oro.

—¿Y dónde estaba ese cine? —pregunté.

—¡… Oh! En Market Street, cuatro o cinco puertas más allá del Hotel de los Dos Picos.

—¿Y qué aspecto tiene?

—Es linda como un grabado —dijo—. Antes tenía el cabello un poco menos rojizo que ahora. Su tez parece la piel de un melocotón y tiene los ojos de color azul claro. No imagina usted qué aspecto de inocencia sabe adoptar. Y en cuanto a las piernas… le aseguro, señor… ¿cómo dice que se llama?

—Donald Lam.

—Tiene razón. Me olvidaba. Además, es un nombre raro. Me parece que ahora no los recuerdo como antes.

Consulte mi reloj y dije:

—He de tomar el tren. He tenido mucho gusto en conocerlo. Y me perdonará si me marcho… ¡Eh, mozo! La cuenta. Y usted no se dé prisa en marchar, señor Ranigan. Quédese para terminar la botella de champaña. Me sabe muy mal tener que dejarlo, pero no hay más remedio.

—Sí, así van las cosas ahora —contestó—. Si se quiere ganar un dólar es preciso echar a correr para que no nos lo quite el otro. Antes no era así. Nadie se quejaba de lo que ganase el vecino, cuando había usted hecho algún negocio, podía meterse el dinero en el bolsillo sin miedo de que se lo quitasen. Ahora, en cambio, los agentes del Gobierno no cesan de examinar los libros de cuentas, calculando hasta el último centavo. Antes no teníamos impuesto de ventas, tampoco impuesto de rentas ni impuesto en las nóminas. ¡Hombre, era un verdadero placer hacer negocios! Y si algún día se hubiese asomado a la puerta un empleado del Gobierno diciendo que quería examinar los libros de contabilidad, habría salido en una camilla. En aquellos tiempos se solía decir: «¿Dónde se figura usted que estamos? ¿En Rusia? ¡Lárguese de aquí cuanto antes!». Y créame, amigo, el Gobierno no se metía en nada. Tal vez se debiera a eso el hecho de que hubiese tantos negocios. Recuerdo un año…

Le estreché la mano y salí. Luego miré hacia atrás y vi que hablaba con el camarero, sin duda para decirle cuán agradable era antes la capital, mientras iba sorbiendo su cuarta copa de champaña.

En el cine no había mucha gente. Puse un billete de veinte dólares en la ventanilla de cristal y acerqué cuanto pude la boca a la abertura.

La joven que estaba sentada al otro lado extendió unos dedos muy bien formados, oprimió una serie de palanquitas en la máquina registradora y me sonrió, dirigiéndome una mirada con sus ojos azules e inocentes. Parecía tener menos de treinta años.

—¿Cuántos? —preguntó—. ¿Uno?

—Ninguno —contesté.

Dejó de sonreír y preguntó:

—¿Ha dicho usted uno?

—He dicho ninguno.

Separó los dedos de la máquina y exclamó:

—¿Qué desea, pues?

—Obtener veinte dólares de informes.

—¿Acerca de qué?

—De la época en que trabajaba usted en el Columpio de la Sirena.

—Nunca estuve allí.

—Necesito unos informes… entre amigos.

—Ya veo que ha hablado con Ranigan —exclamó—. Está loco. Nunca en mi vida trabajé en su casa. Él tiene la ilusión de que fue así y ya comprenderá que mi deber es dejar contento a todo el mundo.

Suavemente hice avanzar y retroceder el billete de veinte dólares y le pregunté:

—¿No le sirven a usted estos veinte dólares?

—Desde luego que me sirven; pero ¿qué desea usted saber?

—Nada que pueda perjudicarla —contesté—. Allí había una camarera llamada Amelia Sellar. ¿Se acuerda usted de ella?

Ella puso sobre el billete sus afilados dedos, de uñas teñidas de coral, y contestó afirmativamente.

—¿Dónde vivía?

—En el Hotel Bickmere. Ella y Flo Mortinson dormían en el mismo cuarto. Flo estaba en relaciones con unos contrabandistas de licores y las dos eran muy amigas.

—¿Dónde está Amelia ahora?

—Hace mucho tiempo que no la veo.

—¿Le contó alguna vez cosas acerca de su pasado?

—Sí. Se refería a una población rural, en la que no podía vivir; su marido pidió el divorcio. Ella consiguió engañarlo. Se quedó con todos los bienes y luego se vino aquí, a divertirse. Siempre llevaba consigo un buen fajo de billetes. Pero, al fin, un hombre se quedó con él.

—¿Se casaron? —pregunté.

—Lo dudo.

—¿Y no sabe usted dónde está ahora?

—No.

—¿Y Flo Mortinson? ¿Sabe usted de ella?

—En Los Ángeles la encontré hace tres años. En la calle.

—¿Y qué hacía?

—Trabajaba en un *cabaret*.

—¿Le preguntó usted algo de Amelia?

—No.

—¿Conoce usted algún detalle que me permitiese encontrar a Amelia Sellar? Ha heredado mucho dinero… en el caso de que pueda demostrar que nunca se divorció del marido.

—No creo que se hubiese divorciado —contestó—. Me parece que se había presentado la demanda de divorcio, pero ella, de un modo u otro, evitó el peligro. Su marido huyó con su amante. Supongo que tenía todo el derecho de hacerlo, a juzgar por lo que me contó Amelia del asunto.

—¿Y no le dijo a usted alguna vez, dónde estaba su marido o a qué se dedicaba?

—No creo que lo supiese. Además, tengo entendido que su marido huyó.

—Bien, muchísimas gracias.

Y solté el billete.

—Oiga usted —dijo ella—: fíjese en lo que voy a decirle. Hace ya doce años que estoy casada mi marido se figura que, cuando me llevó al altar, yo acababa de salir del *kindergarten*.

—Bueno, por mí no tenga cuidado.

—Gracias —dijo—. Es usted un hombre simpático y voy a decirle otra cosa. Si algún vigilante del cine me viese este billete de a veinte, creería que estoy robando el dinero de la Compañía. Acérquese bien a la taquilla para que no lo vea nadie, ¿quiere? Apoye los brazos en el tablero.

Así lo hice, de modo que mis hombros cubrían por completo la ventanilla. Se levantó la falda y se guardó el billete en una media.

—Gracias —dijo.

—Ahora comprendo las palabras de Ranigan —exclamé.

—¿Qué era?

—Pues dijo que si tuviese otra vez a su disposición las piernas de Myrtle, aún podría ganar una fortuna.

Se ruborizó, aunque riéndose, complacida. Se disponía a decir algo, pero cambió de idea, y como se acercara un cliente, su cara se convirtió en una máscara risueña de ojos azules, grandes e inocentes.

Me separé de la ventanilla. Una vez en el hotel, llamé al

empleado del Palace Hotel de Oakview, preguntándole por las gafas que habían sido pedidas para la señora Lintig.

—¡Caramba, señor Lam! —exclamó—. No han llegado. Quizá ella llegó a tiempo de que se las mandaran.

—Bien, gracias. No quería saber más.

Por la mañana alquilé a una muchacha para que visitara a todos los oculistas y a todos los ópticos de San Francisco, con objeto de averiguar quién había enviado unas gafas a la señora Lintig, Palace Hotel, Oakview, o también cuál de los facultativos o establecimientos tenía una cliente llamada Amelia Sellar. Encargué a la joven que me telegrafiase lo antes posible a la agencia los informes que hubiese podido adquirir. Luego tomé un autobús nocturno dormí casi durante todo el viaje hasta Santa Carlota.

Había dejado el coche de la agencia en un garaje abierto toda la noche, que estaba situado a dos manzanas de distancia de la parada del autobús.

Me dirigí al garaje, entregué el *ticket* al empleado y él lo examinó para dirigirse luego a la oficina.

—¿Cuándo dejó usted aquí el coche? —preguntó.

Se lo dije.

—Tardaré uno o dos minutos en devolvérselo —aseguró.

Vi cómo se metía detrás de la cristalera y marcaba un número de teléfono. Al salir le dije:

—Oiga, joven: si le es a usted igual, tengo prisa, en este momento.

—Voy en seguida —contestó.

Consultó mi *ticket* y salió corriendo. Yo esperé en la entrada.

Volvió uno o dos minutos después, diciendo:

—Al parecer, ha sido difícil poner en marcha el coche. ¿Estaba usted enterado de que la batería está agotada por completo?

—No. Lo ignoraba; pero, si es así, alguien habrá dejado abierta la llave del encendido.

—Un momento. Desde luego, nos hacemos responsables. Si es como usted dice, le entregaremos una batería y cargaremos la de usted, pero será preciso que haga una reclamación.

—Vale más que me dé una batería nueva, porque no volveré y no quiero hacer ninguna reclamación.

Se dirigió hacia la parte posterior del garaje y yo le seguí. El

coche de la agencia estaba en un rincón. El mecánico empezó a oprimir el botón de puesta en marcha.

—Un momento —dije—. Me parece que la batería no estaba agotada, pero se agotará si sigue usted de este modo.

—El motor no se pone en marcha —replicó.

—Dígame usted cómo está la batería y yo lo pondré en marcha. Abra usted la llave del encendido. Eso siempre ayuda.

Sonrió, excusándose; abrió la llave del encendido y luego pisó el botón de puesta en marcha. El motor empezó a funcionar.

—Bueno. No importa lo que me han hecho esperar —observé—. Dígame cuánto debo y pagaré.

—He de consultar los libros y hacer el recibo —contestó el empleado.

—¡Malditos sean! —grité—. Ahí van dos dólares. Sobran para pagar la estancia de mi coche. Ya consultará luego los libros.

Sacó del bolsillo un trapo y empezó a limpiar el volante.

—El parabrisas está sucio —dijo.

—Déjelo en paz. Salga usted de ahí porque he de marcharme.

Por un momento siguió manejando el trapo y luego miró a la puerta.

—¿Quiere usted los dos dólares?

—¡Claro que sí! Un momento, y le daré recibo.

—No lo necesito. Quiero el coche y nada más.

Dejó libre el asiento del volante y siguió mirando a la puerta.

—Si se aparta del coche, para que pueda subir, emprenderé la marcha —dije.

—Lo siento —contestó, sin moverse.

Penetró en el garaje un coche a toda marcha. Pude observar una mirada de alivio en la cara del empleado y, al mismo tiempo, se separó de mi coche.

El otro vehículo entró en el garaje interceptando la salida. Vi que era de la policía. Se abrió la portezuela, se apeó John Herbert y se acercó a mí con ganas de empezar a actuar. El empleado me ofreció un recibo y se alejó.

Herbert se acercó a mí, exclamando:

—¿De modo que también ha venido a meter las narices en esto?

Yo llamé al empleado, diciéndole:

—No se mueva de aquí porque quiero un testigo de lo que va a

suceder.

—Lo siento mucho —contestó el empleado—. No puedo abandonar mi puesto al lado de la caja registradora y todo lo demás.

Y se alejó sin mirar hacia nosotros.

Herbert seguía adelantándose y yo retrocedí a un rincón, detrás del coche.

—Usted mismo se lo ha buscado —dijo.

Deslicé mi mano derecha hacia la solapa izquierda de la chaqueta y él se detuvo, preguntando:

—¿Qué va usted a sacar?

—Un cuaderno y una estilográfica.

—En otra ocasión le hablé de su salud y veo que no me ha hecho caso.

—¿Ha oído usted hablar de una ley que castiga el secuestro? —pregunté.

—¡Claro que sí! —contestó—. Y también conozco otras leyes. ¿Le gustaría que lo tirase a ese bidón, amigo?

—Hágalo, pero yo daré un salto y entonces verá lo que sucede.

—¿Se figura que podrá salir?

—Me consta. Como comprenderá, no he venido aquí sin tomar mis precauciones.

Me miró atentamente mientras llevaba la mano a su cadera derecha.

—En primer lugar —dijo—, creo que ha robado usted ese coche. En segundo lugar, hace dos noches fue atropellado y muerto un individuo en la carretera por un conductor descuidado. Estoy persuadido de que lo mató usted con ese coche.

—Dígame otra cosa más acertada —repliqué.

—Un hombre semejante a usted ha estado molestando a las señoras por la calle.

Se había acercado más, y de pronto sacó su pistola.

Retiré la mano de la solapa de mi chaqueta. Él se echó a reír, diciendo:

—Voy a quitarle la pistola para que no se haga daño.

Dio otro paso, me palpó aquel lado de la chaqueta, continuó riendo y dijo:

—Quería darme miedo, ¿verdad? —Me hizo dar media vuelta, se

cercioró de que no llevaba ningún arma, se guardó la suya y me agarró por la corbata—. ¿Sabe lo que hacemos en esta población con los muchachos listos como usted?

—Los hacen ingresar en la Brigada del Vicio —contesté—. Luego les permiten maltratar a la gente; pero a veces ocurre algo y han de comparecer ante un tribunal.

Con el dorso de la mano derecha oprimió mi nariz hacia atrás, en tanto que, con la mano izquierda, agarraba mi corbata y añadió:

—Tengo un testigo que vio este coche cuando huía. Las señas que me dio corresponden exactamente. ¿Qué te parece eso?

Y me oprimía la cara con la mano, obligándome a inclinarla hacia atrás.

—¡Déjame la cara en paz! —grité con voz ahogada.

Él se rió, empujando un poco más. Quise darle un puñetazo, pero como sus brazos eran más largos que los míos, no lo alcancé. Entonces me soltó la corbata y me dio un puñetazo con la izquierda. Y cuando quise esquivar, me dio con la derecha. Me agarró luego por el cuello de la ropa y me obligó a dar media vuelta, diciendo:

—Sube a tu coche y echa a andar hacia el cuartelillo de policía. Yo te seguiré. Y procura no hacer nada raro, porque te meto un tiro en la cabeza. Estás detenido.

—Bueno —contesté—. Iremos a jefatura; pero ahora escucha: el mozo del hotel de Oakview te vio cuando me llevabas sin sentido por el corredor. No me creas tonto. Antes de salir de Oakview llamé a la Oficina Federal de investigación. Tomaron las huellas dactilares que había en el pomo de la puerta de mi cuarto y también en el volante de mi coche. No saben aún a quién pertenecen, pero me lo dirán.

Pude notar que estaba asustado. Me soltó y, acercando su cara a la mía, dijo:

—Eso no es más que una fanfarronada. Ya antes querías engañarme fingiendo que llevabas un arma. Pero has tenido suerte de que no sea así, porque, de lo contrario, quizá te hubiese matado.

—Eso del arma me sirvió de experimento psicológico —contesté —. Me figuré que serías cobarde y ahora estoy convencido de ello.

Se nubló su rostro, cerró la mano, pensó mejor, y dijo:

—Voy a darte otra oportunidad. Estás fuera de tu círculo de acción. Métete en lo que te importa y no te pasará nada; pero, como

vengas a husmear en Santa Carlota, te meteré en la cárcel y, en muchos años, no podrás salir.

—Cuando yo cuente mi historia no será así —contesté.

De un empujón me hizo subir al coche de la agencia.

—Bien, ¡lárgate, muchacho listo! —dijo—. Vuelve a Los Ángeles y te juro que, en cuanto te vuelva a ver por aquí, te daré un disgusto, ¿comprendes?

—¿Nada más?

—Nada más.

Y dio media vuelta para dirigirse, jactancioso, al coche de la policía. Salió haciéndolo retroceder y, en cuanto estuvo en la calle, se alejó.

Cuando quise sonarme, me salió sangre de la nariz. Me dirigí al despacho del garaje, donde el empleado quería fingir que tenía mucho trabajo. Me arreglé la corbata y dije:

—Pensándolo bien, prefiero que me dé el recibo.

—No lo necesita —me contestó, él muy nervioso—. Ya está bien.

—Quiero el recibo.

Titubeó y, un momento después, me entregó el recibo. Lo examiné, lo doblé y lo metí en mi bolsillo.

—Gracias —le dije—. Únicamente lo quería para tener su firma. Ya oirá hablar de mí. Adiós.

Subí al coche y me alejé de la población, teniendo mucho cuidado de que la aguja del cuentavelocidades no señalara a más de quince millas por hora en segunda, hasta que hube pasado los límites de la ciudad.

Bertha Cool estaba en la oficina cuando llegué a Los Ángeles.

—Pero ¿dónde demonio has estado? —exclamó al verme.

—Trabajando.

—No vuelvas a hacer eso.

—¿Qué?

—Marcharte sin que yo sepa a dónde.

—Tenía que hacer y no quería que usted pudiera encontrarme. ¿Qué pasa?

—Pues que se ha armado un lío horroroso y no sé cómo arreglarlo. ¿Qué te ha pasado en la nariz? Está hinchada.

—Un individuo me la golpeó —dije.

Ella me dirigió una mirada crítica y replicó:

—Eres demasiado pequeñito, aunque inteligente. Sin embargo, podríamos enseñarte algo. Conozco a un japonés que da lecciones de *jiu-jitsu*. Te convendría mucho si has de continuar en esta profesión.

—Tal vez —contesté—. ¿Qué ha sucedido?

—He estado hablando con Marian.

—¿Y qué?

—Pues que todos los días tiene conferencia con el fiscal suplente del distrito.

—La Prensa aún no ha dicho una palabra de ella.

—Aún no, pero no tardarán.

—¿Ha ocurrido algo nuevo?

—Han estado hablando con ella, de modo que ahora está absolutamente convencida de que vio cómo aquel hombre salía de la habitación de Evaline Harris.

—Ya sabemos que esto es verdad.

—Pero lo cierto es, Donald, que ella no lo vio así. Lo vio en el corredor e ignora de qué habitación salió.

—¿Nada más? —pregunté.

—No. Mientras Marian hablaba con el fiscal suplente del distrito, llamaron a conferencia interurbana desde la jefatura de Policía de Santa Carlota. Sin duda dijeron que el caso podía tener una derivación local y el fiscal suplente preparó una conferencia. Ya sabes lo que eso significa, Donald —añadió Bertha—. Van a poner en evidencia a nuestro hombre. Marian lo identificará y todo se irá a paseo. Y ya es demasiado tarde para hacer algo. Hemos de darnos prisa.

—Ya lo he hecho —repliqué.

—¿Y qué has averiguado?

—Poco. ¿Se ha recibido alguna carta o telegrama para mí?

—Sí, aquí hay un telegrama de alguien de San Francisco, diciendo que ningún oculista u óptico de la capital tuvo nada que enviar a Oakview durante el período de que se trata. Supongo que sabrás a qué se refiere eso.

—Sí —contesté.

—¿Qué es?

—Una cantidad en la columna de cifras que he de sumar. Aún no tengo el total.

—Pero ¿de qué se trata?

—Un «botones» rompió las gafas de la señora Lintig. Ella armó un escándalo al gerente del hotel, quien convino en pagarlas. Y ella telegrafió pidiendo otras. Pero se marchó de repente antes de la llegada de las gafas. Yo encargué al empleado que me las enviase y que pagaría la cuenta.

»Porque deseaba saber a qué oculista solía ir. Este médico conocería su nombre y sus señas. Recuerde que ella no tenía la receta, sino que se limitó a telegrafiar a su oculista para que le enviara las gafas.

—Me pregunto si se te ha ocurrido lo mismo que a mí, Donald —dijo Bertha Cool—. Que quizás ese telegrama no fue dirigido a San Francisco, sino al doctor Alfmont, en Santa Carlota.

—Ya había pensado en eso y tal era la razón que me hacía desear apoderarme de esas gafas.

—Eres listo como el diablo, Donald. No te pasa nada por alto. Es una lástima que no sepas luchar. ¿Y dices que las gafas no llegaron?

—No.

—Pues eso significa —replicó Bertha— que la persona que telegrafió pidiéndolas sabía que ya no estaría allí a tiempo para recibirlas y, por consiguiente, no las envió.

—¿Dónde está Marian? —pregunté.

—La hemos metido en un pisito muy mono. Han averiguado ya muchas cosas acerca de este asunto y el testimonio de Marian es muy importante. Recuerda que, al abrir la puerta del cuarto, el periódico de la mañana estaba en la parte interior porque lo habían hecho pasar por debajo de la puerta. Y cuando llegó la policía todavía estaba allí. Eso significa que el asesino halló a su víctima aún en la cama.

—¿Y qué más?

—La mató un hombre. El cenicero que había al lado de la cama contenía dos colillas. En una de ellas había rojo de los labios, de modo que la policía cree que el asesino debió de sentarse al lado de la cama y estuvo hablando un rato con la víctima antes de matarla. Creen también que habló de asuntos de negocios y, tal vez indignado por el curso de la conversación, mató a la pobre mujer.

—¿Algo más? —pregunté.

—En el espejo del tocador faltaba una fotografía. La policía cree

que puede ser la de un hombre, alto, moreno, joven, de bigote negro. La criada describió este retrato lo mejor que pudo.

—¿Y por qué lo sacaron de allí?

—Probablemente porque el asesino lo necesitaba. Yo he imaginado que tal vez era un retrato del mismo asesino. Convendría, pues, buscar a un individuo de esas señas.

—¿Y el fiscal sabe dónde está Marian?

—Claro. La hace vigilar. Y al parecer, tiene muy buena opinión de ella.

—¿Lo ve con mucha frecuencia?

—Por ahora ha ido todos los días.

—Deseo hablar con ella.

—Y ella contigo. Dios sabe lo que haces con las mujeres, Donald, pero lo cierto es que todas se vuelven locas por ti… y tú por ellas. Pero debes tener cuidado con esa chica, Donald; es tan peligrosa como la dinamita.

—¿Por qué?

—Es muy amiga del fiscal; de modo que, en cuanto él apriete un poco, hablará.

—¿De nosotros?

—Sí.

—Creo que es una muchacha leal.

—Para ti, mas no para nosotros. Y has de tener cuidado de que ese fiscal no la enamore.

—Necesito hablar inmediatamente con Marian; ¿dónde está?

Bertha me entregó un pedacito de papel, donde había las señas de una casa que alquilaba habitaciones.

—Nuestro cliente está muy preocupado, Donald, pero tiene mucha confianza en ti. Me alegro de que pudieras charlar con él.

—Yo también. Y ahora voy a ver a Marian.

—¿Te acompaño?

—No. Adquiera unos neumáticos nuevos para el coche de la agencia o bien compre un coche nuevo para los neumáticos de la agencia y luego tire los neumáticos.

—Así lo haré, Donald, pero nunca más te marches sin que yo sepa adónde vas. No sabes lo que he trabajado para contener la marcha de los acontecimientos. Y nuestro cliente, al parecer, confía más en ti que en mí.

—Durante mi ausencia —dije, poniéndome en pie—, procure averiguar si una tal Flo Mortinson era camarera en La Cueva Azul. Procure localizarla y averiguar algo con respecto a sus baúles, si los tiene. Y tome una habitación cerca de la suya.

—Bien. ¿Me llamarás por teléfono cuando hayas visto a Marian?

—Depende; hago todo lo que puedo en este caso.

—Ya lo sé, pero no tenemos tiempo. La cosa puede estallar en cualquier momento y, cuando eso ocurra, Smith estará perdido.

—No hay necesidad de que me lo diga —contesté, dirigiéndome a la puerta.

capítulo nueve

ME dirigí a la casa en que se alojaba Marian y la examiné por espacio de quince minutos antes de entrar. Así me convencí de que nadie vigilaba aquel lugar.

Ella misma abrió la puerta y, al ver quién era, me arrojó los brazos al cuello exclamando:

—¡Cuánto me alegro de verle, Donald!

Yo le di unas palmaditas en el hombro, cerré la puerta empujándola con el pie y le pregunté cómo le iban las cosas.

—Muy bien —contestó—. Todo el mundo me trata magníficamente. A veces casi me parece obrar muy mal ocultándoles la verdad…

—No se acuerde más de eso. Supongo que usted tendrá interés en que se castigue al asesino, ¿verdad?

—Desde luego.

—Pues bien, si les dijera la verdad, se expondría a que un abogado travieso la comprometiera a usted y la hiciera aparecer culpable.

—¡Es imposible! Yo no he tenido ningún motivo para querer matar a esa muchacha.

—Ya lo sé —dije—. Con toda probabilidad no conseguirían demostrar que usted la asesinó, pero en cambio el verdadero criminal podría escapar. Y ahora siéntese porque hemos de hablar.

—¿Dónde ha estado usted? —preguntó ella—. Le he echado mucho de menos. Y la señora Cool estaba frenética. Confía tanto en usted que si no le tuviera no sabría qué hacer.

—Vamos a ver, Marian —dije—, ¿le han mostrado ya algunas fotografías para que identificase usted a aquel hombre?

—No. Han tratado de averiguar quiénes eran los amigos de la víctima. El señor Ellis, el fiscal suplente del distrito, dice que dentro

de veinticuatro horas podrá dar publicidad a lo que se ha hecho.

—Bien. ¿Y dónde estaba ese hombre cuando le vio usted, Marian, en el corredor y dirigiéndose hacia usted?

—No, salía entonces del cuarto y cerraba la puerta.

—¿De la habitación del extremo del corredor?

—No. Del trescientos nueve, donde se encontró el cadáver. Ya no tengo ninguna duda de eso.

—¿Ha hecho usted ya alguna declaración firmada al fiscal del distrito?

—La están preparando y esta tarde la firmaré.

—Venga aquí, Marian —dije, golpeando el brazo de mi sillón. Ella acudió a sentarse. Le rodeé la cintura con el brazo y le cogí la mano—. ¿Quiere hacer algo por mí?

—Lo que quiera.

—No será fácil —advertí.

—Si es útil para usted, me lo parecerá.

—Pues bien, cuando esta tarde vea al fiscal, dígale que ha pensado otra cosa.

—¿Cuál?

—Cuando por primera vez se dirigió a la casa de Evaline Harris, en el momento en que dejaba su coche al lado de la acera vio salir a un hombre. Tenía aproximadamente un metro ochenta de estatura, hombros muy anchos, cejas negras y pobladas y ojos grises, muy poco separados entre sí. Como tenía un aspecto bovino, aún se notaba más la proximidad de sus ojos. Tiene un rostro plano y una verruga en la mejilla derecha. También tiene un pliegue en la barbilla, brazos largos y manos grandes y andaba rápidamente.

—No puedo decir eso, Donald; después…

—Sí, puede decirlo —repliqué—. Ha pensado mejor en todo lo que vio. Y le llamó la atención aquel hombre a causa de la prisa que tenía. Iba casi corriendo. Luego el sobresalto del encuentro del cadáver le hizo olvidar este detalle, pero luego pudo recordarlo.

—Precisamente el fiscal me recomendó eso mismo: que reflexionara bien.

—Claro. Hay muchos testigos que han sufrido un choque mental y la policía sabe lo que es preciso hacer.

—Pero lo que me aconseja usted me parece incorrecto. Han sido tan amables conmigo que… ahora he de cambiar toda la historia.

No querrá usted que cometa ningún perjurio.

—Pero ¿no lo comprende, Marian? Si les dice usted eso tendré más tiempo. Ellos no querrán que firme ninguna declaración hasta que en ella figure todo lo que sabe usted. Si la firmase ahora y luego surgiese algo más, un abogado criminalista podría disponer una trampa contra usted. Preguntaría si había usted firmado una declaración y luego la interrogaría acerca de su contenido. Y pediría que se presentara al tribunal aquella declaración. Por esa causa el fiscal no desea publicar todo lo que ha hecho hasta obtener la certeza de que usted ha dicho todo cuanto sabe.

—Entonces harán constar esta nueva declaración y tendré que firmarla.

—No. Únicamente se trata de que necesito ganar tiempo mientras redactan la nueva declaración. Si usted firmase esta tarde lo que tienen ya preparada, esta misma noche podrían dar publicidad al asunto; pero si ahora añade eso, le dirán que vuelva mañana para firmar la nueva declaración.

Ella titubeó. Yo, dando un suspiro, añadí:

—En fin, déjelo si le molesta. Me veo en un apuro y creí que podría usted ayudarme. No pude figurarme qué opinaría usted acerca de eso, pero ya buscaré otra cosa.

Me puse en pie y me dirigí a la puerta; más apenas había dado dos pasos cuando me rodeó el cuello con los brazos, exclamando:

—No se vaya. No sea así. Desde luego, lo haré. Ya sabe que puede contar conmigo.

—Temo que no será capaz de hacerlo creer. Tal vez la cogerán en algún renuncio.

—¡No, hombre! —replicó—. Nadie sospechará la menor cosa. Estoy segura de que el señor Ellis siente mucha simpatía por mí.

—¿Y usted por él?

—Es muy amable.

—Si fuese capaz de hacer eso, Marian, me ayudaría mucho.

—¿Cuándo quiere que lo haga?

—Ahora mismo —contesté—. Vístase, tome un taxi vaya allá. Diga al fiscal que ha recordado otra cosa y háblele de ese hombre. Añada su creencia de que puede interesarle hacerlo constar en la declaración.

—Bien; voy ahora mismo. ¿Quiere acompañarme? —preguntó.

—No, no quiero que me vean, y no hable de mí.

Se dirigió al tocador, se arregló el cabello, se pintó los labios y, después de ponerse polvos, exclamó:

—Voy ahora mismo. ¿Quiere esperar mi regreso?

—Sí.

—Hay algunas revistas.

—Nada de eso. Voy a dormir un rato —contesté.

—Bueno; y ¿qué le ha pasado en la nariz, Donald? Le sale sangre.

—Me lastimé —dije sacando el pañuelo—. Más o menos, cada hora me sale sangre.

—La tiene usted hinchada y enrojecida.

—Es verdad.

—No comprendo —exclamó, riéndose—. Primero era un ojo a la funerala y ahora tiene la nariz hinchada.

Se puso un sombrero que parecía un tiesto invertido, y luego tomó el abrigo.

—¿Por qué no pide un taxi por teléfono?

—Ya lo encontraré en la calle.

—Vale más telefonear. Estará abajo esperándola cuando llegue a la calle.

Telefoneó pidiendo un taxi y yo arreglé unos sillones para dormir.

—Vamos a ver, ¿qué les dirá usted? —pregunté a Marian.

—Lo mismo que me ha encargado.

—¿Y no se interrumpirá en plena declaración, confundida, y cuando la interroguen les dirá que alguien le había encargado declarar eso, y al fin les hablará de mí?

—No tenga ningún miedo, porque cuando quiero mentir sé hacerlo.

—¿De modo que tiene mucha experiencia?

—Muchísima. Además, el señor Ellis me creerá porque confía en mí. Es un buen chico me gusta en todos los aspectos.

—Pero recuerde que es abogado y que en cuanto se despierten sus recelos se arrojará contra usted como un terrier sobre una rata. ¿Qué le dirá?

—Fue cuando fui a casa de Evaline Harris por vez primera vi salir a ese hombre. Que entonces no me pareció nada importante,

pero que ahora, al reflexionar sobre todos los detalles, veo que se condujo de un modo sospechoso.

—¿Y qué aspecto tenía?

—Era alto, corpulento, de hombros muy anchos, cejas muy negras pobladas. Tenía los ojos muy poco separados y un pliegue en la barbilla, así como también una verruga en una de sus mejillas, creo que era en la derecha.

—¿Y por qué recela usted de él?

—No es eso, precisamente. Me llamó la atención por haber observado algo en él. Luego, la sorpresa desagradable de encontrar el cadáver me hizo olvidar algunos detalles que he recordado luego, poco a poco.

—¿Y no sospechaba usted que se hubiese cometido un crimen?

—De ningún modo.

—¿Por qué pues, se fijó en él?

—Noté que era un hombre muy corpulento y que casi iba corriendo. También me parece que miró hacia atrás. Me dio la impresión de que estaba asustado y me dirigió una mirada rara que me hizo estremecer.

—¿Y por qué no me contó eso antes?

Sus ojos enormes y de inocente expresión se fijaron en los míos.

—Ya se lo he dicho a usted, señor Ellis. A causa del sobresalto que me ocasionó encontrar el cadáver.

—Tal vez —observé— podría usted decir algo acerca de las molestias que le produce el interrogatorio.

—No —contestó sonriendo—. Ya sabe que no es ninguna molestia.

—¿Se dedica usted a conquistarlo?

—Verá usted —contestó examinando sus uñas rosadas—: él me cubre con un manto de protección y yo confío en él. Me gusta y creo que es muy amable.

—Bien —dije—. El taxi debe de estar abajo. Despiérteme al volver y, pase lo que pase, vuelva. Procure que la entrevista sea corta.

—Así lo haré —prometió.

Cerré los ojos y relajé el cuerpo. Oí cómo iba de un lado a otro sin hacer ruido para no molestarme. Luego oí cómo se abría y se cerraba la puerta.

Desperté un par de veces para cambiar de posición y me dormí de nuevo. Después sentí algún dolor en las piernas a causa de la posición incómoda, pero tenía tanto sueño que no me importó.

No oí el ruido de la puerta al abrirse, al regreso de la joven. Me enteré de él cuando se sentó en el brazo del sillón, diciendo:

—Pobrecito, debe estar derrengado.

Abrí los ojos, los cerré otra vez porque me molestaba la luz, puse los pies en el suelo. Sentía en la frente, suaves y frescos, los dedos de la joven que acariciaban mi cabello y mis párpados. De un modo gradual volví a la realidad. Abrí los ojos y, con voz gruesa, pregunté:

—¿Ya lo ha hecho usted?

—Sí.

Le tomé la mano y añadí:

—¿Cómo ha ido? ¿Le han dado crédito?

—¡Claro que sí! Les dije exactamente lo que me encargó usted y pude convencerlos.

—¿Y qué más? —pregunté.

—El señor Ellis telefoneó a Santa Carlota. Dijo que habían estado esperando mi declaración firmada, pero que, ante los nuevos detalles que acababa de dar, él creía su deber avisar a sus colegas.

—¿Y no sabe usted lo que contestaron desde Santa Carlota?

—Al parecer, nada. El señor Ellis dio cuenta de lo ocurrido. Luego me dijo que en Santa Carlota opinaban que el asunto pudiera tener alguna derivación local.

—¿Y no dijo en qué podía consistir ésta?

—No.

—¿Cree usted que lo sabía?

—Me parece que sí. Debía de ser algo que ya había tratado con la policía de allí.

—¡Magnífico! ¿Y qué va a hacer el señor Ellis para protegerla?

—¿Qué quiere usted decir?

—¿No lo comprende? —repliqué—. Alguien cometió un asesinato cruel y premeditado contra Evaline Harris. La policía no tiene otros indicios que los proporcionados por usted. En cuanto el asesino note que se estrecha la red a su alrededor, es lógico esperar que… —Me interrumpí al observar la expresión de su rostro—. Y me preguntaba qué haría el señor Ellis en este sentido.

—No creo que se le haya ocurrido —dijo ella, desalentada.

—Bueno, ya se le ocurrirá —dije consultando mi reloj—. Voy a ponerme en contacto con él. Usted quédese aquí.

—Podría telefonearle —observó.

—No —repliqué—. Es precisamente lo contrario de lo que debo hacer. Quédese y no diga nada. Yo iré a hablar con el señor Ellis. No sé si es amable, pero creo que obra mal cuando se olvida de protegerla, después del auxilio que usted le ha dado.

—No creo que corra ningún peligro, pero comprendo su punto de vista —contestó.

—Quédese aquí y no haga nada. Prométame, además, que no saldrá antes de mi regreso.

—Se lo prometo.

Me peiné ante el espejo con un peine de bolsillo, tomé el sombrero, recomendándole otra vez que no se moviese. Me dirigí a la esquina de la calle, telefoneé a la jefatura de Policía y pedí comunicación con la Brigada de lo Criminal. En cuanto me la hubieron dado, exclamé:

—Óiganme ustedes. Me veré en un apuro muy grande si alguien se entera de lo que voy a decirles… No pregunten mi nombre ni traten de averiguar desde dónde llamo.

—Un momento —me contestaron—. Voy a tomar lápiz y papel.

—Ese cuento no sirve —contesté—. Ya le he dicho que no debe intentar la averiguación del lugar desde donde llamo. Entérese de lo que voy a decirle, y si no, cuelgo. Cuando hicieron ustedes esta investigación en La Cueva Azul se enteraron de todo, excepto del individuo de aspecto bovino, de ojos grises y poco separados y con una verruga en la mejilla derecha. Se habían dado órdenes para dejarlo a un lado nadie habló de él. Si quieren resolver este caso, vayan a dar un susto a las camareras de La Cueva Azul. Hagan alguna pregunta directa y averigüen la razón de que les hayan ordenado no mencionar a este hombre.

Colgué el receptor y me marché.

Esperé media hora apostado en un sitio desde donde podía observar la entrada de la casa de Marian, y empecé a fumar cigarrillos mientras reflexionaba. Oscurecía ya y encendieron los faroles.

Volví al cuarto de Marian Dunton y, muy excitado, llamé a la

puerta. Ella la abrió, exclamando:

—Me alegro mucho de que haya vuelto, porque me daba miedo la soledad.

—Motivo tiene —contesté—, porque el fiscal ha cometido una indiscreción.

—¿Cómo?

—Ha hablado de ese individuo descrito por usted que, en un momento, ha pasado a ser el personaje central del asunto. Han encontrado huellas en La Cueva Azul y allí han averiguado que era muy amigo de la víctima.

—¡Pero si yo no he visto a ese hombre! Usted me obligó a mentir acerca de él.

—Sea como fuere, se ha convertido en el personaje más importante. Y creo que el otro individuo, a quien vio en el corredor, no tenía nada que ver en el asunto. Desde luego, no tenía aspecto de asesino, ¿verdad?

—No, y ya se lo dije así al señor Ellis. Parecía un hombre grave y respetable, y ahora creo recordar que quizás estaba asustado.

—Bien —dije—. He visto al señor Ellis y puse las cartas sobre la mesa. Le he dicho quién era yo, lo que hacía y cuál es mi interés en este asunto. Además, le di a entender que me interesaba usted también, de modo que me encargó ponerla en un lugar seguro.

—¿En un lugar seguro?

—Sí, creo que éste no lo es. Además, lo conoce demasiada gente y no quieren poner un vigilante para no llamar la atención. Preferirían que se alojase usted en otro lugar bajo nombre supuesto, y yo he quedado encargado de este detalle.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Ahora mismo.

—Bueno, meteré unas cosas en el maletín y…

—Nada de eso. Volveré para recogerlo todo. Este asunto va muy de prisa y no hay un momento que perder.

—Supongo, Donald, que no puede ocurrir nada mientras esté usted aquí.

—No se haga ilusiones —contesté—. Aquí corre gran peligro. Vámonos; Luego lo recogeremos todo.

La cogí por el codo y la llevé hacia la puerta.

—No comprendo por qué no debo llevarme algo…

—Confíe en mí, Marian. No me pregunte ni replique. Es muy importante para mí.

—Bueno, vámonos —dijo ella al fin.

Bajamos por la escalera posterior y, una vez en la calle, fui en busca del coche de la agencia. Lo puse en marcha y nos dirigimos a mi alojamiento, donde di la excusa de que el novio de Marian tardaría cuatro o cinco días en llegar. La señora Eldridge me pidió tres dólares, por los que me dio recibo, y luego, volviéndome a Marian le dije que debería permanecer algún tiempo en su cuarto, sin moverse, y le prometí que yo iría a verla cuantas veces me fuera posible.

—Yo esperaba —replicó— que, desde ahora en adelante nos veríamos con frecuencia. No sabe cuánto le echo de menos.

—Bien —dije—. Ahora tengo algo que hacer y luego saldremos para ir al cine y a cenar. ¿Tiene hambre?

—Sí.

—Bueno, pues concédame una hora y volveré.

—¿Y todas mis cosas?

—Iré a recogerlo todo y lo meteré en una maleta.

—No haga usted eso, Donald. Ya iré yo otro rato. De momento, tráigame un pijama de seda y una bata, así como el cepillo de los dientes y un maletín que tiene algunas cosas de tocador. Lo demás, déjelo.

Le pedí la llave y ella, antes de dármela, se resistió, diciendo que quería acompañarme, pero no lo consentí.

—¿Cuidará usted de ellas?

—Aprovechando un descuido de Marian, tomé su bolso, lo oculté debajo de la chaqueta y me marché.

Tomé de nuevo el coche de la agencia y me dirigí a la habitación que Marian acababa de dejar. Entré, encendí la luz registré su bolso. Había un estuche de tocador, barra de carmín para los labios, treinta y siete dólares en billetes, algunas tarjetas, muy mal impresas en el periódico, con una tinta de color grisáceo, en tipos de letra inglesa, un lápiz, un librito de notas, un pañuelo un llavero con llaves.

Abrí el bolso y lo arrojé al suelo. Derribé una silla, arrugué una alfombra y la arrojé a un rincón. Cerca de la puerta me golpeé la nariz con la mano, pero la maldita no quiso sangrar. Cuando no la

necesitaba me estuvo fastidiando toda la tarde. Seguí golpeándome hasta que mis ojos derramaron algunas lágrimas, pero mi nariz seguía tan seca como una piedra.

Me golpeé con la mayor fuerza y aquella vez obtuve el resultado apetecido. Empezó a salir sangre y, sin contenerla, paseé por toda la habitación procurando que cayesen algunas gotas donde más pudieran impresionar.

Al fin lo conseguí y me encaminé hacia la puerta. En aquel momento se oyó el timbre del teléfono.

Salí cerrando la puerta y dejando que el teléfono siguiera llamando a intervalos regulares.

Me dirigí a la tienda de drogas desde la cual había telefoneado, compré una docena de pañuelos, me metí en la cabina telefónica y llamé a la Jefatura de Policía de Santa Carlota. En cuanto me dieron comunicación, solicité hablar con el sargento Herbert.

—¿Quién habla? —preguntaron.

—Smith, Brigada de lo Criminal, Los Ángeles.

—Un momento.

Esperé un minuto y luego me contestaron.

—El sargento Herbert debe estar ya en su oficina, Smith. Esta tarde, a hora avanzada, lo llamó el fiscal del distrito y, en el acto, salió en dirección a Los Ángeles.

—Gracias —contesté—. Se habrá detenido para tomar un bocado. Deseo verle.

Colgué el aparato, muy satisfecho, porque las cosas empezaban a marchar a mi gusto. Luego llamé a Bertha Cool y le dije:

—He cuidado de todo. No se mueva ni haga nada y, sobre todo, recuerde que no tiene noticias mías.

—¿Qué demonios estás haciendo, Donald? —preguntó.

—Batiendo huevos —contesté.

—Pues procura no ensuciarte. Eres listo, pero te aventuras demasiado.

—Ahora hago lo que me parece bien —contesté—. Y lo que usted ignore no la perjudicará.

—Lo que pasa —replicó ella— es que sé tanto que ya me duele.

Colgué el receptor, volví a mi vivienda y llamé a la puerta de Marian. En cuanto abrió, le dije:

—¡Hola, guapa! Acabo de tener una buena noticia. Bertha me da

permiso por esta noche, de modo que ni siquiera habré de darle el parte. Ahora saldremos para hacer cosas. Hace un rato fui a su habitación, pero vi a un par de hombres que vigilaban la casa, de modo que esperaré a que no haya moros en la costa para entrar.

—He perdido el bolso, Donald —me dijo.

—¿Cómo? —le pregunté mientras abría la puerta y ponía una silla para que no se cerrase.

—Alguien se lo ha llevado de esta habitación.

—No puede ser.

—Pues no hay duda.

—Ésta es una casa respetable. La señora Eldridge no admitiría nunca a nadie que no…

—Pues no hay duda —repitió ella—. Lo tenía al llegar.

—Mala cosa —repliqué—. Con toda seguridad, se lo olvidó usted en el coche de la agencia y, como lo he dejado parado en varios sitios… Dios sabe lo que ha sido de él. ¿Qué contenía?

—Todo mi dinero.

—Bueno, no importa. El fiscal me encargó de cuidar de sus gastos y puedo hacerle un anticipo.

Ella se dirigió a la puerta, quitó la silla y la cerró.

—Espere —dije—. Va usted a estropear su buena fama y la patrona la expulsará. Es muy delicada…

—Mire, Donald —replicó Marian acercándose—: haría cualquier cosa por usted. Me ha tratado como si fuese una joven inocente. Tal vez lo sea, pero, por lo menos, no soy tonta. Ha sido bondadoso conmigo, me es usted simpático y me inspira confianza, pero no quiero consentirle que me robe el bolso y se queden las cosas así.

—¿Qué le he robado el bolso? —exclamé.

—Sí, señor. Sé que es usted detective y que hace cosas de las que no quiere enterarme. Me ha utilizado para sus propios fines, pero esta tarde no ha hecho más que mentir, y eso no me gusta. Ni siquiera creo que haya visto al fiscal.

—¿Y cómo se le ha ocurrido eso?

—Me dijo que había ido a varios sitios, pero cuando quiso poner en marcha el automóvil el motor estaba frío. Me consta que no ha visto al señor Ellis. Bueno, eso no me importa, porque tengo bastante confianza en usted y me resigno a que no me confíe sus secretos. Haré lo que me aconseje, pero no me parece bien que me

haya robado el bolso. Lo tenía aquí en esta habitación y, en cuanto se marchó usted, desapareció.

Me senté y me eché a reír, mientras ella me miraba indignada.

—No es asunto de risa —dijo al fin.

—Oiga, Marian. Deseo que haga otra cosa por mí.

—Ya son muchas…

—Lo sé. Y ahora quiero pedirle algo difícil, pero sé que lo hará. Y es creer todo lo que le he dicho.

—Para eso habría de ser tonta —replicó.

—Si me cree usted —añadí— y ocurre algo desagradable, nadie tendrá la culpa, aparte de mí mismo. Pero si quiere conspirar conmigo, entonces es cuando se verá comprometida. ¿No lo comprende?

De sus ojos desapareció la indignación, para ser substituida por el temor.

—¿Adónde va usted a parar? —me preguntó.

—Que me maten si lo sé —repliqué.

—Bueno —dijo ella—; pero en todo eso me da la impresión de que me conduzco como una tonta. Ahora vamos a ir a cenar y al cine. ¿Y qué hay con respecto a mi dinero?

Saqué la cartera y le entregué alguna suma de lo que me diera Bertha para gastos.

—¿Y con respecto a ropa? —preguntó.

—Le compraré todo lo que necesite para uno o dos días. Otra cosa, señorita Dunton: cuando hablé con el señor Ellis, me indicó la conveniencia de que durante uno o dos días no leyese usted los periódicos.

—¿Por qué?

—Porque publicarían varias cosas acerca de lo que ocurre y no quiere que se confundan sus ideas.

Me miró con sus ojos inocentes y luego dijo:

—Bueno, haré exactamente lo que desea el señor Ellis. ¿Le ha encargado algo más para mí?

—No recuerdo.

Me interrumpió una indignada llamada a la puerta. Fui a abrirla. La señora Eldridge me miraba, airada, desde el umbral. No pronunció palabra, pero abrió la puerta de un empujón, tomó una silla y la puso de modo que aquélla siguiese abierta, y luego

desapareció por el corredor.

Marian y yo nos echamos a reír a carcajadas.

capítulo diez

POCO antes de medianoche, me dirigí a la vivienda de Bertha Cool.

—¡Dios mío! ¿Dónde has estado? —me preguntó al verme.

—Trabajando —repliqué—. ¿Dónde está Marian? ¿Lo sabe usted?

—No. He telefoneado cuatro o cinco veces para hablar con ella. Me figuré que habría salido contigo a cenar.

—Esta tarde la he visto —contesté.

—Bueno, que me maten —exclamó Bertha Cool.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Pues que, durante tu ausencia, esa muchacha no dejó trabajar a Elsie a fuerza de preguntar dónde estabas y cuándo volverías. Desde luego, está loca por ti.

—No lo crea. Está fascinada por el fiscal.

—¿Quién te ha dicho eso? —replicó ella, en tono desdeñoso.

—Usted.

—¡Quise asustarte, hombre! Está loca por ti, como una cabra.

—Bueno —pregunté—. ¿Qué pasa? ¿Ha conseguido encontrar a Flo Mortinson?

—Sí, ahora se hace llamar Flo Danzer. Pero es la misma. Tiene una habitación en el Hotel Mapleleaf. Ha pasado una semana sin comparecer por el hotel, pero yo me he instalado allí.

—¿Sabe usted si esa mujer tiene un baúl?

—Yo he llevado uno, bastante grande para contener el suyo, aunque sea muy voluminoso. Me figuré que desearías eso. El mío está en la planta baja, lo mismo que el de ella.

—Muy bien. Ahora haremos una pequeña alteración con los baúles. ¿Qué nombre dio usted en el registro del hotel?

—El mío; me pareció más prudente.

—Bueno, vamos a robar un baúl —repliqué—. Además, habré de

llevar un par de maletas llenas de ropa vieja, con objeto de que sirvan de relleno en caso de que el baúl de usted sea demasiado grande. Así no hará ruido.

—¿Y no podemos esperar hasta mañana? —preguntó ella.

—Podemos hacerlo ahora mismo. Expídase usted misma un telegrama antes de ir allá. Cuando el telegrama sea entregado, tendrá usted una excusa para llevarse su baúl y marcharse.

Bertha Cool encendió un cigarrillo, que metió en su boquilla de marfil, y dijo:

—No quiero hacer nada más a ciegas, Donald.

—La luz podría dañarle los ojos —repliqué.

—Y si no sé dónde está el fuego, podría quemarme los dedos. Las cosas claras, amigo.

—Espere a que nos apoderemos de ese baúl y entonces sabré si estamos en lo cierto.

—No. Si aciertas, importará poco. Pero si te equivocas, quiero saber lo que va a ocurrir. Y recuerda que si te engañas te arrojaré por la borda, puesto que si aceptas toda la responsabilidad habré de considerar que ése es tu juego y no el mío.

Afirmé, distraído.

—Vamos —dijo Bertha—. Dímelo todo, porque si no…

—Si no, ¿qué? —pregunté.

—No lo sé, Donald. En este asunto vamos unidos, pero la verdad es que quiero saber qué pasa y qué peligros pueden amenazarme.

—Por ahora —contesté— no hay nada más que una teoría.

—Bueno habla.

—Oiga usted —dije—: la señora Lintig y su marido se separaron hace veintiún años. Ella salió de Oakview y la población cayó en una atrofia económica, de modo que se paralizaron todos los negocios.

—¿Y qué tiene que ver eso? —preguntó Bertha.

—Simplemente, que los Lintig trataron de un modo principal a los jóvenes de la población, la mayor parte de los cuales se alejaron en busca de mejores oportunidades; por lo tanto, el último lugar de la tierra donde la señora Lintig podría hallar a alguno de sus antiguos amigos es precisamente Oakview…

—Bueno. Prosigue.

—Por espacio de veintiún años, nadie en Oakview se acordó

siquiera de la señora Lintig. De pronto, apareció un individuo y empezó a indagar. Dos o tres semanas después se presentó Evaline Harris, con objeto de coleccionar fotografías. ¿Para qué las quería?

Bertha Cool manifestaba el mayor interés.

—Luego —dije— volvió a la ciudad y la asesinaron.

—¿Por las fotografías? —replicó—. No lo creo, porque no tenían mucha importancia.

—A mi vez llegué a Oakview y me enteré del asunto —añadí—. Veinticuatro horas después, un policía de Santa Carlota estaba enterado de todo. Fue allá, me dio una paliza, me sacó de la población y me abandonó en plena montaña. ¿Por qué?

—¿Para sacarte de allí? —contestó Bertha.

—¿Y para qué quiso sacarme?

—Con objeto de que no pudieses adquirir ningún informe.

—No —contesté—. Él sabía que, en breve, la señora Lintig iría a Oakview y no quería que yo estuviese allí durante la visita de esa señora.

—Es posible que tengas razón, Donald —replicó Bertha, después de breve reflexión.

—Estoy seguro de ello —contesté—. Ese policía es un hombre corpulento, pero también cobarde. Si alguien lo hubiese expulsado de allí a la fuerza, no habría tenido valor para volver. Siempre he notado que muchos individuos consideran que el arma más mortífera es la que ellos más temen. Esto es psicología y naturaleza humanas. Cuando a un hombre le da miedo un cuchillo, se imagina que a los demás les ocurre lo mismo.

—Adelante muchacho —exclamó Bertha, que me oía con la mayor atención.

—Bien. Se presenta la señora Lintig. Fue una llegada preparada de antemano. Rompió sus gafas e hizo de manera que las rompiese el «botones». Luego aseguró que había pedido otras, pero no llegaron. ¿Por qué?

—Ya te contesté a eso. Porque el individuo que había de mandárselas sabía muy bien que ella no permanecería bastante tiempo allí para recibirlas.

—Hay otra explicación y es la de que no llegó a pedirlas.

—No comprendo —dijo Bertha.

—Ella deseaba retirar la demanda de divorcio y estaba

persuadida de que sus amigos se habían marchado de allí. Pero se dijo que aún quedaría en la población alguien que la conociera, aunque fuese de un modo vago, porque veintiún años son mucho tiempo.

—Creo que dices un despropósito.

—Ya nadie tenía ningún retrato de ella —añadí—. Nadie tampoco podría reconocerla, sin duda alguna, y además no tuvieron oportunidad para ello, porque esa señora se metió en el hotel y, al parecer, no hizo ninguna visita ni salió a la calle. Registró su nombre en la oficina, persuadida de que ningún empleado la reconocería. Ella tampoco podía reconocer a sus antiguos amigos, porque sin las gafas no veía bien. Por esta causa desistió de visitarlos. Llamó a un abogado absolutamente desconocido y le hizo retirar la demanda de divorcio. Me concedió una entrevista, con la esperanza de que se publicara en la Prensa local, y luego se marchó.

»Ahora, fíjese usted en un detalle significativo. Cuando el doctor Lintig y su mujer se separaron, el hombre de quien estaba encaprichada ella era un tal Steve Dunton, que publicaba *La Hoja*. Contaría entonces cosa de treinta y tantos años y ahora tiene más de cincuenta. Usa visera verde, ha aumentado de peso y masca tabaco.

»Dije a la señora Lintig que yo era reportero de *La Hoja*. Ella no conocía siquiera el periódico y no llegó a preguntarme por Steve Dunton.

—¿Y qué hacía él mientras tanto? —preguntó Bertha Cool.

—Pues se fue a pescar y no volvió hasta que ella se hubo marchado.

—¡Caray, Donald! Tal vez tengas razón. Y, en este caso, podría tratarse de un chantaje muy bien tramado.

—Algo más grave todavía —dije—. El doctor Lintig empezó a trabajar en otra población, donde reinaba la inmoralidad pública. Él era demasiado inocente y sincero para adivinar lo que haría la oposición, es decir, buscar en su pasado, con la esperanza de encontrar algo.

»Como es natural, examinaron sus antecedentes y no les costó averiguar que, en realidad, se llamaba Lintig y que había practicado en Oakview. Fue allá un individuo para practicar una investigación. Dio el nombre de Cross.

»Eso les proporcionó todas las noticias que necesitaban, pero no tenían la certeza de que la señora Lintig hubiese muerto u obtenido el divorcio. Necesitaban, pues, que esta señora se presentara. De este modo podrían llevar a cabo lo que más les conviniera. Por ejemplo, que ella escribiese al doctor, exigiéndole que retirase su candidatura, o bien podrían hacerla aparecer para que afirmase determinadas cosas a los periodistas, no de Santa Carlota, sino de Oakview.

»Ahora imagínese usted lo que podría suceder. Su llegada a Oakview no tendría ningún aspecto político. Los periódicos de la localidad publicarían la noticia de que ella había localizado al doctor Lintig que vivía en Santa Carlota bajo el nombre de doctor Alfmont, en compañía de su amante, como si fuese su legítima esposa. Los periodistas de Oakview telefonearían a los de Santa Carlota, rogándoles que comprobasen esta noticia antes de publicarla. Y los de Santa Carlota comunicarían con los de Oakview, encargándoles que publicasen esta noticia y que ellos la harían figurar en sus propios periódicos, como si fuese un cambio de información.

—¿Por qué no te dijo ella eso mismo, cuando la viste en el hotel, Donald?

—Porque no estaba preparada todavía —contesté—. Por el momento, sólo quería que los empleados del hotel se acostumbrasen a verla y considerarla como verdadera señora Lintig.

—¿Crees, pues, que no era ella?

—La policía de Santa Carlota no pudo encontrarla —repliqué—. Solamente dieron con Flo Danzer, que antes se hacía llamar Flo Mortinson y que convivió con Amelia Sellar en San Francisco. Luego se vieron ante un obstáculo invencible, que Flo conoce muy bien. Y no se habrían atrevido a correr el riesgo de mostrar a esa mujer, si antes no se hubiesen convencido por completo de la imposibilidad de encontrar a la verdadera señora Lintig.

—Pero oye, muchacho —dijo Bertha—. ¿Cómo sabían que Steve Dunton se iría a pescar? Él podía haberla confundido, demostrando su impostura.

—Desde luego, no lo sabían —repliqué—, y especialmente porque la señora Lintig nada dijo de eso a Flo, o, lo que es más probable, porque ésta no recordara los nombres. Únicamente sabía

que la señora Lintig se había relacionado con bastantes personas y eso le pareció suficiente.

»Ahora bien —añadí, mientras Bertha seguía fumando en silencio—, el doctor Alfmont recibió una carta, al parecer, de su esposa. Él asegura que reconoció su carácter de letra, pero después de examinar tal carta, creo que es una falsificación.

—Lo interesante —dijo Bertha— es demostrar que la señora Lintig es una impostora.

—¿Y de qué serviría eso?

—Pondría al doctor Alfmont en una situación mucho más fácil y eso es precisamente lo que necesitamos.

—Antes quizá, pero ahora no serviría de nada. Quieren perseguir a Alfmont por asesinato, y si no hallamos el medio de evitarlo, mañana a las diez de la mañana este asunto se va a estropear definitivamente.

—Mira, muchacho —dijo Bertha—. Podrías tratar del asunto con Marian. Procura que vea a Alfmont y que diga que no es el mismo a quien vio salir de aquella habitación.

—Olvida usted —repliqué— que muchos están enterados de eso y no necesitan otra cosa sino identificarlo. Ya han dicho al fiscal suplente que, a su juicio, el asunto tiene una derivación en Santa Carlota. Él les ha rogado que aguarden hasta que Marian Dunton esté convencida, en absoluto, de que el individuo a quien vio salía de la habitación trescientos nueve, y no de otra. Y están dispuestos a actuar.

»Supongamos ahora que muestran a Marian Dunton una fotografía del doctor Alfmont y ella se niega a reconocerlo. ¿Qué pasará entonces? Pues que la someterían a un pesado y minucioso interrogatorio, que ella no podrá resistir. No sería capaz de eso ninguna muchacha de su edad, a no ser que tuviese mucha más experiencia y hubiera sufrido más palos de la fortuna que Marian ha podido recibir.

»Ésta de pronto, se deja dominar por el histerismo y empieza a referir la historia verdadera o lo bastante de ella para que puedan llenar los huecos. Averiguarán que usted y yo la hemos protegido y aconsejado, mientras la joven se hallaba en la ciudad. No se molestarán en pedirle ninguna explicación ni en retirarle a usted la licencia. Se limitarán a prendernos como cómplices, acusándonos de

haber intentado el soborno y las declaraciones falsas por parte de un testigo de cargo, y nos condenarán como perjuros, de modo que nos veremos muy bien encerraditos en la cárcel.

—Bien, muchacho —replicó Bertha—. Vamos a ver cómo nos libramos. Hemos hecho todo lo posible. Podemos alegar que la señora Lintig es una impostora y desafiarla a que pruebe lo contrario. Eso nos dejaría limpios de toda culpa.

—Quizá nos quite las manchas de la ropa, pero no obtendremos ningún resultado agradable para nuestro cliente.

—Prefiero no obtener resultado, en favor de nuestro cliente y, en cambio, evitarme la estancia de veinte años en la cárcel de mujeres de Tehachapi.

—Lo que necesitamos —contesté— es mantenernos lejos de la cárcel, dar una oportunidad a nuestro cliente y lograr que lo elijan alcalde de Santa Carlota. Usted necesita negocios. Y en cuanto gozara de la protección del alcalde de Santa Carlota, eso equivaldría para usted a muchísimo dinero.

—Vamos a ver —dijo Bertha—. Fuiste a San Francisco en el autobús, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y dejaste el automóvil en Santa Carlota?

—Sí.

—¿Y lo recogiste a hora avanzada de esta mañana?

—Sí.

—Entonces había en Santa Carlota alguien que te tiró de la nariz. ¿Quién era? ¿Un policía? —Y en vista de que yo afirmaba, añadió—: ¿El mismo que te obligó a salir de Oakview?

—Sí.

—Pues eso no me gusta —dijo—. Un policía bandido puede enredarte de tal manera, que ya no puedas librarte fácilmente.

—Ya lo sé —contesté, sonriendo.

—¿Y de qué te ríes?

—Porque éste es un juego en el que pueden tomar parte dos personas. Un hombre listo puede armar un lío a un policía, de modo que éste ya no pueda hacer lo mismo con el otro. Y, por si quiere saberlo, en este momento el sargento John Herbert está ocupadísimo y no me extrañaría que se viese obligado a dar multitud de explicaciones.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó ella.

—En primer lugar —dije—, se le vio frecuentar La Cueva Azul y el trato de Evaline Harris. Cuando necesitaron enviar a alguien a Oakview, para adquirir todos los retratos existentes de la señora Lintig, mandaron a Evaline. Y cuando ésta fue asesinada y la policía empezó a preguntar quiénes eran sus amigos del sexo masculino, Herbert hizo presión sobre el director del *cabaret*. No sé hasta qué punto lo consiguió, pero todas las muchachas recibieron orden de no hablar de Herbert. De modo que ya ve usted que ese individuo se verá en muy mala situación si alguien destapa la olla.

—¿La has destapado tú? —pregunto Bertha.

—Sí.

—Mira, Donald —añadió ella—, sentiría muchísimo haber tenido alguna vez la tentación de darte un tirón de narices, porque estoy segura de que me lo harías pagar caro.

—Sin duda alguna —contesté.

—Bueno. Ahora, si quieres, vamos a robar ese baúl.

—Antes es preciso que se dirija usted un telegrama —le recordé.

Nos encaminamos al Hotel Mapleleaf. El empleado saludó a mi compañera y me miró receloso. Pero Bertha le sonrió, diciendo:

—Es mi hijo. Sale de la Academia Militar.

—¡Oh! —exclamó el empleado.

Subimos a la habitación de Bertha y a los quince minutos llegó el telegrama que ella misma se había expedido. Bajamos para hablar con el empleado nocturno.

—Acabo de recibir malas noticias —dijo Bertha—. He de tomar un avión de madrugada, hacia el Este. Necesito que suban mi baúl a mi cuarto, para hacer el equipaje.

—Ahora no está el mozo —contestó el empleado—. Pero creo que podremos sacarlo.

—Yo lo subiré en el ascensor si me proporciona una carretilla de mano —dije.

—En el sótano hay una —contestó el empleado.

—Necesitaré un baúl y una maleta. Y tú, Donald, ¿te crees capaz de subir el baúl?

Contesté afirmativamente, y el empleado, muy amable, nos dio la llave del sótano. Dos minutos después, encontramos un baúl con las iniciales «F. D.» y una etiqueta que decía: «Propiedad de

Florence Denzer, habitación seiscientos dos».

Abrimos el baúl de Bertha y entre los dos metimos dentro el de Flo. Quedaba algún espacio libre en los lados, pero lo rellenamos de ropa y periódicos. Cerramos el baúl de Bertha, lo cargamos en una carretilla de mano y así lo conduje hasta el ascensor. Treinta minutos después estaba a cargado en la trasera de un taxi y nos dirigimos a la estación. Allí cambiamos de vehículo para no dejar una pista, y regresamos al piso de Bertha.

El muchacho del ascensor nos proporcionó una carretilla llevamos el baúl a la habitación de Bertha. No pude abrir la cerradura del baúl de Flo, pero en pocos minutos pude cortar las cabezas de los remaches que la sujetaban al baúl.

Antes de vaciar la mitad de su contenido, encontramos lo que andábamos buscando: un paquete de papeles y documentos, rodeados de un cordel fuerte.

Los examinamos y pudimos encontrar el permiso de matrimonio del doctor Lintig, algunas cartas que éste escribió durante el noviazgo, cuando era aún estudiante, algunos recortes de periódicos y un retrato del doctor Lintig y de su novia, en traje de boda.

El primero había cambiado algo desde entonces. Me fijé en la cara de la novia y Bertha exclamó:

—¿Es ésta la que viste en el hotel?

—No —contesté.

—Pues no hay duda —replicó Bertha—. Los hemos derrotado.

—Al parecer, no se acuerda usted del asesinato.

Al registrar mejor el baúl, encontramos algunos papeles escritos en español. Los examiné y dije:

—Esto parece una sentencia de divorcio pronunciada en Méjico.

Y en efecto lo era.

—¿Sirve de algo? —preguntó Bertha.

—No mucho —contesté—. Algunos Estados mejicanos exigían la estancia de un día para poder obtener un divorcio y aun consentían que esa residencia pudiera ser la de un representante de cualquiera de los cónyuges. Los abogados mejicanos ganaron mucho dinero con esos divorcios. Luego hubo los correspondientes matrimonios, de modo que las autoridades acabaron por cerrar los ojos ante aquellos delitos de bigamia.

—¿Qué te parece? —preguntó Bertha—. ¿Por qué hizo ella eso?

—Porque quería casarse de nuevo, pero sin que se enterase el doctor Lintig. De este modo podría amenazarlo constantemente. Por esta razón obtuvo el divorcio en Méjico. No había tenido en cuenta esta posibilidad.

—¿Y cómo se explica que le pasara por alto?

—Ya lo veremos —contesté.

Me dirigí al teléfono y dicté un telegrama para las autoridades de Sacramento, California, pidiendo informes acerca del matrimonio de Amelia Sellar, así como también que me comunicaran si había muerto y si se le había enterrado según su nombre de soltera o de casada, en el supuesto de que hubiese contraído nuevo matrimonio.

—Me parece que estamos obteniendo resultados, muchacho. Caramba, Donald, si fueses capaz de luchar…

—Debería usted tener a mano una lista de detectives particulares, a los que pudiera llamar con urgencia.

—La tengo —contestó Bertha.

—Bueno, pues llame a dos. Les dará la descripción de John Herbert. Que vigilen la Jefatura de Policía. Quiero saber adónde va ese Herbert cuando salga de allí.

—¿No regresará a Santa Carlota? —preguntó.

—No lo creo. Por lo menos me parece que no irá en seguida.

Bertha Cool se dirigió a su escritorio y empezó a telefonear. Yo volví a examinar el contenido del baúl. Cuando Bertha hubo terminado, había encontrado ya algunos trajes antiguos, de escena, unas cuantas fotografías para publicidad, de una mujer que vestía un traje de malla. Algunos de aquellos retratos estaban dedicados y los firmaba Flo.

—Añadamos veinte años y otros tantos kilos a la mujer de estos retratos —dije— y será la misma a quien vi en Oakview y que se hacía llamar señora Lintig.

Bertha Cool se dirigió a su alacena para regresar con una botella de coñac. Examiné la fecha de la etiqueta y vi que indicaba el año 1875.

capítulo once

ACABABA Bertha de tomar su tercera copa de coñac, al cabo de una hora, cuando llamó el teléfono.

—Sin duda nos van a dar el parte con respecto a Herbert —dijo, consultando el reloj.

No pude oír lo que decían, pero observé los cambios de expresión del rostro de Bertha. Por último exclamó:

—Yo no guío ningún coche. Eso se puede comprobar.

Siguió un período de silencio, durante el cual ella prestó oído. Evitó mirarme y al, fin dijo:

—Tendré que consultar mis notas para saber cuál de mis agentes guiaba el coche en el momento que usted señala y también dónde se hallaba entonces el automóvil. Creo que habrá alguna equivocación, pero… No, no voy ahora a la oficina. Estoy en la cama. De nada serviría que fuese allá, porque las notas están a cargo de mi secretaria y no quiero que se la moleste a esta hora de la noche. Además, eso carece de importancia, porque casi siempre los testigos dan números de matrícula equivocados… Sí, mañana a las diez… Bueno, a las nueve y media… Antes no es posible… Tengo varios agentes y dos o tres de ellos dedicados a un caso… no, no puedo comunicarles su nombre ni la naturaleza del asunto. Es confidencial. Por la mañana me enteraré de eso y se lo comunicaré. No haré nada hasta entonces.

Colgó el receptor y me dijo:

—Parece, Donald que la cosa marcha de prisa. Santa Carlota ha telefoneado a la población de aquí pidiendo colaboración. Han encontrado un testigo que da el número de nuestro coche, acusándole de un atropello.

—No me figuraba que se atreviesen a eso —repliqué.

—Te van a dar un disgusto, muchacho. Desde luego te ayudaré

cuanto pueda, pero el asunto se verá en Santa Carlota. No hay duda de que es una pura calumnia.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Anteayer.

—Pues el coche estaba en un garaje —contesté—. Tengo un recibo firmado.

—Parece ser que en el garaje han declarado que te llevaste el coche antes de que permaneciese allí dos horas, que estuviste ausente por espacio de otras dos y lo dejaste otra vez allí. Dicen que, al parecer estabas excitado. Nadie te conoce por tu nombre, pero han dado las señas.

—Aquel maldito bandido me amenazó con eso —repliqué—. Pero no me figuré que lo hiciese.

—Pues lo ha hecho y…

Volvió a llamar el teléfono. Bertha titubeó y, al fin, se resolvió por contestar. Tomó el receptor y aquella vez no dio su nombre. Luego tomó un lápiz y un bloc de papel trazó algunas palabras.

—Un momento —dijo luego—; no se mueva.

Cubrió el receptor con la mano y me dijo:

—Herbert salió de Jefatura y nuestro agente lo ha seguido hasta el Hotel de Cayo Hueso. Herbert entró en el local, al parecer, es muy lujoso, dio el nombre de Frank Barr, diciendo al empleado que llamase a la habitación cuarenta y tres A. La ocupa una tal Amelia Lintig, que, a su llegada, dijo proceder de Oakview, California. ¿Qué hacemos ahora?

—Espere usted un momento para que reflexione —contesté—. Se trata de una conferencia preliminar o de una visita oficial. Quieren darse prisa porque la elección se celebrará mañana. Encargue a ese agente que no abandone a Herbert hasta que lleguemos allí.

—¿Y si Herbert sale antes de nuestra llegada?

—Que lo deje marchar —contesté.

Transmitió estas instrucciones por teléfono y colgó el receptor.

Tomé el sombrero, en tanto que Bertha se ponía el suyo y luego el abrigo. Miró a las dos copas de coñac que había sobre la mesa, tomó una y me señaló la otra.

—Es un crimen beberse eso de prisa —observé.

—Peor sería no aprovecharlo —replicó ella.

Así fue como los dos bebimos aquel líquido ambarino, claro y

suave.

Al bajar en el ascensor, Bertha me dijo:

—Cada uno de los pasos que damos nos compromete más, Donald. Estamos en una situación muy desagradable.

—Ya es tarde para arrepentirse.

—Eres un tío listo de verdad, pero tu defecto es que no ves nunca el momento de detenerte.

No contesté. Tomamos un taxi y nos dirigimos al lugar en que se hallaba el coche de la agencia. Continuamos el viaje y al llegar a Normandie, pues tal era la población indicada, Bertha descubrió a su agente. Al ser interrogado, éste dijo:

—El hombre a quien seguía salió, pero de acuerdo con las instrucciones recibidas, lo he dejado marchar.

—Muy bien. Ahora si ve salir a una mujer de unos cincuenta y cinco años, cabello gris, ojos negros y que aproximadamente pesará unos setenta kilos, sígala. Sitúe a su compañero en el callejón y si ve a esa mujer la seguirá él.

—No tenemos ningún coche —contestó.

Les dije que tomasen el de la agencia y luego, dirigiéndome a Bertha, exclamé:

—Entre usted sola. Diríjase al empleado como si fuese una gran señora. Averigüe a qué hora se relevan las empleadas que cuidan de la centralita telefónica y entérese de sus nombres.

—Van a sospechar si pregunto tanto —exclamó.

—No será así si lo hace usted bien. Diga que se esfuerza en seguir los pasos de su sobrino, que está encaprichado de una muchacha que trabaja en la centralita telefónica del hotel. Usted desea vigilar a esta última. Si es una buena muchacha, usted le dará su bendición y no alterará su testamento. Pero si es una cazadora de dotes, le pondrá la proa. Haga centellear sus brillantes a los ojos del empleado, pero obtenga, de un modo u otro, las señas de los domicilios de esas muchachas.

—¿Y qué te propones?

—Aún he de meditarlo.

—Mira, Donald —exclamó ella—, antes de que trabajases conmigo, de vez en cuando podía dormir toda la noche. Pero ahora es imposible.

—Tenga en cuenta que el único modo de salir del aprieto en que

se encuentra es obedecerme en todo.

Penetró en el hotel y mientras tanto empecé a pasear por delante de la puerta. Vi cómo charlaba con el empleado y tuve la esperanza de que no pronunciaría ninguna palabrota.

Poco después llegó un taxi desocupado y le hice seña de que lo tomaría. El automóvil paró y pocos minutos después salió Bertha y subió al vehículo.

Di instrucciones al chófer para que siguiera por la misma calle, sin darse prisa, y entonces interrogué a mi compañera.

—Ya lo tengo —dijo—. No ha sido difícil. La muchacha que trabaja en el turno de día se llama Frieda Tarbing y vive en ciento diecinueve Cromwell Drive. Entra de turno a las siete de la mañana y trabaja hasta las tres de la tarde. Es una muchacha muy atractiva para los hombres. La que trabaja por la tarde es fea, pero muy hábil. Frieda también trabaja con acierto, pero es muy coqueta. El empleado está seguro de que mi sobrino anda persiguiéndola, porque la telefonista de la tarde no tiene novio y no lo ha tenido nunca.

—Eso resulta fácil —dije.

Abrí la vidriera que nos separaba del chófer y le ordené que nos llevase a las señas que acababa de comunicarme Bertha.

Ésta se acomodó en el asiento y exclamó:

—Me gustaría saber lo que te propones.

—Yo también —contesté.

Me miró con los párpados casi cerrados y dijo:

—Si te metes en otro lío, te retuerzo el pescuezo, como hay Dios.

No contesté, y mientras tanto el taxi avanzaba por las desiertas calles.

Llegamos a una casa que alquilaba habitaciones y no me costó ver el nombre de aquella muchacha en el zaguán. Mientras oprimía el botón del timbre, dije a mi compañera:

—Usted me ha de facilitar la entrada. Dígale a esa joven que necesita verla para hacerle ganar algún dinero. A esta hora de la noche no dejaría entrar a ningún hombre en su casa.

Silbó entonces el tubo acústico y una voz preguntó a Bertha qué deseaba.

—Soy la señora Cool —contestó ella—. Deseo verla a usted para tratar de un asunto que podrá proporcionarle algún dinero. Un

minuto me bastará.

—¿De qué negocio se trata?

—No puedo explicárselo aquí. Es reservado.

—Bueno. Suba —contestó la voz.

Se abrió la puerta y yo la mantuve abierta para dar paso a Bertha. Encontramos un ascensor que nos llevó al cuarto piso, y llegamos así a la habitación de Frieda Tarbing. La claraboya que había sobre la puerta dejaba pasar luz, pero aquélla estaba cerrada.

Llamó Bertha y dio su nombre. La persona que se hallaba dentro abrió la puerta, defendida por una cadena, se asomó para mirar a Bertha hizo de modo que viese los brillantes de su mano.

—Entre —dijo Frieda Tarbing—. ¡Dios mío! Ignoraba que la acompañase un hombre. ¿Por qué no me avisó?

—¡Oh, no importa! Es Donald —dijo Bertha—. No haga caso.

Frieda Tarbing se volvió a la cama, quitándose antes las zapatillas, se tapó y dijo:

—Busquen ustedes un par de sillas que no tengan ropa encima. Mejor será que cierren la ventana.

Tenía el cabello casi negro y los ojos llenos de vida. Su rostro era muy lindo y lozano.

—Bueno, ¿qué desean? —preguntó.

—Mi tía acaba de alquilar una habitación en el Cayo Hueso —dije.

—¿Cómo se llama su tía?

—Amelia Lintig.

—¿Y qué tengo yo que ver en todo eso?

—Mi tía es viuda, tiene mucho dinero y poco sentido común. Hay un hombre que trata de conquistarla para hacerse dueño del dinero. Y yo quiero impedirlo.

Me miró sin mucho entusiasmo y dijo:

—¡Ya! De modo que usted es pariente y espera que su tía, y al morir, le deje todo el dinero. Ella, mientras tanto desea divertirse un poco y a usted no le agrada, ¿es así?

—No —contesté—. No deseo su dinero, sino cerciorarme de que obra bien. Si quiere casarse con ese individuo no me importa. Pero sospecho que él quiere hacerla víctima de un chantaje. Creo que podría hacerlo, aunque ignoro cuál es el arma que posee contra mi tía. Es probable que sea algo serio. Tal vez la ha convencido de que

ella podría ser un testigo contra él o viceversa, en un asunto de carácter criminal, pero lo cierto es que no estoy bien enterado.

—¿Y usted qué desea de mí?

—Pues que se entere de sus comunicaciones telefónicas, mañana por la mañana.

—No nos pondremos de acuerdo.

—Escuche usted. Mañana, cuando hable con ese individuo, si se hacen el amor no me interesa. Pero si él la amenaza o habla de algún crimen o delito, deseo enterarme. Tengo cien dólares para usted.

—Eso es diferente —exclamó la joven—. ¿Y cómo me consta que hay cien dólares para mí?

—Porque se los vamos a pagar ahora mismo.

—Si alguien se entera podría costarme el empleo.

—Nadie podrá enterarse —contesté.

—¿Y yo qué debo hacer?

—Avisarme cuando ella llame a ese individuo. Si la conversación es amorosa o carece de importancia, no me interesa. Si en cambio hay, al parecer, un intento de chantaje, entonces yo deseo poder poner las cartas boca arriba con respecto a ella y decirle: «Oiga, tía Amelia: Antes de que cometa usted una imprudencia, es preciso que me informe bien de lo que pasa».

Frieda Tarbing se echó a reír, tendió la mano y dijo:

—Venga.

—Dele usted cien dólares —dije a Bertha.

Ésta, con cara avinagrada, abrió el bolso, contó cien dólares y los entregó a Frieda.

—Cuando me vea —dije— finja que no me conoce.

—¿Me cree tonta? —contestó.

—Bien. Mañana irá a ver a mi tía Amelia. Al salir le entregaré a usted un pedacito de papel con un número. Si en la conferencia que celebre luego mi tía no hay nada de particular, llama usted a ese número me dice sencillamente: «Ha perdido usted la apuesta». Si advierte usted en la conferencia algo delictivo, me dirá: «Ha ganado usted la apuesta».

—Muy bien —dijo—. Abran la ventana antes de salir y apaguen la luz. Voy a dormir un ratito antes de que llame el despertador. Adiós.

Se guardó los billetes debajo de la almohada, estiró las piernas y se dispuso a dormir.

Abrí la ventana y luego la puerta. Bertha apagó la luz. Salimos al corredor y Bertha preguntó:

—¿Qué hacemos ahora?

—Volver al taxi, dirigirnos al Cayo Hueso y vigilar a nuestros agentes para que no se estropee nada. Esto es lo que haré yo —contesté—. Usted váyase a dormir un rato, a su habitación. No me atrevo a comparecer por la oficina porque, sin duda, me esperarán para detenerme con el pretexto de ese atropello. Usted procure no acercarse por allí. A las nueve o nueve y media vaya al Cayo Hueso y tendremos una conversación con mi tía Amelia.

—¿Y de qué hablaremos?

—Aún no lo sé. Antes debo reflexionar. Sin duda se me ocurrirá alguna idea.

Subimos al taxi y encargué al chófer que me llevase al Cayo Hueso y luego a Bertha a su habitación.

—¿Temes acaso que esa mujer se marche a estas horas de la madrugada, Donald?

—No lo creo, pero no quiero exponerme —contesté.

El chófer me dejó delante del Hotel Cayo Hueso. Me apeé y después de despedirme de Bertha, fui a reunirme con nuestro agente, que vigilaba la fachada.

Me entretuve charlando con él hasta que llegó el día. Entonces, como ambos teníamos mucho frío, nos turnamos en la vigilancia para ir a tomar un café caliente. Mi compañero se alejó con este objeto y, a su regreso, le ordené que se sentara a mi lado sin decir una palabra porque tenía necesidad de reflexionar.

Hacia las siete de la mañana me dirigí al callejón para relevar al otro agente, a fin de que fuese a desayunar. A su regreso, me encaminé a una estación de servicio. Entré en el lavabo y me refresqué. Luego fui al restaurante y tomé un buen desayuno. Hecho eso, volví al Cayo Hueso en espera de la llegada de Bertha.

capítulo doce

APARECIÓ en un taxi hacia las nueve y media. Me dio la impresión de que estaba preocupada. Se acercó al agente y le dijo que media hora después llegaría el relevo. Y le recomendó que telefoneara antes de las cinco y podría decirle si tenía trabajo para él a la noche siguiente.

En cuanto estuvimos solos me dio cuenta de que había recibido respuesta al telegrama que envié a Sacramento, en el cual decían que Amelia Sellar se había casado en febrero de mil novecientos veintidós, con un tal John Wilmen. Añadían que no se habían divorciado y que no existían indicios de la muerte de ninguno de los dos contrayentes.

—Bien —dije—. Eso nos pone en una situación difícil.

—¿Y qué vamos a decir a esa mujer? —preguntó Bertha.

—Depende de su reacción. Déjeme hablar a mí y siga la táctica que yo adopte. He reflexionado mucho. Probablemente hoy se disponen a preparar la trampa. Sin duda apenas tienen tiempo suficiente, antes de la elección, para difundir algunos chismes, aunque ya no habrá tiempo tampoco para refutarlos.

En cuanto nos vio el empleado del despacho nos dirigió una sonrisa. Yo me encaminé hacia la centralita telefónica, donde Frieda no dio ninguna señal de haberme reconocido.

Le rogué que avisara a la señora Lintig de que su sobrino aguardaba en el vestíbulo. También le recomendé que procurase no sobresaltarla porque tal vez estuviese aún dormida.

El empleado oyó mis palabras, pero apenas se fijó en ellas. Frieda hizo algunos movimientos con las clavijas de la centralita y en voz baja me preguntó si realmente deseaba que llamase a la señora Lintig.

Le contesté en sentido negativo y ella, levantando la voz,

disimuló.

Le di las gracias y, acompañado por Bertha Cool, me dirigí al ascensor.

Un «botones» negro nos llevó hasta el cuarto piso. Una vez allí nos dirigimos al número
43-A
y llamé a la puerta.

Oímos ruido en el interior, y dirigiéndome a Bertha, le dije:

—Sin duda hoy es el día señalado y esa mujer está ya preparada. Con toda probabilidad se dispone a ir a Santa Carlota para llegar por la tarde. Entonces empezarán a difundir sus chismes.

Se abrió la puerta y apareció la misma mujer a quien conociera en Oakview. Me miró ceñuda y luego dio muestras de haberme reconocido. Observé que no llevaba gafas.

—Buenos días, señora Lintig —dije en tono cordial—. Supongo que me recuerda. Vengo de Oakview. Un amigo de usted, el sargento Herbert, me dijo que seguramente podría comunicarme algo interesante.

—Ignoraba que deseara publicar la historia en Oakview. Pero ¿conoce usted al sargento Herbert?

—¡Claro! Somos muy buenos amigos.

—Bueno —replicó, dudosa—. Entren.

—Le presento a la señora Bertha Cool, la señora Lintig —dije.

Luego entramos, cerré la puerta y observé que la cerradura era de golpe.

—Ignoro los detalles —dije una vez estuvimos dentro—. Pero tengo entendido que el periódico de Santa Carlota va a publicar el asunto al mismo tiempo que nosotros.

—¿Y quién le envía a usted? —preguntó.

—John Herbert —contesté—, quien me dijo que usted se hallaba bien enterada.

—Sí. Desde luego. Y ya me dispensará si hablo con alguna cautela —contestó—. La historia es la siguiente: Supongo que usted conoce ya la primera parte, o sea, que mi marido me abandonó sin ningún medio de subsistencia.

—Pero ¿no recibió usted antes cuanto poseía de él? —pregunté.

—Sí, desde luego —contestó—. Pero con eso no habría podido sostenerme dos años. Y han pasado veintiuno desde que huyó con

esa mujerzuela. Desde entonces ando buscándolo. Pocos días atrás conseguí localizarlo y ¿a que no adivina usted dónde lo encontré?

—En Santa Carlota —contesté.

—Pues, sí, señor. Vive allí con el nombre de doctor Charles Loring Alfmont. Él y esa mujer, llamada Carter, viven maritalmente con toda desvergüenza, y lo más asombroso es que él desea que lo elijan alcalde de la población. Desde luego, creo que mi marido retirará su candidatura. En este caso la historia no se publicará.

—Naturalmente —contesté—. John ya me había advertido de eso y prometí no publicar la historia hasta recibir aviso. Ahora, con referencia a esa Evaline Harris que se dirigió a Oakview y luego fue asesinada, tengo entendido que trabajaba por cuenta de usted, a fin de averiguar cosas con respecto a su marido.

—John no pudo contarle eso —contestó aquella mujer en tono receloso.

—Sí, señora —dije.

Ella, al parecer más recelosa todavía, replicó:

—John nunca me dio cuenta de que tuviese un amigo en el periódico de Oakview.

—Es natural —contesté riendo—. Hasta ayer él ignoraba que estuviese empleado allí. Pero ya hace varios años que nos conocemos.

—Bueno —dijo ella, decidiéndose—. John no puede haberle dicho nada acerca de esa Harris porque no sabía una palabra. Y yo no la he visto nunca en mi vida.

—Es curioso —repliqué—, porque era una camarera de La Cueva Azul, donde estaba usted también empleada. Además —añadí, notando su sobresalto— quiero contar una historia verdadera en el periódico, sin error ni falsedad alguna.

—Miente usted —contestó—. No conoce siquiera a John Herbert.

—Pues sepa que somos dos buenos amigos —repliqué.

—¡Márchense ustedes en el acto! ¡Los dos! —exclamó con voz ronca.

Bertha y yo nos sentamos sin hacerle caso, y dirigiéndome a aquella mujer, le dije:

—Vamos a hacerle algunas preguntas.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó ella, alarmada.

—Detectives —contesté. Y observando que me dirigía una mirada de desesperación, añadí—: Ha sido una pista muy larga y fatigosa, Flo, pero lo hemos descubierto todo. En San Francisco vivía usted con Amelia. Se enteró de su historia y en cuanto ella se hubo casado con ese Wilmen, se quedó usted con sus documentos, guardados tal vez en un baúl, o quizás los robó. El caso es que los tenía en su poder.

—¡Mentira! —exclamó.

—Recientemente los politicastros que se habían hecho dueños de Santa Carlota desearon encontrar a la señora Lintig; se dirigieron a usted, pero no pudo indicarles dónde estaba Amelia Lintig, tal vez porque ha muerto o porque se trasladó a otro Estado. Sin embargo, usted los convenció de que podría suplantarla, pues conocía muchos detalles acerca de ella.

»Además, era usted muy amiga de Evaline Harris, que trabajaba con usted en el *cabaret* y pensó en enviarla a Oakview para que hiciese algunas investigaciones, y, en especial, deseaba que se hiciese con todos los retratos de Amelia Lintig que se pudieran encontrar.

—Está usted loco —replicó.

—Evaline regresó con las fotografías, pero estaba dominada por la curiosidad. Era una mujer avariciosa. Se le estropeó el baúl durante el viaje y aun cuando comprendía que usted no le habría dado su conformidad, para evitar que alguien pudiese seguir sus pasos, hizo la reclamación al ferrocarril. Y en cuando se dio usted cuenta de que su viaje no había pasado inadvertido, se alarmó.

»John Herbert le daba a usted instrucciones. Estaba enterado de todo lo referente a Evaline. Cuando empezó a buscar a Amelia, la pista lo llevó a usted. Solía frecuentar La Cueva Azul trabó amistad con Evaline, a quien dio instrucciones acerca de lo que debería hacer en Oakview.

—¡Mentira! —repitió.

—No es mentira, porque se puede probar la verdad. Ahora bien, Evaline dejó rastro de su paso causa de su reclamación en el ferrocarril. Además deseaba recibir algún dinero como precio de su silencio y, por esta razón, la estrangularon.

—¡Salgan ustedes de aquí ahora mismo o les arranco los ojos! —gritó.

El enorme brazo de Bertha Cool salió disparado como un martillo pilón.

Agarró el cabello de Flo, le dio unas cuantas sacudidas y exclamó:

—¡Cállese o le meto los dientes en la garganta! Ahora siéntese y no se mueva.

Por un momento las dos mujeres se miraron amenazadoramente y Bertha exclamó:

—Tenga cuidado, porque no sabe usted quién soy yo. Se lo aseguro.

—Todo eso es mentira —replicó Flo Danzer—. Pero díganme de una vez qué quieren.

—Pues que no vaya a Santa Carlota —replicó Bertha Cool.

—Un momento —interrumpí—. El asunto de Santa Carlota está listo. Cinco minutos después de haber contado esa novela, demostraríamos su impostura. Ahora lo que conviene es poner en claro el asesinato. Por consiguiente hable usted —añadí, dirigiéndome a Flo.

—¡Váyase al cuerno! —replicó ella—. Desde luego ha conseguido una cosa, y es que no iré a Santa Carlota para meter la cabeza en un nudo corredizo. Que se arregle John Herbert sin mí. Por lo demás no sé nada de nada, y si continúan ustedes aquí llamo a la policía.

—No se atreverá —contesté.

—Por otra parte —replicó ella—, en este momento no pueden acusarme de nada. No he hecho nada delictivo. Bien es verdad que me proponía contar una historia a un periodista de Santa Carlota y luego habría desaparecido, de manera que todo el mundo sospecharía que el doctor Alfmont me había quitado de en medio y, además, la policía lo habría acusado del asesinato de Evaline Harris. Hay testigos que lo habrían identificado y aun cuando no existiera la certeza de que me hubiese matado a mí, ya no tendría la menor probabilidad de ser elegido alcalde. Y ahora, por si les interesa saberlo, el asesino de Evaline es Alfmont. Quiso obtener algunos informes de ella, pero surgió una disputa y la mató. Desde luego que yo no soy ningún ángel, pero no transijo con el asesinato. Esta tarde tal vez podrían ustedes haberme acusado de algo, pero ahora no. Y voy a llamar a la policía.

—¿Cuándo vio usted por última vez a Evaline Harris viva? —pregunté.

—Un día antes de su muerte. Y le aconsejé que tuviese cuidado con el doctor Alfmont porque es hombre peligroso. Además estaba convencido de que Evaline andaba buscando dinero de quien fuese. Tenía el vicio del chantaje, y aun a los hombres que se aficionaban a ella procuraba hacerlos víctimas de su codicia.

—Cuando la policía encontró su cadáver —repliqué— se observó que en el cenicero había unas colillas, una de las cuales estaba teñida de rojo.

—Evaline dormía con un paquete de cigarrillos al lado de la cama y, al despertar, se apresuraba a encender uno.

—Estoy convencido —repliqué— de que Evaline recibió la visita de una persona conocida. Debía de ser un hombre. Del diálogo nació la disputa y ese individuo la estranguló. Y usted sabe quién es el asesino.

—Claro. Fue el doctor Alfmont. Y él se indignó al observar que le pedía dinero.

—Bueno —dije a Bertha, después de hacerle un guiño—. Ahora la policía está trabajando para descubrir las huellas dactilares en estas colillas, de modo que acabarán por descubrir quién fue el criminal. Sería muy curioso que esas huellas fuesen del sargento John Herbert y que éste pudiese demostrar la complicidad de Flo Danzer.

—No sea usted tonto —replicó ella—. Puedo confesar todo lo que he hecho. Fui a Oakview diciendo que era la señora Lintig. ¿Qué importa eso? Cualesquiera que pudiesen ser mis intenciones, no he cometido ningún delito. Y no se haga usted ilusiones porque no podrá culpar de nada a John Herbert. El asesino es Alfmont.

Me puse en pie, y dirigiéndome a Bertha, le dije:

—Vámonos. Ahora mismo iremos a visitar al fiscal y pondremos las cartas sobre la mesa: le pediremos una orden de detención para Flo Danzer y John Herbert. Podemos demostrar todo lo que han hecho y esta señora se figura que no corre ningún peligro, pero no pasa de ser una ilusión.

Salimos Bertha y yo, aunque me costó bastante sacar a mi compañera, que estaba deseosa de dar una paliza a Flo. Ésta nos vio marchar, dirigiéndonos una mirada hostil, y en cuanto estuvimos en

la planta baja del hotel, Bertha se volvió a mí exclamando:

—¡Dios mío, Donald! ¿Por qué has hecho eso? ¿No comprendes que esa mujer encontrará el modo de sincerarse si le dejamos unos momentos en paz?

—Tenga usted en cuenta —repliqué— que no podemos probar nada en absoluto. Además, recuerde que nuestra visita no tenía más objeto que el de obligar a esa mujer a que llamara a Herbert. Lo hará ahora mismo. Y lo que va a oír por teléfono la señorita Frieda Tarbing le pondrá seguramente los pelos de punta. Y en cuanto sepamos lo que se han dicho esos dos por teléfono, tendremos ya alguna prueba.

Me dirigí entonces a la telefonista, en voz alta, le di las gracias, pero añadí, de modo que sólo me oyese ella, que, dentro de quince minutos, la llamaría por teléfono.

Salimos a la calle y señalé a mi compañera el coche de la agencia, pero ella se negó a tomarlo.

—Mejor será tomar un taxi —replicó.

—Veo que por aquí no pasa ninguno —observé.

—Lo pediremos por teléfono.

—Ahora —dije, observando a Bertha Cool con el rabillo del ojo — convendría ir a ver a Marian.

—No es posible —me contestó.

—¿Por qué?

—Ya te lo contaré luego. ¿No has leído los periódicos de la mañana?

—No. He estado trabajando toda la noche.

—Ya lo sé. Y ahora es preciso que sepas que no podemos volver a la oficina ni tampoco a tu casa o al lugar en que se encuentre Marian. Voy a telefonear pidiendo un taxi, tú comunica a nuestros agentes que me den el parte por teléfono al hotel Westmount. Vamos allá.

—¿Qué dicen los periódicos de la mañana? Voy a comprar uno.

—Ahora, no —contestó Bertha—. No te acuerdes más de eso.

—Bueno. Vaya usted en busca del taxi y venga a recogerme.

Fui a recomendar a los agentes que diesen el parte por teléfono al hotel Westmount y que, en caso de que allí, no obtuviesen respuesta, llamaran a la agencia y diesen el parte a la señorita Brand.

Poco después compareció Bertha con un taxi. Subí en silencio nos dirigimos al hotel Westmount. Bertha llevaba un periódico debajo del brazo, pero no me permitió verlo.

capítulo trece

NOS inscribimos en el hotel con los nombres de señora Cool y Donald Cool, y Bertha dijo:

—Mi sobrino y yo deseamos dos habitaciones con un baño común. Espero que me llamarán por teléfono. Hágame el favor de ponerme en comunicación inmediatamente. Nuestro equipaje vendrá luego.

Hizo centellear sus brillantes y todo el personal del hotel se dispuso a servimos.

En cuanto estuvimos solos en nuestras habitaciones telefoneé a Frieda Tarbing encargándole que, en cuanto supiera algo, telefonease al número 621 del Hotel Westmount.

—Bien —contestó ella—; por ahora no hay nada. Ya llamaré.

Colgué el receptor, y dirigiéndome a la cama, tomé el periódico que Bertha dejara allí, y en la primera página encontré unos grandes titulares anunciando que el testimonio principal del asesinato de Evaline Harris había desaparecido. Todo lo que se sabía hasta entonces hacía recelar a la policía que fue víctima de algún atentado. Y el periódico añadía que, con toda probabilidad, a una hora más avanzada, se habrían descubierto ya los detalles de lo sucedido.

Resolví representar una comedia para engañar a Bertha Cool.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¿Qué le habrá pasado? ¿Es posible que la policía haya sido tan torpe que no previera algo por el estilo? Es evidente que han dejado sin la menor protección a esa pobre muchacha. Me estremezco al pensar lo que ha podido ser de ella.

—No te apures, muchacho —contestó Bertha—. No le ha pasado nada.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Ten en cuenta —replicó— que la única persona a quien ella

podía identificar era a nuestro cliente. Y bien sabes que él sería incapaz de hacerla víctima de la menor violencia.

Volví a leer el artículo y observé:

—En su cuarto había algunas manchas de sangre.

—No te apures, Donald. A esa muchacha no le ha pasado nada. Si hubiesen querido matarla, lo habrían hecho allí mismo y la policía hubiese encontrado su cadáver. El hecho de que no esté allí, demuestra que aún vive. Ya la encontrará la policía.

—Ojalá tenga usted razón —exclamé paseando nervioso por la estancia.

—No te apures. Además, no podrías hacer nada. Tenemos otros asuntos más importantes en este momento y es preciso que no te dejes ofuscar.

Continué paseando por la habitación, fumé un par de cigarrillos, leí de nuevo el periódico y luego me acerqué a la ventana para mirar a la calle.

Bertha, que estaba fumando, llamó a la oficina y habló con Elsie Brand; ya colgado el receptor me dijo:

—La policía te espera en la calle ante la oficina. No hay duda de que esos individuos de Santa Carlota tienen ganas de hacer cosas.

No hice caso de tal observación y guardé silencio unos minutos.

Estábamos los dos impacientes a causa de la inacción. Me dirigí a la cama y me tendí. Me habría gustado mucho echar un sueño, pero comprendí que no podía dormir. Mi cerebro estaba tan excitado como si hubiese ingerido una cantidad extraordinaria de café.

Reflexionaba acerca de todos los detalles de aquel caso y pasaba revista a todas las posibilidades.

Pensé en Marian Dunton, preguntándome si tenía novedad. No me atrevía a llamarla, a causa de la presencia de Bertha Cool en la estancia.

De pronto el timbre telefónico me despertó de un profundo sueño. Automáticamente me incorporé y me puse en pie, aunque sin saber dónde estaba ni lo que ocurría. Pero no tardé en oír la voz de Bertha Cool que decía:

—Sí, habla la señora Cool. ¿No ha habido conferencia? Bueno, vamos allá.

Colgó el receptor del aparato, y volviéndose a mí dijo:

—Es Frieda Tarbing. Dentro de una hora acaba su guardia me lo ha recordado. Y también me ha dicho que esa mujer no ha llamado a nadie por teléfono.

Me dirigí al lavabo para lavarme la cara y los ojos con agua fría dije:

—Llame a Elsie Brand y pregúntele si alguno de los agentes le ha dado el parte. Probablemente ha ocurrido algo inesperado y, con toda seguridad, esa mujer ha salido del hotel.

Bertha se apresuró a hacer lo que le indicaba, pero Elsie le dijo que no había recibido noticia alguna de nadie. Añadió que la policía continuaba en la calle esperándonos.

—¡Dios mío! —exclamé mientras me peinaba ante el espejo—. No es posible que me haya equivocado. Esa mujer ha de haber comunicado con Herbert de un modo u otro. No tenía más remedio.

—Pues no ha sido así —contestó Bertha.

—En tal caso sólo nos queda un recurso. Iremos a darle otro susto. Estamos ya tan metidos en harina, que no nos importa comprometernos un poco más. Pero antes voy a llamar por teléfono.

Marqué el número de la casa en que dormía y contestó una criada.

—Haga el favor de llamar a la señora Eldridge.

Poco después oí la voz de ésta y le dije:

—Habla Donald. ¿Quiere usted hacerme el favor de avisar a mi prima para que acuda al teléfono? Siento molestarla, pero se trata de algo importante.

—Su prima, Donald —contestó la señora Eldridge con voz acre —, ha resultado ser Marian Dunton, es decir, la testigo que buscaba la policía en relación con un caso de asesinato. Hace tres horas que se la llevaron y creo que ahora andan buscándole a usted. Si se figura que va a utilizar mi casa como…

Me apresuré a colgar el receptor y Bertha Cool, después de mirarme, me preguntó con la mayor amabilidad:

—¿Tu prima, Donald?

—No. Es una amiga, pero dije que era mi prima.

—El número que has marcado era el de tu casa.

—Ya lo sé —repliqué.

Bertha continuó mirándome.

—No hay duda de que las mujeres se chiflan por ti. Y ahora

vámonos. No es posible continuar aquí todo el día sin saber lo que pasa. Y hay una posibilidad que no se te ha ocurrido.

—¿Cuál?

—Suponer que Herbert había convenido con Flo Danzer ir a recogerla esta tarde para llevársela a Santa Carlota.

—Ya lo había previsto —contesté—. Pero los agentes nos habrían comunicado algo.

—Sí —replicó Bertha—. Pero si ella sabía ya de antemano que Herbert iría a recogerla, no tendría necesidad de telefonearle, sino que se limitaría a esperar.

—Bueno, vamos. Ya no podemos estar más comprometidos —repliqué.

—Ojalá tuvieses razón —dijo Bertha disponiéndose a salir.

Una vez en la calle, encontramos un taxi parado ante el hotel. Subimos y di la orden al chófer de que se dirigiese al hotel Cayo Hueso.

Bertha y yo guardamos silencio y, al fin, tras un buen rato, ella dijo:

—No comprendo por qué has hecho eso con Marian. Lo cierto es que te has comprometido extraordinariamente y que ahora, si te cogen, te meterán en la cárcel.

—Cállese, porque estoy reflexionando —repliqué.

Continuamos el viaje en silencio, y cuando ya estábamos muy cerca del Hotel Cayo Hueso, exclamé:

—Hemos sido unos tontos.

—¿Qué pasa, Donald? —preguntó Bertha.

—Me refiero a las colillas que se encontraron en el cuarto de Evaline Harris. Una de ellas estaba manchada con un poco de carmín para los labios. La otra, en cambio, aparecía limpia. La policía creyó que eso indicaba la visita de un hombre, pero en realidad, da a entender todo lo contrario.

—¿Cómo?

—Recuerde —añadí— que Evaline Harris llegó muy tarde a su casa. Solía levantarse también a una hora muy avanzada, de modo que aún dormía cuando alguien llamó a su puerta.

—¿Cómo has llegado a esta conclusión?

—A causa del periódico que había sido echado por debajo de la puerta.

—Bueno, prosigue.

—Cuando usted se retira a descansar —dije—, supongo que no se acostará con la cara pintada.

—No.

—Tampoco lo hizo Evaline, se quitó el maquillaje y se acostó. Y antes de que pudiera pintarse otra vez, recibió la visita del asesino. Éste se sentó en la cama para hablar, pero el asesino era una mujer, de modo que la colilla teñida de rojo pertenecía a la visitante y no a Evaline.

En aquel momento el coche se detuvo ante el hotel.

Bertha Cool me miraba con la mayor fijeza.

—¿Comprende usted? —pregunté. Ella hizo una señal de asentimiento y añadí—: Bueno, vamos.

Despedimos el coche, y con el rabillo del ojo vi a uno de los detectives al lado del coche de la agencia y vigilando atentamente la puerta del hotel. Bertha lo vio también, pero no se molestó en hacerle la más leve señal.

Mientras sostenía la puerta abierta para que pasara Bertha, le dije:

—Procure entretener un minuto al empleado.

Ella inclinó la cabeza para asentir y se dirigió al despacho. El empleado acudió a saludarla yo me dirigí a Frieda Tarbing para preguntarle, en voz baja, si Flo había hablado por teléfono con alguien.

—No, señor —me contestó—. ¿Quiere usted que finja una llamada a su cuarto?

Observé que el empleado procuraba oír nuestra conversación y dije en voz alta:

—No se moleste en llamar, porque mi tía Amelia está esperándome, de modo que subiré.

—De acuerdo con el reglamento —contestó la joven—, tengo la obligación de llamar.

—No hay necesidad, señorita Tarbing. Pueden subir sin inconveniente —añadió el empleado, dirigiendo una sonrisa a Bertha.

Ésta le correspondió de igual modo y yo abrí las puertas del ascensor para darle paso. Penetré a mi vez en la cabina y ésta emprendió la ascensión.

—¿Se te ha ocurrido alguna idea? —preguntó Bertha en cuanto estuvimos en el corredor—. Esta vez será preciso darle un buen susto.

Asentí inclinando la cabeza y ella añadió:

—Y ahora debo advertirte que si la cosa se pone fea, tú no habrás de meterte en nada. Si es preciso luchar contra una mujer, conozco algunos puntos delicados que no se le ocurrirían siquiera a un hombre. Por consiguiente, déjame en libertad de hacer lo que convenza.

Llamamos, pero no pudimos oír ningún ruido. Volvimos a llamar, pero con el mismo resultado negativo.

—Nuestro agente se habrá dormido y esa mujer se nos ha escapado.

Llamamos de nuevo y como tampoco obtuviéramos respuesta, Bertha exclamó:

—Acompáñame abajo. Vas a oír lo que digo a ese idiota que está vigilando la puerta.

La seguí, porque realmente no podíamos hacer otra cosa. Pero apenas habíamos dado media docena de pasos cuando Bertha se detuvo para olfatear el aire. Se volvió a mí en el momento en que también yo acababa de sentir un pronunciado olor de gas.

A toda prisa volví a la puerta de la habitación y me puse a gatas, en mi deseo de ver algo por debajo de la puerta. Pero no lo conseguí, porque la rendija estaba cubierta por algo que no pude reconocer.

Me puse en pie de un salto, y dirigiéndome a Bertha, le dije:

—Vámonos.

A toda prisa la llevé al ascensor y bajamos al vestíbulo. Una vez allí dije al empleado:

—Temo mucho que a mi tía Amelia le haya ocurrido algo desagradable. Me esperaba a esta hora, pero lo cierto es que, aun cuando hemos llamado repetidas veces, no hemos obtenido ninguna respuesta.

—Tal vez habrá salido —dijo el empleado en tono afable—. Seguramente no tardará en volver. ¿Quieren ustedes esperar en el vestíbulo?

—Estoy segura de que no ha salido —observó Frieda Tarbing.

—Llámela por teléfono —ordenó el empleado.

Lo hizo así la joven, y unos momentos después dijo:

—No contesta.

—Pues bien —dijo el empleado—; lo siento mucho, pero no puedo hacer nada en absoluto.

—Al pasar por delante del corredor —observé— me pareció notar olor de gas.

Desapareció la sonrisa del empleado. Sin añadir palabra, pasó por debajo del mostrador, tomó una llave maestra y dijo:

—Vamos a ver qué pasa.

Subimos todos y el empleado, dirigiéndose a la puerta metió la llave en la cerradura. Pero no pudo abrir.

—Sin duda —dijo él, empleado— ha corrido el cerrojo interior.

—Donald —dijo Bertha—: tú que eres delgadito, podrías romper el cristal de la claraboya, dejarte caer al otro lado y abrir la puerta.

—Ayúdeme —ordené, volviéndome al empleado.

—No sé si debemos apelar a esos medios extremos —dijo.

—Ven aquí y te subiré yo —me dijo Bertha.

Me levantó como si no pesara nada y en absoluto y yo, envolviéndome un puño con el pañuelo, rompí el cristal. Recibí una racha de gas en plena cara. Entonces, dirigiéndome a Bertha, le rogué que se quitara un zapato y me lo diera. Ella lo hizo así, con el tacón del zapato, acabé de romper los cristales. Luego pasé por la abertura y me dejé caer al interior del cuarto. La atmósfera estaba saturada de gas. Reinaba en la habitación una intensa penumbra, porque todas las ventanas estaban cerradas. Distinguí la inmóvil figura de una mujer sentada y apoyada en la mesa escritorio, con la cabeza apoyada en la mano izquierda, en tanto que la derecha estaba extendida.

Contuve el aliento, me dirigí a la ventana, descorrí las cortinas, la abrí y asomé la cabeza al exterior para respirar aire puro. Abrí luego la otra ventana, y buscando con la mirada la tubería del gas, me apresuré a cerrar la llave.

A través de la puerta oí la voz del empleado que me decía:

—Abra usted.

Y Bertha replicó:

—Quizás el pobrecillo está casi asfixiado por el gas. Vaya usted a llamar a la policía.

Oí pasos que se alejaban por el corredor. Y luego la voz de

Bertha que me decía:

—No te des prisa, muchacho. Regístralo bien todo.

Me acerqué a la mesa escritorio. Flo Danzer había escrito una carta a Bertha Cool. Estaba ya metida en el sobre. Me dirigí a la ventana y la examiné rápidamente. Era una larga relación de todos sus actos cuando quiso hacerse pasar por Amelia Lintig. Citaba allí a John Herbert, a Evaline Harris, y con gran disgusto mío, también al doctor Alfmont, de Santa Carlota.

Volví a meter la carta en el sobre y lo cerré. Saqué luego del bolsillo uno de los sobres dirigidos a nuestra agencia y provistos de un sello de Correos de urgencia, que yo utilizaba para enviar mis partes, y metí en él la carta de la muerta, lo cerré y, hablando a través de la puerta, con Bertha, le dije:

—Ahí va eso.

Y arrojé la carta por el agujero de la claraboya del tejado.

—Eche esa carta inmediatamente al buzón y no se acuerde más de ella —recomendé.

Oí cómo se alejaba por el corredor. Estaba mareado y sentía náuseas.

Saqué la cabeza por la ventana y volví a respirar. Luego miré por debajo de la cabeza de la muerta. Descubrí un papel que sabía estado escribiendo cuando se quedó atontada por las emanaciones del gas. En la mano derecha aún tenía la pluma.

Saqué el papel y vi que estaba encabezado por la frase: «Al señor juez…».

La letra era muy mala.

El aire que entraba por las ventanas se llevaba gran parte del gas, pero aún se hacía notar. Sentía una ligereza especial en el cerebro. Oí cómo en el corredor una voz masculina decía: «Huele terriblemente a gas». Resonó luego la voz de una mujer y percibí unos pasos que se alejaban. El empleado del hotel dijo luego: «Va a venir la policía y también traerán una ambulancia. Hay que derribar la puerta. Ese pobre muchacho debe de estar sin sentido».

Entonces reflexioné acerca de lo que me convenía hacer. Oí los empujones que daban a la puerta. Me dirigí a la ventana y me dejé caer al suelo. Cerré los ojos, y como entre sueños, oí cómo se abría la puerta para dar paso a numerosas personas que se acercaron a mí. Me tomaron, uno por los hombros y otro por los pies y me

sacaron al corredor. Oí numerosas carreras y los gritos de una mujer.

Sentí aire fresco en el rostro, al mismo tiempo que Bertha decía:

—Acérquenlo a la ventana, pero no le suelten, porque se caería.

Aspiré gran cantidad de aire fresco y abrí los ojos. Estaba rodeado de gente. Oí como el empleado decía: «Pobre muchacho. Era su tía…». Luego hubo un intervalo muy confuso para mí, y al fin pude oír una sirena.

Pocos momentos después unos agentes de policía se hicieron cargo de la situación. Llegó la ambulancia. La gente entraba y salía de la habitación. Miré a Bertha y le dije:

—Acuérdese usted de decirles cómo se llamaba. Es Amelia Lintig, de Oakview.

—Así consta en el registro, hijo —contestó Bertha.

—Cerciórese, sin embargo, de que no se cambie el nombre.

Poco después probé de tenerme en pie. Me tambaleé y un hombre vestido con una bata blanca me preguntó:

—¿Cómo está, muchacho? ¿Se siente capaz de bajar por sus piernas hasta la ambulancia?

—Deseo continuar con mi tía —dije.

—Ha respirado un poco de gas —dijo Bertha—. Pero el pobre ha tenido un sobresalto espantoso a causa de su tía.

Aquel individuo de la bata blanca me aplicó al pecho un estetoscopio y dijo:

—Será preciso sacarlo al aire libre.

—Quiero saber lo que ha pasado —contesté, dándole un empujón.

—No puede entrar ahí —exclamó el de la ambulancia.

—Pues entraré.

—¡Pobre muchacho! —exclamó Bertha—. Quería mucho a su tía.

—Aquí ya no se puede hacer nada —contestó un agente—. Que nadie toque el cadáver hasta la entrada del *coroner*.

—Yo entraré —dije.

—Vale más que vayas a la ambulancia, querido —dijo Bertha.

—No puedo —contesté—. Hay una carta importante.

—Ya lo sé. Déjalo a mi cuidado.

El de la ambulancia me rodeó los hombros con un brazo

diciendo:

—Vamos, muchacho. Su agitación es muy pronunciada. Sin duda ha respirado una gran cantidad de gas. Si pudiera olerse su propio aliento, lo comprendería. Parece un gasómetro.

Bajé hasta la ambulancia, y en el vestíbulo fui objeto de la curiosidad general. Me tendí en una litera, sentí un pinchazo en el brazo y luego sonó la sirena.

Al poco rato me encontré mejor y comprendí que la ambulancia era el lugar más seguro para mí. También me convenía ir al hospital, porque la policía me buscaba en muchos sitios y por muy diversas causas.

capítulo catorce

BERTHA Cool fue a avisarme al hospital.

—Tengo un taxi abajo para cuando quieras salir —me dijo—. ¿Cómo estás?

La enfermera miró mi gráfico y dijo:

—Sufre los efectos de una excitación nerviosa muy fuerte, y además ha respirado mucho gas.

—Naturalmente. ¡Pobre muchacho! —dijo Bertha—. Ha trabajado veinticuatro horas al día y no tiene fuerzas para tanto.

—Es preciso tomar las cosas con mayor calma —me dijo la enfermera.

—Ya estoy mejor —contesté—. Me parece que ya podré marcharme.

—Un momento —dijo la enfermera—. Necesitamos el permiso del médico.

Se alejó por el corredor, marcó un número en un teléfono y luego habló en voz muy baja, de modo que no pude entender lo que decía.

—Cuénteme lo que pasa —dije a Bertha.

—Lo habías adivinado —contestó ella en voz baja—. Esa mujer asesinó a Evaline Harris.

—¿Hablaba también de Alfmont en su confesión?

—No, no estaba terminada, ni tenía firma, pero sin embargo, empezaba diciendo que había estrangulado a Evaline Harris.

—¿Y no mencionaba a Herbert?

—No. Su nombre constaba en la carta que me escribió a mí.

—¿Y no vamos a hacer uso de ella?

—Me parece que no.

—Por si acaso —dije—, recuerde que le dejamos un sobre impreso con nuestras señas provisto de sello de Correos para el caso

de que quisiera escribirnos. Ella misma echó la carta al Correo y…

—¡Por Dios, Donald! No te figures que todos son tontos menos tú. En cuanto me tiraste la carta por la claraboya, ya supe lo que se había de hacer. Y no haremos uso de esta carta, porque es más peligrosa que la dinamita.

—En ella habla de Herbert —exclamé.

—Sí, lo cuenta todo. Y explica que Herbert deseaba hacer presión en el doctor Alfmont.

—Voy a telefonear a ese Herbert y le diré que nosotros…

—Pues te costaría bastante encontrarlo —contestó Bertha Cool —. Porque ha echado a correr y aún no se ha parado. El fiscal ha telefoneado a Santa Carlota para dar cuenta del suicidio. Herbert se puso en pie, salió del edificio y aún no ha vuelto, ni volverá.

—Pues yo habría querido decírselo.

—Eres rencoroso como una mala bestia, Donald.

—¿Y qué ha sido de la verdadera señora Lintig?

—Flo no lo sabía. Amelia se casó con un tal Wilmen y luego los dos marcharon a algún lugar de la América Central. No se ha sabido más de ellos. Amelia dejó su baúl a Flo. Ésta lo registró, y sacó lo que deseaba, figurándose que Amelia había muerto ya.

—Pero ¿podía probarlo?

—No.

—Eso es lo que temo. Insista usted en que esa mujer es Amelia Lintig. Tal vez podremos obtener un certificado de su muerte.

—Pero, hombre, ¿te figuras que no he pensado en eso?

Volvió la enfermera acompañada por el médico y éste me dijo:

—Lo siento mucho, señor Lam, pero tengo la orden de que, en cuanto pueda usted salir de aquí, habrá de ir directamente al despacho del fiscal.

—¿He de considerarme preso?

—Algo parecido —contestó.

—¿Y por qué?

—Lo ignoro. Ésta es la orden que me han dado. Creo que últimamente ha trabajado usted demasiado. Es usted fuerte y resistente, y aunque está magníficamente constituido, sus nervios no podían resistir el intenso trabajo que les ha obligado a hacer. Y ahora dispénseme, pero si quiere salir habrá de hacerlo en compañía del detective que va a llegar.

—¿Podrá acompañarme la señora Cool? —pregunté—. Me gustaría que pudiese confirmar algunos puntos de mi relato.

—Me parece que no —dijo el doctor—. En fin, pregúnteselo usted al detective.

Poco después, entró un detective y me dijo:

—Bueno, vámonos, Lam. He de conducirle a usted al despacho del fiscal.

—¿Y para qué me quiere?

—En realidad no lo sé.

—El pobrecillo está muy nervioso —dijo Bertha—. De modo que no se halla en situación de sufrir un interrogatorio o malos tratos.

El detective se encogió de hombros y Bertha me cogió del brazo diciendo:

—Te acompaño, Donald.

—Puede hacerlo hasta la puerta del despacho del fiscal —dijo el detective—. Ya veremos si el señor Ellis la deja entrar.

Fuimos allá y el secretario nos dijo que el señor Ellis quería verme. Bertha entró conmigo en el despacho, a pesar de las protestas del secretario. Parecía una gallina que cuida amorosa de sus polluelos.

El señor Ellis era uno de esos individuos guapos, elegantes, buenos muchachos, atléticos y mimados por todo el mundo. Y muy serio, me miró y dijo:

—Señor Lam, sus actividades en este asunto han sido realmente muy notables.

—Estoy impresionadísimo, señor fiscal, después de haberme enterado de que mi pobre tía había cometido un asesinato.

—Y ello —replicó el fiscal— en un caso que investigaba usted.

—¿Yo? —pregunté con expresión de inocencia y de pasmo a la vez.

—Aquí hay algún error —dijo Bertha—. Donald trabaja para mí y puedo asegurarle que no hacíamos investigaciones acerca de ningún asesinato.

—¿Y por qué fue a Oakview? —preguntó Ellis.

—Lo ignoro —contestó Bertha—. Sin duda se trataba de un asunto puramente personal. Me pidió unos días de permiso, pues deseaba ir en busca de su tía. Y al parecer la encontró en Oakview.

—Ya lo sé —contestó Ellis, frunciendo el ceño—. Y puesto que

no tenía usted nada que ver en el asesinato de Evaline Harris, señor Lam, tal vez me hará el favor de explicarme por qué tomó a su cargo el alojamiento de la señorita Dunton en la misma casa en que duerme usted, presentándola como prima suya y…

—Por creer que corría peligro —repliqué—. Durante mi estancia en Oakview contraje amistad con la señorita Dunton. Y me preocupé ante la situación en que se hallaba. Díjome que podía identificar al individuo a quien vio cuando salía de aquella habitación. Yo, de momento, creía que sería el asesino y…

—La historia no está mal —replicó—. Pero da la casualidad de que estoy enterado de que usted quería ocultar a esa joven para que no la encontrasen.

—¡Dios mío! —exclamé—. No comprendo… ¡Ah, sí! Le dije que cuidaría de comunicar a ustedes sus nuevas señas, más por desgracia, me olvidé. Lo que ocurrió con respecto a mi pobre tía…

—¿Y qué le pasaba a su tía? —preguntó.

—Quería casarse con un individuo que sólo andaba en busca de su dinero y yo me proponía hacer algunas averiguaciones con respecto a él. Hablé de eso con la señora Cool, quien me autorizó para valerme de la agencia y…

Ellis tomó el receptor telefónico y dijo:

—Háganme el favor de traer acá a la señorita Dunton.

Poco después se oyeron unos rápidos pasos que se aproximaban y Marian Dunton abrió la puerta. Creo que ya esperaba vernos allí. Sonrió, algo preocupada, y tendiéndome la mano, exclamó:

—¿Cómo está usted, Donald? Me habían dicho que se hallaba en el hospital. Está usted blanco como el papel.

Le tomé la mano, y mientras tanto ella me guiñó solemnemente su ojo izquierdo.

—Se preocupa usted demasiado, Donald —añadió—. Y cuando quiso protegerme, debía haber comunicado con las autoridades, en vez de tomar a su cargo…

—Yo lo interrogaré, señorita Dunton —dijo Ellis, en tono severo.

—¿Qué desea usted saber, señor Ellis? —pregunté.

—En primer lugar, cuál fue la causa de la confusión en que se hallaba aquel cuarto.

—¿Cuál?

—El que había ocupado la señorita Dunton.

—No lo sé —contesté, poniendo cara de tonto.

—¿Y tampoco puede explicar las manchas de sangre?

—¡Oh, sí! —exclamé—. Durante aquel día tuve varias epistaxis. Fui en busca de algunos de los efectos de la señorita Dunton y empezó a salirme sangre de la nariz. Me costó mucho contenerla, hasta el punto de que, por un momento, temí verme obligado a ir en busca de un médico. Y no pude recoger nada de lo que había ido a buscar, a causa de la hemorragia. Salí del cuarto para dirigirme al consultorio de algún médico, pero antes de que llegase allí, había cesado la hemorragia.

—¿Y no volvió usted para recoger esas prendas?

—No, señor. Me dirigí de nuevo hacia la casa, pero creí notar que alguien la estaba vigilando. Tuve miedo de que se fijasen en mí y me siguieran, con lo cual habrían podido averiguar el paradero de la señorita Dunton.

—¿Y no revolvió usted los muebles?

—No, señor. No sé de qué me habla. Tropecé con una silla, porque iba andando con el pañuelo en la cara y…

—Pues allí había todas las señales de lucha. El bolso de la señorita Dunton estaba en el suelo, abierto y…

—Sí, ya me dijo que se le había caído en cuanto empezó a sangrar por la nariz —dijo Marian.

Ellis la miró, aunque no pudo hacerlo con severidad.

—Permítame, señorita Dunton —dijo.

—¡Ah, como quiera! —replicó ella, al parecer molesta.

Ellis ya no pudo poner nada más en claro. Había sido derrotado, de modo que cinco minutos después dijo:

—Bueno, todo eso es muy extraño. Pero le aconsejo, señor Lam, que si en alguna otra ocasión quiere proteger a un testigo que ya esté en relación con nosotros, avísenos y no cargue con esa responsabilidad.

—Lo siento mucho —contesté—. Pero hice lo que me pareció más apropiado.

Miré a Bertha Cool y decidí dejar arreglado allí mismo el asunto que aún me preocupaba, de modo que pregunté a mi jefe:

—¿No dijo usted que alguien me ha acusado de haber atropellado a un…?

—Sí —replicó—. Parece ser que unos agentes te esperaban en la

puerta de la agencia para prenderte.

—No se apuren por eso —se apresuró a contestar Ellis—. Este asunto está zanjado. No se acuerden más de él. Un agente de Santa Carlota telefoneó hace poco. El testigo que vio el automóvil se equivocó al dar el número de su matrícula.

—Bueno. Creo que podemos marcharnos —dije a Bertha Cool.

—Yo salgo con ustedes, Donald —exclamó Marian.

—Un momento, señorita Dunton —dijo Ellis—. Si me lo permite, deseo hacerle algunas preguntas, después que se hayan marchado esos señores.

—Bueno, Marian —dijo Bertha—, la esperamos fuera, en un taxi.

Cuando avanzábamos por el corredor, dije a Bertha:

—¿Lleva usted consigo la carta de Flo?

—Pero ¿es posible que me creas tonta? La carta está en un lugar seguro. ¿Qué te parece si avisamos a nuestro cliente?

—Es demasiado peligroso —dije—. Se ha armado un escándalo considerable y es posible que nos vigilen y tengan intervenido nuestro teléfono. Ya lo leerá en los periódicos: «Amelia Lintig de Oakview, confiesa el asesinato de una camarera de *cabaret* y luego se suicida».

—Mira, hijo —dijo Bertha—, no sacarás nada con fingir que esa mujer era tu tía, porque te demostrarán lo contrario.

—Les costará bastante. Realmente, era mi tía.

Bertha me miró sorprendida.

—No sabe usted una palabra de mi familia y de mis antecedentes —dije.

—Ni lo deseo —replicó—. Haz lo que quieras.

—Muy bien.

Esperamos cosa de diez minutos en el taxi y al fin acudió Marian. Me echó los brazos al cuello y exclamó:

—¡Cuánto me alegro de verle, Donald! No sabe cuánto temía su entrevista con el señor Ellis. Yo había arreglado ya las cosas. Le dije que usted y yo éramos muy amigos y que realmente estaba muy preocupado por mí.

—¿Y cómo la encontraron? —pregunté.

—La culpa la tuvo la patrona —contestó Marian—. Leyó en el periódico de la mañana las señas de la testigo que había

desaparecido. Me parece que no tiene mucha confianza en usted, Donald.

—Creo —dijo Bertha— que habrías de buscarte otro hospedaje, muchacho.

—La señora Eldridge opina, sin duda, del mismo modo —contesté—. Y usted, Marian —añadí volviéndome a ella—, ¿ha tenido alguna dificultad con el señor Ellis? —pregunté.

—Ninguna —exclamó riéndose—. ¿Sabe usted por qué quiso hablarme a solas?

—Tal vez para preguntarle si quería casarse con él —dijo Bertha.

—No. No me dijo nada de eso. Es un joven muy prudente, pero sin embargo, me invitó a cenar para ir luego al teatro.

Hubo un silencio y Marian me miraba, esperando.

—¿Y usted qué le contestó? —interrogó Bertha.

—Que ya estaba comprometida con Donald.

Bertha dio un suspiro, y en voz baja exclamó:

—Que me maten si lo entiendo.

capítulo quince

EL *coroner* se ocupó de aquel asunto de un modo rutinario. Algunos testigos identificaron el cadáver, diciendo que aquella mujer era Flo Danzer, camarera de un *cabaret*, y yo expliqué que era un nombre supuesto que tomó mi tía, después de haber abandonado a John Wilmen. Le di una historia completa, según la cual la difunta salió de Oakview con el nombre de señora Lintig. Dije que luego había tomado otra vez su nombre de soltera. Amelia Sellar, que obtuvo el divorcio en Méjico y se casó con John Wilmen. Al dejar a éste, adoptó el nombre de Flo Danzer, y últimamente volvió a usar el de Amelia Lintig. Le di cuenta del viaje que hizo a Oakview, y en efecto, el mozo del hotel y el empleado cuyos gastos de viaje había pagado la agencia, identificaron el cadáver sin la menor duda.

Después de la autopsia, me entregaron el cadáver y yo lo llevé a Oakview para efectuar el entierro. Asistieron a él muy pocas personas, lo cual me complació. En el cementerio no consentí que abriesen el ataúd, diciendo que creía interpretar de este modo los deseos de la difunta.

El predicador dijo todo lo que pudo en la oración fúnebre. Expresó la esperanza de que, por fin, Amelia se había arrepentido del crimen; añadió que la justicia era divina y que ninguno de nosotros podía atreverse a arrojar la primera piedra. En fin, no hay que censurarlo, porque realmente su papel era muy difícil.

Bertha Cool envió una gran corona de flores con una cinta que decía:

«De una antigua amiga». También mandaron otra corona sin inscripción. Habría jurado que la envío el tío de Marian.

Cuando más tarde fui a la oficina del periódico para despedirme de Marian, oí cómo alguien escribía a máquina detrás de la vidriera.

—¿Un nuevo reportero? —pregunté a Marian.

—Es el tío Steve. Ha querido escribir por sí mismo el artículo necrológico. Al parecer, conocía muy bien a la difunta.

Arqueé las cejas y Marian me dirigió una mirada.

—Vamos a ver, Donald —dijo—. ¿Era realmente su tía?

—Mi tía favorita —contesté.

Se acercó al mostrador para que su tío no pudiera oírme, extendió las manos a través de aquél. Me miró con tristeza, preguntando:

—¿Cuándo volveré a verlo?

—Muy pronto —contesté—. Bertha le ha buscado a usted un empleo en la ciudad.

—¡Donald!

—Como se lo digo.

Dio la vuelta al mostrador y se situó a mi lado.

En el despacho interior seguía sonando el lento *clac, clac, clac* de la máquina de escribir en tanto que Steve Dunton escribía el artículo necrológico de la mujer con quien la murmuración local había relacionado su propio nombre veintiún años atrás.

En el bolsillo interior de la chaqueta llevaba un sobre que contenía el certificado de defunción de aquella pobre mujer. El sobre estaba dirigido a Charles Loring Alfmont, alcalde de Santa Carlota. Y el tal sobre quedó muy arrugado a causa de la presión del cuerpo de Marian Dunton mientras me daba un estrecho abrazo, pero yo creí que sería muy conveniente no echar el sobre al buzón del correo hasta incluir en él un recorte del artículo de *La Hoja* de Oakview.

—¡Querido Donald!

—Lo ha hecho Bertha —contesté—. Y ahora, ¿qué va a decir a Carlos?

—¿Carlos?

—Sí. Tu amigo.

—¡Ah! —exclamó riéndose—. Le até una sartén al rabo. Era muy pesado. Además, le gusta vivir aquí.

—¿Y cuando ocurrió eso? —pregunté.

—Al día siguiente de haberme llevado a cenar al hotel —contestó—. Estaba en el comedor, sentado detrás de ti, y aún llegué a figurarme que él te había puesto el ojo a la funerala.

—Fue el sargento Herbert. Y, oye, Marian, ¿crees tú que tu tío

Steve procuró evitar el encuentro de mi tía?

—Sí. Se da cuenta de que está muy grueso y calvo y de que, al fin y al cabo, carece de todo refinamiento y elegancia. Él se figuró que esa pobre mujer había vivido largos años en las grandes capitales, que sería muy elegante y que estaría acostumbrada al lujo y a la distinción, de modo que tal vez lo mirara como si fuera un destripaterrones.

Y se interrumpió al notar que la máquina dejaba de teclear.

Steve Dunton había terminado el artículo necrológico.

ERLE STANLEY GARDNER (Malden, Massachusetts, EE.UU.
17-julio-1889
- Temecula, California,
11-marzo-1970).
Su padre quería que se hiciera abogado, de modo que comenzó a trabajar en una gestoría legal en Willows, y mientras trabajaba de mecanógrafo, estudió la carrera de derecho. Después se estableció por cuenta, pero el negocio era deficitario, ya que en numerosas ocasiones, aceptaba como clientes a inmigrantes chinos y mejicanos sin recursos, lo que le hizo muy popular pero no muy rico. En 1921, casado y con un hijo, se pone a escribir historias policiales, o «de detectives», que envía a algunas revistas para mejorar su situación financiera. Estas revistas se conocían como pulps y eran muy populares en la época.

Sus narraciones son muy efectistas y en ellas se sirve de sus conocimientos de derecho para construir casos, en los que podía lucirse *Perry Mason* con una brillante exposición en la que demuestra la inocencia del acusado. Así podía disfrutar de la única parte de la abogacía que realmente le gustaba: los juicios penales, y el desarrollo de la estrategia a seguir en un juicio. El nombre «*Perry Mason*» data de la infancia de su creador, cuando leía la revista

Companion
Youth's
, publicada por la *Perry Mason Company*, y cuando creó a su abogado de ficción, pensó que sería un buen nombre para él.

Ya consolidada su carrera como escritor, para publicar sus libros contaba con la ayuda de varias secretarias que escribían a máquina lo que él dictaba a una grabadora. Su producción casi industrial provocó su apelativo de «*El Henry Ford de la novela policíaca*». Vendió más de 100 millones de libros en vida. Tenía una formula para escribir una vez definidos sus personajes, sus motivaciones y sus tramas.

Hacia 1938, Gardner empezaba a preguntarse si un día cedería el interés de los lectores por *Perry Mason*. ¿Podría duplicar su éxito escribiendo una novela con otra serie de personajes? El libro, escrito bajo el seudónimo de A.
A. Fair,
era «*The Bigger They Come*» («Cuanto más grandes son…» editado en español con el título de: *Agencia de Detectives*) y caracterizaba a *Bertha Cool*, una mujer obesa propietaria de una agencia de detectives y con anillo de diamantes; y a *Donald Lam*, su empleado, de estatura más bien pequeña, (todo un paquete de dinamita legal). La pareja se anotó un éxito inmediato y Gardner se puso a escribir 28 libros más de *Cool y Lam*.

Bajo su propio nombre Gardner escribió exclusivamente la serie *Perry Mason*, pero con su seudónimo favorito de A.
A. Fair,
Gardner escribió varias novelas con los detectives *Bertha Cool y Donald Lam*; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal *Doug Selby*.

Gardner muere el 11 de marzo de 1970, en su Rancho el Paisano en Temecula. Fue incinerado y sus cenizas se esparcieron por la península de Baja California, uno de sus lugares favoritos.